

A man in a grey suit and white shirt stands in the foreground, looking towards the camera. He is holding a dark object, possibly a pen or a small device, in his hands. The background is a dimly lit garage or showroom with several classic cars, including a red one in the foreground. The lighting is warm and dramatic, highlighting the man's suit and the cars in the background.

EL CÓNsul INFILTRADO

ESTEBAN NAVARRO

El cónsul infiltrado

Esteban Navarro

www.estebannavarro.es

© Esteban Navarro Soriano. Julio 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

Edición en Kindle de Esteban Navarro

Portada: Imagen de Shutterstock

Revisión para Kindle, junio de 2019

Edición en papel de la editorial Doce Robles

ISBN 9788494755897

*A Ester, gracias a ella escribo.
A Raúl, de joven me gustaría ser como él.*

La muerte del cónsul Roger Tur ha sido un estúpido asesinato.

Maurice Schumann

(Ministro de Relaciones Exteriores de Francia en el año 1972)

En el consejo de guerra quedó probado que no teníamos intención de matar a nadie. No hay nada de lo que tenga que arrepentirme.

Luis Javier Sagarra de Moor

(Miembro del Colectivo Hoz y Martillo)

Si alguien dice que me proporcionó información secreta, el delito lo cometió él, no yo.

Margaretha Geertruida Zelle

(Mata Hari)

Nota del autor

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, con amplia libertad, en lugares reales. Personajes y hechos narrados se inspiran igualmente en sucesos reales, o que pudieron ser reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse en cualquier caso y en todos los supuestos fruto de mi imaginación y no debe atribuir actos o palabras concretas a ninguna persona que exista o haya existido en la realidad. Los hechos que inspiran esta novela quizá no ocurrieron así, pero así es como yo los veo y así es como yo los cuento.

Esteban Navarro

PRÓLOGO DEL CÓNSUL HONORARIO DE FRANCIA

Ingenio, valor y humanidad

No pude tratar a Roger Tur, cónsul honorario de Francia en Zaragoza desde 1934 a 1972, debido a la barrera del tiempo. Pero sí conocí rasgos de su biografía a través de quienes lo trataron. Así tomé conciencia de que su vida en Zaragoza merece estudio y memoria.

Esteban Navarro lo ha hecho. Su novela *El cónsul infiltrado* rinde justo tributo a monsieur Tur, cuya muerte en noviembre de 1972 constituyó uno de los episodios más trágicos del tardofranquismo en Zaragoza.

Los hechos que acabaron con su vida eran claros; los conocimos con razonable certeza. Los hechos probados de la sentencia firme “se tienen por verdad”. La novela comienza precisamente así, por el final de la vida de Tur, por ese estúpido asesinato de unos chavales en el albor de la vida, víctimas del franquismo y de la alienación ideológica.

Si la muerte de Roger Tur fue objeto de instrucción y juicio, para el que los autores contaron con la defensa de insignes abogados zaragozanos, la vida del cónsul francés nos resultaba, sin embargo, desconocida.

La novela tiene la virtud de pasearnos por la Zaragoza de dos periodos distintos del siglo XX: la década de los 40 y el inicio de los 70. El autor describe con acierto lugares, comercios, calles y plazas, costumbres y ambientes.

Roger Tur vivió como un zaragozano más. Notable emprendedor, dirigió una pequeña fábrica de melaza y regaliz y cumplió como un zaragozano más con sus obligaciones. Desde 1934 recibió el encargo de representar a Francia en la ciudad y facilitar la vida administrativa de sus compatriotas. Y eso hizo. La actividad empresarial y la función consular le procuraron notoriedad social, pero proporcionada, razonable, discreta. Sin embargo...

Antes de leer *El cónsul infiltrado* ya tuve eco, por mi actividad consular, de algún episodio notable de Tur en los albores de la guerra civil. En aquel verano de 1936, con ingenio, habilidad y humanidad ejemplar, supo ejercer sus funciones y auxiliar a los perseguidos por su ideología, sin temer el peligro al que se exponía. Roger tuvo rasgos comunes, *mutatis mutandis*, con otros diplomáticos españoles en la Segunda Guerra Mundial: ingenio, valor y humanidad en un clima de fanatismo ideológico y estado policial.

No es extraño que una personalidad como la suya escuchara la vieja

llamada a defender su patria –“*Aux armes, citoyens!*” – tras la invasión alemana. Roger combatió el nazismo con los medios a su alcance. Era listo, tenía coraje y le sobraba humanidad. Su campo de batalla fue Zaragoza. Su puesto de combate, el consulado honorario. Y Esteban Navarro se ha encargado de contarnos, de forma amena y apasionante, cómo libró su particular guerra.

Roger sufrió el problema de la soledad. Las relaciones con su jerarquía en la embajada, o con el consulado general, resultaron complejas, como lo fue el Régimen de Vichy. No podía pedir a su embajador ni a su cónsul general instrucciones, órdenes, consignas concretas ni consejos. Combatió solo, en Zaragoza, escuchando e informando.

Esteban Navarro ha sabido contar a la perfección la vida y el trágico final de Roger Tur. Fue un zaragozano más, de nacionalidad francesa, que durante los años más convulsos del siglo XX supo ser lengua viva que hace perpetuo el grito de *¡Zaragoza no se rinde!*

Raphaël Emmanuel Ledesma Gelas
Cónsul honorario de Francia en Zaragoza

Sumario

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo del autor](#)

[Anexo 1](#)

[Anexo 2](#)

[Anexo 3](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota final](#)

Capítulo 1

Jueves, 2 de noviembre de 1972.

A las diez y media de la mañana, la calle La Salle está igual de tranquila que cualquier otro día entre semana. Los comercios han abierto hace poco más de una hora y varias personas deambulan por sus aceras. Un Seat 127 de color rojo circula despacio. Detrás, a muy corta distancia, casi tocándose los parachoques, transita un Citroën GS de color champán. Los dos juntos, y a la misma velocidad, pasan cerca de un Renault 12 de color azul oscuro que está aparcado frente al número 7, donde un hombre apresurado, protegido con un abrigo de lana y un gorro con orejeras de aspecto ruso, está descargando unas cajas del maletero. Al lado, en el portal del número 5, un señor vestido con traje oscuro y corbata a juego escoba el umbral de la puerta mientras silba una melodía que ha escuchado recientemente en la televisión. Conviene que la acera esté limpia, pues se aproxima el fin de semana y de viernes a domingo no habrá nadie encargado de adecentar las porterías. Enfrente, varios hombres conversan en un bar de tapas mientras fuman sin parar. De tanto en tanto se escucha alguna carcajada que retumba en el asfalto como un recuerdo alegre que no termina de desvanecerse. En toda la calle huele a jamón, a rollitos de ternera, a queso, a croquetas de merluza y a pimientos rellenos.

A pocos metros de allí, tres jóvenes transitan por una calle lateral. Hace unos instantes se han apeado de un Seat 850 de color amarillo, que uno de sus ocupantes había alquilado esa misma mañana con un nombre falso. El vehículo lo han dejado aparcado en las inmediaciones de donde se encuentran, cerca del colegio La Salle. Es un buen coche, se ha dicho el joven que lo ha alquilado. Sus 843 centímetros cúbicos -de ahí el nombre de 850-, son suficientes para trasladarlos hasta esa calle, pero no los necesarios si tienen que huir de la policía. Caminan apurados y a cara descubierta, con las manos introducidas en los bolsillos de sus pantalones.

Los tres se habían reunido esa misma mañana, a las ocho y media, en el bar Picón, situado en la avenida Tenor Fleta, número 3. Luis Javier Sagarra de Moor fue el primero en llegar y, mientras esperaba a sus camaradas, encendió un cigarrillo Pall Mall de un paquete que le había regalado su padre, directamente extraído del consulado americano, donde tenía algún amigo dentro que le proveía de tabaco y alcohol de importación. Álvaro Noguera Calvet apareció cinco minutos después. Dijo al camarero que no quería tomar nada y cogió un cigarro del paquete que Sagarra había dejado encima de la

mesa; se lo encendió con un nerviosismo que no era habitual en él. Los dos se observaron a través de la pantalla del denso humo que se elevaba hasta desvanecerse en un techo sucio y grasiento. El tercero, José Antonio Mellado Romero, está tan inquieto que los espera en la puerta del bar; ni siquiera tiene ánimo de entrar dentro. Acaba de llegar y se ha limitado a hundir el cuello entre los hombros, mientras se ciñe la chaqueta al cuerpo. Desde una de las ventanas que da a la calle los saluda elevando la mano para que lo vean. Los tres, ahora se dan cuenta de ello, exportan una tensión inusual. Cuarenta y ocho horas antes, cuando planearon lo que iban a hacer esa mañana, todo lo vieron con mejor perspectiva que ahora, que ya no les parece un plan tan viable. Se empujan anímicamente a seguir y a no arredrarse.

—¿Y el coche? —le pregunta Noguera a Sagarra.

—En la puerta —responde alzando la cabeza para comprobar si desde el interior del bar lo puede ver, pero ninguna de las ventanas da a la zona donde está el coche.

—¿Supongo que habrás echado gasolina?

—Sí, claro.

—¿Lo has alquilado a tu nombre?

—¿Crees que estoy tonto? Con nombre falso, por supuesto.

—¿Qué nombre has dado?

—¡Y yo qué sé! Ya no me acuerdo.

—Podías haber alquilado un Seat 124, que farda más y corre mucho en el caso de que tengamos que huir —sugiere Noguera—. Un 124 no es bocado fácil para la policía.

—En el caso de huir es mejor que lo hagamos a pata —responde Sagarra—. ¿O es que crees que somos como El Vaquilla o El Lute? A mí, si me han de pillar, lo harán muerto, os lo puedo asegurar.

—Dejaos de cháchara —protesta Mellado, mientras patatea el suelo para quitarse el frío o la inquietud— y pongámonos en marcha ya.

Caminan apresurados con la congoja dibujada en sus expresiones. Los tres visten pantalones de tergal y se protegen del frío con sendas cazadoras que llevan abrochadas hasta arriba. El aire es tan gélido que les cuesta respirar. Uno de ellos, el que camina en medio, acaso el más mayor de los tres, sostiene en sus amoratados labios un cigarrillo rubio cuyo humo se desvanece en un cielo plomizo que anuncia la llegada inminente de un frío intenso. Es un Bisonte sin boquilla, que hace unas semanas reemplazó por el 3 Carabelas de paquete rojo. Eso es lo que son ellos en ese instante, tres carabelas.

El joven de su derecha clava los ojos en un cartel de la película que proyectarán ese fin de semana en el cine Palafox. Se trata de El seductor, de Clint Eastwood. Piensa que ojalá fuese como él. Ajeno al miedo, indiferente al dolor y la pesadumbre. Decidido como un pistolero del lejano Oeste que accede a un bar empuñando un revólver Colt y amedrenta sin pudor a los parroquianos.

El de la izquierda se fija en el cartel que anuncia la tercera semana de proyección en el teatro Fleta de la película más galardonada de la historia del cine: Ben-Hur. Lee que habrá dos pases esa tarde, uno a las siete y cuarto y el otro a las nueve. Pero por algún extraño presentimiento sabe que esa tarde, precisamente, no podrá ir a ver ni esa película ni ninguna.

Los tres se detienen frente al número 3 de la calle La Salle. Intercambian unas miradas de complicidad tratando de confirmar que lo que llevan toda la semana planeando finalmente lo van a llevar a cabo. No hay duda en la expresión de sus ojos. No hay vacilación, pero sí miedo. A sus veinte años carecen de la sensatez necesaria como para replantearse lo que van a hacer, pero en sus miradas existe un temor insólito, el temor al fracaso. Ya lo habían planteado un par de horas antes, en el bar Picón, pero entonces solo era un murmullo, un resquicio en el apresurado plan, y ahora es una certeza. Están ahí y ya no hay ni tiempo ni motivos para deshacer lo dicho. Los tres se miran. En sus ojos contemplan que hay seguridad, o la ilusión de una seguridad que solo podrán cotejar cuanto todo haya salido bien.

—¿Estamos? —pregunta Sagarra.

—Estamos —responden al unísono.

Aún disponen de unos segundos para recordar cómo tan solo hacía tres días se habían reunido en una casa que los padres de Luis Javier Sagarra tienen en Garrapinillos. No es el líder, pero sí el que tiene las ideas más claras. Lucha por convicción, y cuando alguien está convencido de algo es imposible que pueda estar equivocado. Los demás lo conocen por su mote: «Fidel Guevara». Fidel por Castro. Guevara por el Che.

Mucho antes ya habían hablado a fondo sobre la hazaña que van a ejecutar. Entonces se reunían en el mesón la Venta de los Caballos, situado en la carretera de Madrid; otras veces iban a Casa Agustín, en el zaragozano barrio de Delicias. Todavía no sabían el qué, pero sí el cómo y el por qué. Habían acordado que tendría que ser una acción rápida, efectiva y sensacionalista. La prensa, así esperan que sea, se hará eco de la noticia. Ha de ser un golpe tan contundente y aparatoso que en los círculos universitarios, en Zaragoza, en el

resto de asociaciones comunistas y en todo el país lo señalarán como un gran avance en las reivindicaciones.

En aquellas conversaciones decidieron asaltar el consulado francés de la calle La Salle. Sería una acción sencilla: accederían por la puerta principal, que no está vigilada, y amenazarían al conserje y a la secretaria. Sería algo rápido: consumir su plan y salir por la puerta, dispersándose a continuación. Durante días no se hablaría de otra cosa. No tienen nada contra el cónsul, ni contra el personal del consulado, pero así quieren enviar un recado a Francia, por el apoyo que le da al gobierno de Franco en la lucha por acabar con los movimientos que se están produciendo en Bayona. Un mensaje “rojo”. Un mensaje de miedo para que los *franchutes* capten bien el aviso. El plan es sencillo: entrarán en el consulado, preguntarán quién es el cónsul y le echarán por encima el bote de pintura acrílica de color rojo, de la marca Titanlux, que habían comprado la tarde anterior en la droguería Alfonso, en el Coso. Para huir crearán confusión y no hay nada que origine más desorden que un incendio. Así que en la gasolinera de Los Enlaces se hicieron llenar un bidón de tres litros de gasolina. Sorpresa, pintura, gasolina y miedo son los ingredientes que harían de su hazaña un éxito asegurado.

—Todo saldrá bien —repiten los tres—. Todo saldrá tal y como lo hemos planeado.

Capítulo 2

Los tres se quedan de pie, clavados frente a la puerta del edificio del consulado, ante la indiferencia de peatones y vehículos que transitan en ambas direcciones. Es como si un inexistente yunque de herrero les hubiera aprisionado los pies y no les dejara avanzar. En la calle hay mucho barullo. Movimiento de gente que entra y sale del colegio de La Salle, que está enfrente. Ruido proveniente de un bar. Dos conserjes conversan mientras fuman. Un tercero vuelve a barrer la portería mientras silba una pegadiza canción de un anuncio de televisión. Pero, y eso es lo que más les sorprende, en la puerta del consulado no hay nadie, pues nadie les espera.

El de en medio, Luis Javier Sagarra de Moor, arroja el cigarro sobre la acera, bajo la atenta e impasible mirada del portero de la finca de al lado, que en ese momento arremolina un conjunto de colillas con su escoba. Sagarra porta en su mano izquierda una bolsa de deporte que había adquirido el viernes anterior en los almacenes Galerías Primero, de la calle San Jorge, por 349 pesetas. En su interior cobija el bidón de gasolina de tres litros y el bote de pintura roja de medio kilo; el rojo es el color comunista por excelencia. El que se ha quedado pensativo a su izquierda es José Antonio Mellado Romero, y también agarra una bolsa, donde esconde dos trozos de cable eléctrico recubiertos de plástico blanco de dos metros de largo cada uno. Álvaro Noguera Calvet, el de la derecha, solo lleva una caja de cerillas en el bolsillo de su cazadora, con la que se ha encendido el medio paquete de cigarrillos que lleva fumado desde que se levantara.

—Vamos —conmina Sagarra con voz trémula.

Noguera y Mellado asienten con la cabeza. Ya saben lo que tienen que hacer y cómo lo van a hacer. Todos han jurado un compromiso inquebrantable en el caso de que no salga como lo han planificado.

—¿Y si nos pillan?

—Si nos pillan, ocurra lo que ocurra, ninguno de nosotros ha de cantar, aunque nos golpeen, aunque nos torturen, aunque, como ya le ocurrió al camarada de Madrid, nos arrojen por el balcón de la comisaría con una bala alojada en la clavícula.

—Malditos maderos —profiere uno de ellos—. Malditos maderos que están al servicio de la represión.

Los tres recuerdan cómo, el 20 de enero de 1969, un estudiante de Derecho llamado Enrique Ruano Casanova, de veintiún años, murió al caer desde la

ventana del séptimo piso de un edificio ubicado en la calle General Mola de Madrid. El joven estaba acompañado en esos momentos por policías de la temible e implacable Brigada Político Social, que registraban su vivienda en busca de panfletos comunistas o anarquistas.

Hacía tan solo tres días que lo habían detenido cuando repartía octavillas del Frente de Liberación Popular, conocido como “Felipe”, formación ilegal de izquierdas en la que militaba. Las circunstancias de la muerte de Ruano habían resultado desde el principio excesivamente sospechosas. La versión oficial, como siempre, afirmaba que el joven militante se había dejado llevar por su carácter depresivo y por eso saltó por la ventana de su piso. Añadía la prensa que los policías hicieron lo imposible para evitarlo, pero que él consiguió zafarse y saltar. Había evidencias de que el joven recibió un disparo antes de lanzarse al vacío, pero el mutismo del Régimen hizo que no se pudiera demostrar. Y los policías que participaron en el registro no solo quedaron impunes, sino que fueron condecorados apenas un mes después del suceso. La dictadura sabe recompensar a quienes le sirven bien.

—Yo no pienso morir como Enrique Ruano —vocea Sagarra, ante la inquieta mirada de una señora que en ese momento pasa por la acera.

—Ni yo —repiten Mellado y Noguera.

Miran a izquierda y a derecha para cerciorarse de que no hay ningún policía vigilando en las inmediaciones del consulado. La puerta sigue tan vacía como cuando han llegado. La calle La Salle es una zona especialmente vigilada y es probable que por allí pase alguna patrulla y los descubra, así que no deben perder más tiempo. Sagarra es el encargado de verificar que ningún transeúnte y ningún conductor de los coches que en ese instante circulan por la calle ha reparado en ellos.

—Ahora —murmura como si estuviera masticando piedras.

El portero de la finca, Lamberto Gracia Vicente, de sesenta y cuatro años, los escruta en busca de algún motivo que explique por qué tres jóvenes españoles acceden a esas horas de un jueves por la mañana a la sede del consulado. El cónsul no recibe muchas visitas, pues no son años de problemas con ciudadanos del país vecino. Es tiempo de sosiego y de buena vecindad entre una dictadura que agoniza y una república que entiende, comprende y acepta a esa dictadura. Francia, así se ha demostrado después de la guerra, ha sido un país amigo y comprensivo con los desmanes del franquismo.

Suben hasta la primera planta y llaman a la puerta. Les abre la secretaria del cónsul francés, la señora María Luz Marqueta Berdejo.

—¿Qué desean?

—¿El cónsul? —preguntan.

—¿Tienen cita con él? —responde la secretaria.

Los tres se miran con la confusión perfilada en sus jóvenes e inquietos rostros.

—No.

—Sin cita no atiende —masculla.

La secretaria cierra la puerta al aire helado de la calle y les hace pasar a una sala de espera. Un largo pasillo a la derecha que desemboca en un cuarto de baño y una cocina. A la izquierda hay dos estancias y en una de ellas observan, a través de la puerta abierta, a dos hombres sentados alrededor de una mesa.

—Esperen aquí —les dice—. En cuanto termine la reunión le consultaré si puede atenderles.

Los dos hombres están hablando con cierto acaloramiento. Tanto que no reparan en que al despacho han accedido dos jóvenes que en esos instantes están allí, delante de ellos; como si fuesen a pedir algo; como si quisieran concertar una entrevista con el alto representante de Francia en suelo zaragozano. José Antonio Mellado regresa al vestíbulo con la secretaria, para evitar que dé la voz de alarma y alerte a alguien de lo que allí va a ocurrir.

—No chille y no pasará nada —le dice con una dureza que desarma a la señora Marqueta. Ella comprende que van en serio y que resistirse solo servirá para empeorar la situación.

Capítulo 3

—¿Quién es el cónsul? —pregunta Sagarra mientras observa a los dos hombres que en ese momento conversan ajenos a lo que ocurre fuera del despacho.

El que está de espaldas es un hombre menudo, apenas tendrá un metro sesenta de estatura. Viste con pulcritud y ha girado la cabeza para observar bien a los dos jóvenes que han interrumpido la reunión. El que está al fondo, frente a ellos, viste un traje de color azul marino muy elegante, conjuntado con una corbata de color granate. Es quien contesta.

—Yo soy el cónsul francés —dice en tono serio, casi marcial, y en voz alta. Me llamo Roger Tur.

—Esto no va con usted —aclara Sagarra—. Esto va contra Francia por apoyar al gobierno español en su lucha contra los compañeros de Bayona.

En ese momento, el cónsul y su invitado están convencidos de que los jóvenes son terroristas de ETA. La expresión de sus rostros así lo muestra.

—No se preocupen por nada —insiste el asaltante—, porque nada les va a pasar si hacen todo lo que les digamos. No queremos héroes muertos.

El que habla esgrime una pistola que balancea de un lado hacia otro en su mano derecha. No parece que vaya a usarla, pero sí que sabrá utilizarla en caso necesario. Sagarra y Noguera acompañan a los dos hombres hasta el salón. Allí se juntan con Mellado, que ha hecho lo mismo con la secretaria. Los seis se concentran en un salón decorado con elegante austeridad. El cónsul planea la mano a la altura de su cintura, tratando de tranquilizar a todos, a los asaltantes primero. No quiere que por una estupidez alguien salga lastimado. Entiende ahora que si fueran terroristas de ETA, y su intención, la de asesinarlos, ya lo habrían hecho: no se entretienen hablando y moviendo a los rehenes de un lado hacia otro, a no ser que pretendan un secuestro. Pero ningún comando es capaz de secuestrar a tres personas en el interior de un consulado y sacarlas afuera, a la calle, sin que nadie se dé cuenta o sospeche.

—No pasa nada. Estad tranquilos. No os daremos problemas —aclara a los atacantes con suavidad.

Mellado recorre el pasillo de nuevo hasta el despacho de Tur para cerciorarse, en un vistazo rápido, que no queda nadie más en el interior del consulado. Solo hay una mesa, dos sillas y una máquina de escribir Hispano Olivetti portátil que utiliza de forma asidua la secretaria en los informes que redacta.

—No hay nadie más —asegura Roger Tur en voz alta. Como si así pudiera persuadir a los jóvenes de que no han de temer nada, por lo que no tienen ninguna necesidad de cometer alguna tropelía que luego tuvieran que lamentar.

El cónsul, su visita y la secretaria se relajan. Parece que no toman en serio el asalto, por lo que Sagarra comienza a mover de forma frenética el arma que sostiene en su temblorosa mano. El cónsul conoce esa pistola. Sabe que es un Astra 1921 del calibre nueve largo. Y sabe que es una de las que suele utilizar la banda terrorista. Pero esa pistola no es de ETA, sino una de las dos armas que le ha robado Sagarra a su padre, militar de profesión. La otra se la robó a su abuelo, también militar. Es un revólver de dos pulgadas, demasiado pequeño como para infundir miedo, por lo que ha optado por llevar en ese asalto la pistola, más grande y que, por lo tanto, causa más impresión.

—No se muevan —les ordena Sagarra, sin dejar de apuntarles con la pistola—. Tumbense en el suelo —conmina—. Boca abajo —añade—. No se muevan y no les pasará nada —les dice para tranquilizarlos; aunque esa amenaza tan repetida los intranquiliza aún más.

«¿Para qué quieren que nos tumbemos en el suelo?», se pregunta el cónsul mientras trata de conducir la situación extrema en que se halla su consulado.

En el recibidor los atan a las patas de la mesa con el cable eléctrico que llevan encima. No se esmeran en hacer buenos y complicados nudos, pues lo único que quieren es disponer de unos segundos para huir de allí sin que los sigan y sepan hacia donde van o en qué vehículo escapan. No pueden ocultar su nerviosismo. Uno de ellos no consigue anudar las manos de la persona que está con Roger Tur. El sudor hace que el cable resbale por sus huesudos y menudos nudillos. Teme que se le note que está nervioso y ellos piensen que son unos aficionados. En ese caso perderán la baza de infundir miedo.

Sagarra abre el bote de pintura acrílica, apalancando la tapa con un destornillador y, sin musitar palabra alguna, lo vierte sobre Roger Tur, dejando un pestilente olor por toda la sala.

—¿Pero qué coño está haciendo? —protesta el cónsul mientras la pintura resbala por su cabeza lisa.

Todo el consulado huele a pintura. Todo el consulado huele a inquietud. Mellado se dedica a vaciar el bidón de gasolina por el despacho de Tur. Hay confusión y miedo. Mucho miedo. Ver a tres jóvenes pasear y gritar provoca el pánico entre los rehenes. Si finalmente son terroristas, Roger ha escuchado cosas terribles sobre ellos y sabe que están dispuestos a todo. Además, dispone de cierta información secreta sobre un gran atentado que prepara la

organización como golpe de efecto contra el régimen de Franco. Sabe el qué, pero no sabe ni dónde ni cuándo ni quién. Nadie lo sabe. En ese instante piensa que ese gran atentado que todos los servicios secretos españoles y norteamericanos están esperando pueda ser el de su consulado.

—Haced lo que os digan —recomienda a sus colaboradores elevando la voz y sin perder la compostura, a pesar de que tiene la cabeza empapada de pintura roja—. No les hagáis daño —suplica a los asaltantes.

Los tres jóvenes se envalentonan ante el amedrentamiento de sus cautivos, al verlos inmovilizados por el estupor del ataque. El cónsul, un hombre de mirada serena y temple imperturbable, mantiene la calma de su expresión bajo unas cejas pobladas de color rojo. A pesar de sus sesenta y ocho años, su porte es distinguido y sus movimientos, atléticos. Procura no mirar directamente a los ojos de esos chicos, cuya conducta delata que, en realidad, están asustados. Si son terroristas, Tur no tiene ninguna duda de que son inexpertos. Y un novato, aunque sea un asesino, es un peligro por lo imprevisible de sus acciones. Recuerda que en las últimas semanas ha leído varios informes confidenciales acerca de los últimos movimientos de grupos de la extrema izquierda que quieren acelerar la desestabilización del régimen de Franco. El dictador cumplirá en el mes de diciembre ochenta años y las potencias extranjeras no quieren que haya continuidad de la dictadura. Pero los extremistas no se fían y quieren garantizar que después de Franco no haya otro Franco. Leyó en la prensa, que consume a diario, que el 11 de julio de ese mismo año la sucursal de la Caja de Ahorros de Zaragoza,

Aragón y Rioja, situada en la avenida de América de Zaragoza, había sido asaltada por un grupo de terroristas. Y ataron y amordazaron a los empleados, obligando al cajero, con una pistola a entregarles el contenido de la caja. El cónsul recuerda que los atacantes se hicieron con dos millones y medio de pesetas. También leyó que el director fue golpeado en la cabeza con la culata de la pistola cuando intentó escupir la mordaza.

—No hay dinero —les dice al darse cuenta de que son activistas de extrema izquierda—. No hay mucho dinero —se corrige al hablar—. Pero en uno de los cajones de mi despacho tengo un sobre con cincuenta mil pesetas —les ofrece como alternativa para que cojan el dinero y se vayan sin tener que lamentar heridos.

Ninguno de los tres responde.

Enseguida se da cuenta también de que esos chicos no buscan dinero, al igual que no quieren asesinar a nadie. Entonces, se pregunta, ¿qué quieren? Sin

levantar la mirada distingue un destello en el vestíbulo. La luz viene de su despacho. Uno de los asaltantes, Álvaro Noguera, ha arrojado una cerilla sobre la gasolina que empapa los muebles. Una ráfaga de fuego vuela por el aire y golpea el suelo esparciendo el líquido inflamable, que provoca un incendio. Una explosión terrible surge de la sala, seguida de una deflagración que casi los alcanza. Al instante las llamas cubren todo el despacho del cónsul.

Los tres activistas se asustan y salen corriendo del edificio. En la puerta se cruzan con el portero de la finca, que sabe que algo ha ocurrido para que esos tres atolondrados huyan despavoridos. Uno de ellos introduce el bote de pintura en la mochila, mientras que otro se oculta el arma en el cinturón de su pantalón. El conserje, sin pensárselo dos veces, accede al consulado y ve con estupor cómo se han incendiado varios muebles. Las llamas han liberado a Maurice Vaquier, el hombre que conversaba con el cónsul, mientras que la secretaria pide auxilio ante un fuego que amenaza con quemarle las piernas. Con una navaja, que siempre porta en el bolsillo de su pantalón, corta el cable, aunque después se da cuenta de que ni siquiera había un nudo que la inmovilizara.

—¡El cónsul, el cónsul! —grita la mujer desesperada.

El conserje observa movimiento dentro del despacho. Entre las llamaradas distingue su rostro. Es él, se dice. El fuego se ha pegado a su cuerpo por culpa de la pintura roja, la cual actúa como combustible e incrementa las llamas a su alrededor. Roger Tur está ardiendo. Todo su lustroso traje azul es una antorcha que prende sin piedad. El conserje lo voltea por el suelo en un intento inútil de apagar el incendio que cubre su cuerpo. Con la mirada busca un extintor, o una garrafa de agua, algo que pueda utilizar para apagar las llamas. Pero el cuerpo de Tur arde sin compasión, sin que el conserje pueda hacer nada para evitarlo.

—¡Los documentos, los documentos! —exclama angustiado el cónsul.

—¿Qué documentos, monsieur Tur?

—Tengo que rescatar los... —dice antes de desmayarse en el suelo con su cuerpo cubierto de fuego.

Roger Tur apenas puede hablar, pero el conserje entiende que ha querido salvar algún documento importante de la quema. Sus ojos se cierran y el pantalón y la chaqueta todavía humean.

—Venga, monsieur Tur, tenemos que salir de aquí —le dice tratando inútilmente de incorporarlo. Es un hombre demasiado corpulento como para que pueda manejarlo a su antojo.

En el vestíbulo del edificio se han congregado numerosos curiosos. Una señora de una oficina cercana, Inmaculada Murga, ayuda a apagar las llamas del traje del cónsul valiéndose con su bolso, el cual se ha chamuscado casi por completo. A lo lejos se puede escuchar el ulular acompasado de las sirenas, agudos y graves, de los vehículos de emergencia que se acercan. En la calle, las luces de los coches de la policía se reflejan en los rostros de los curiosos que se arremolinan frente al consulado. Un policía armada de casi dos metros de altura grita a la gente para que se aparte y deje trabajar a los agentes.

—¿Dónde está la ambulancia? —pregunta alguien.

—Esos siempre son los últimos—responde una señora ataviada con una bata de andar por casa.

Entre varios hombres ayudan al cónsul a incorporarse. Parece que ha abierto los ojos, aunque su expresión es de dolor. Usando una furgoneta que pasa por la calle, lo trasladan de urgencia a la Seguridad Social.

La policía está tomando declaración a todos los testigos. El hombre que despachaba con el diplomático en el momento del asalto es el empresario de origen francés Marcel Paul Maurice Vaquier. Los agentes se fían de la versión de la secretaria y del conserje, pero dudan de la que ofrece el señor Vaquier. Uno de los agentes incluso cree conocerlo; le recuerda a alguien de dudosa reputación que había dejado a deber una importante cantidad de dinero en el Gran Hotel de Zaragoza. No le comenta nada a su compañero porque no lo sabe con seguridad.

—No pierdas a ese de vista —le ha dicho—. Creo que no es trigo limpio.

Dada la gravedad de las quemaduras que sufre por todo su cuerpo, el señor Tur es trasladado a la sección de Traumatología y Quemados de la Residencia Sanitaria de la Seguridad Social. Alguien de la clínica comenta que quizá sería mejor que lo llevaran a Madrid, donde disponen de más medios y avances, pero el doctor Cimorra asegura que en Zaragoza cuentan con los medios necesarios para la cura del cónsul. De momento se mantiene estable, dentro de la gravedad, afirma.

Cuando solo han transcurrido unas horas de la comisión del atentado, se reparten en la Universidad de Zaragoza unas hojas suscritas por un grupo de activistas que se atribuye la autoría y responsabilidad de los hechos. Este grupo se denomina el Colectivo Hoz y Martillo. Pero nadie sabe quiénes son y qué pretenden.

Capítulo 4

Son las once de la noche del jueves, el mismo día del atentado, cuando un miembro del colectivo llama por teléfono a Luis Javier Sagarra.

—Javier, tienes que largarte enseguida.

—¿Qué ocurre?

—Os han identificado y no tardarán en dar con vosotros.

—¿Cómo?

—Uno de los dos, Noguera o Mellado, perdió su documento en el consulado francés, por lo que a estas alturas la policía ya sabe quiénes sois. Tienes que largarte cuanto antes, ya que no creo que tarden en dar contigo. En cuanto los cojan a ellos cantarán; nadie resiste veinticuatro horas en los calabozos de una comisaría de policía sin hablar hasta por los codos.

—¿Largarme, a dónde?

—Lejos. Sal de España. Lo mejor es que te vayas a Italia. Solo allí podremos ayudarte, aquí no estás seguro.

—¿Pero cómo coño me voy a ir a Italia? No tengo ni dinero ni contactos allí.

—Ve a Santa Coloma de Gramanet y busca un bar llamado Aragón; allí habrá una persona de confianza que te ayudará a fugarte a Italia.

—¿Dónde está ese bar?

—No lo sé ahora, pero recuerda que se llama Aragón. No creo que en Santa Coloma haya más bares con ese nombre —asegura su interlocutor antes de colgar.

Esa noche, Sagarra coge un Renault 4 de la empresa de parque donde trabaja y huye en dirección hacia Santa Coloma de Gramanet, tal y como le ha recomendado el contacto.

—Hay que ser estúpido —profiere mientras conduce—. Hay que ser estúpido e inútil para perder el documento en el propio consulado.

Conduce por la carretera nacional. Sabe que el hecho de que el coche sea de una empresa le facilitará evitar los controles de la Guardia Civil.

Antes de llegar a Fraga, donde tiene previsto hacer un alto para repostar el vehículo, se cruza con un control de la policía.

—¡Mierda! —grita.

En ese instante tiene detrás un vehículo de gran tonelaje, por lo que disminuye la velocidad del Renault 4 y se pone a la altura del camión.

Circula en paralelo y los agentes ni siquiera reparan en él. Ya se ha hecho

de noche, y el cansancio hace mella en todos; incluso también en los policías.

—Esto se acabaría rápidamente si llevara una pistola —masculle.

Está tan asustado que incluso piensa en el suicidio. Llega a Santa Coloma cuando aún no ha amanecido. En la calle se cruza con un vehículo de reparto. Pregunta dónde está el bar Aragón y, con las indicaciones que le dan, llega justo cuando está abriendo. Mientras espera a que llegue su contacto, del que no tiene ni descripción ni señas, toma un café y lee el periódico. Por una noticia de la primera página se entera de que en la noche anterior, seguramente mientras él viajaba hacia Cataluña, habían detenido a Noguera y a Mellado. En ese momento tiene claro que le estarán esperando en la frontera.

Tras una inquietante hora de espera en el bar, donde teme ser identificado por algún agente, decide continuar hacia el puesto fronterizo de Portbou. Conduce hasta Figueras. Allí pregunta a un taxista dónde está la frontera y logra llegar a su destino. Al pasar por delante de la garita de la guardia civil, solo desea que no le pidan la documentación. Observa que los agentes no paran a todos los vehículos. Incluso comprueba que lo hacen de forma aleatoria. Uno de cada cinco, o puede que uno de cada ocho. Ha perdido la cuenta por los nervios.

—Pasaporte —dice un guardia civil mientras extiende la mano para recoger su documento.

Sagarra se lo entrega camuflando los nervios que están a punto de consumirlo por dentro.

—¿A dónde se dirige?

—A Landas —improvisa—. A comprar parqué —dice recordando que viaja en un vehículo de la empresa.

—Déjeme su DNI —solicita.

Sagarra se lo entrega. Piensa que ese agente ha comenzado a desconfiar por algo. El guardia civil sostiene el pasaporte en una mano, mientras que en la otra aguanta el carnet de identidad. Quizá el hecho de que en un documento lleve bigote y en el otro no le hace desconfiar.

Mientras espera, piensa en acelerar el coche y adentrarse en la frontera francesa, pero en el otro lado de donde está la garita hay un guardia de pie que sostiene un subfusil, por lo que comprende que huir en ese momento le hubiera costado la vida.

—Espere aquí un momento —le dice el agente mientras se pone en pie y abre una puerta que tiene a su espalda.

Enseguida se personan varios guardias de paisano con pistolas en sus manos

y le dicen que está detenido. En un Seat 124 lo conducen hasta la comisaría de Figueras. De camino, y antes de llegar, los detiene un coche de la Guardia Civil. Uno de los agentes, un veterano de algo más de cincuenta años, le dice que salga a mear, mientras que el otro y los dos policías que lo custodian conversan y fuman un cigarrillo. Sagarra no le hace caso. Es consciente de que si se baja del coche le pegarán un tiro por la espalda. La Ley de Fugas lo justificaría convenientemente.

Desde Figueras, y sin tomarle declaración, lo llevan hasta la comisaría de Vía Layetana de Barcelona. En ese instante incluso se alegra de que lo haya detenido la Policía y no la Guardia Civil, porque es una garantía de que no le va a ocurrir nada extraño. Cuando llega a la comisaría, lo primero que hacen es esposarlo a un radiador. Durante al menos tres horas lo interrogan. Le preguntan cuántos son. Dónde se reúnen.

Dónde están los otros. Dónde tienen las armas. Qué atentados han planificado. Después lo conducen, en un Seat 124 de color verde, hasta la comisaría del paseo María Agustín de Zaragoza. Cuando llega le quitan los grilletes y lo dejan solo en una habitación sentado frente a una mesa sobre la que han dejado una pistola. Sagarra sabe que lo están vigilando y que esperan que toque esa pistola para arrojarlo por la ventana, igual que hicieron con aquel estudiante de Madrid. Después, pasado un rato, entran dos policías y, por su aspecto y su mirada, comprende que lo van a torturar. Uno de ellos incluso se ha quitado la chaqueta y la deja encima de la mesa. El otro se ha colocado unos guantes negros en ambas manos. Suena el teléfono. Uno de los policías descuelga.

—Sí, sí. A la orden. Nos vamos —dice después de colgar.

Desde allí lo envían a la prisión de Torrero, donde está incomunicado durante veinte días, hasta la celebración de un consejo de guerra.

Capítulo 5

El Colectivo Hoz y Martillo se había fundado en Zaragoza en septiembre de 1971, un año antes del atentado contra el consulado francés, como una organización de matiz comunista marxista-leninista, pero con absoluta emancipación de cualquier organización similar y sin dependencia de ningún partido político extranjero. Su principal finalidad, y objeto de su creación, era la transformación de la sociedad española mediante la subversión del Estado hasta llegar al establecimiento de un régimen socialista a través de la insurrección armada y de la huelga, herramientas de presión contra un Estado autoritario.

El uso y vertido de pintura acrílica sobre un objetivo ya había sido utilizado dos años antes, el 1 de diciembre de 1970, cuando Alberto Caldero Cabré, un alumno de Arquitectura de Santander, llevó a cabo una acción similar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, que marcaría una tendencia a seguir por algunos activistas comunistas. Este alumno se desplazó hasta donde explicaba su clase de Historia de los Sistemas Filosóficos el catedrático titular, Gustavo Bueno Martínez, y le comunicó que le llamaban por teléfono. Cuando se acercó hasta la mesa del bedel para coger el teléfono, dos personas a las que no pudo ver lo sujetaron por los hombros y la cintura para que Alberto Caldero pudiera verter un bote de pintura de color gris sobre la cabeza del catedrático. Seguidamente le colgaron en el cuello un cartel donde con tinta roja había dibujada una hoz y un martillo y escrita la frase: «Por lacayo de la oligarquía. Viva la dictadura proletaria. Milicias del partido comunista proletario». Con ello se buscaba ridiculizar al profesor, que sufrió las mofas de los estudiantes hasta que pudo escabullirse para limpiarse y mudarse de ropa. A ello había que sumar la incomodidad de sentir cómo se escurre por la cabeza la pintura acrílica, difícil de limpiar con la mano, al mismo tiempo que el perjudicado debe mantener los ojos cerrados por el temor a que la pintura le entre en los ojos y los lesione.

El Colectivo Hoz y Martillo, al igual que otros similares, se estructuraba en un comité central cuya misión consistía en dirigir y coordinar las acciones; una secretaría política, encargada sobre todo de la agitación en medios estudiantiles, una secretaría militar, responsable de todas las actividades violentas previamente acordadas, y una secretaría de propaganda, que llevaba también las finanzas del grupo. Quizá en el caso de Hoz y Martillo se trataba de una estructura exagerada para los pocos miembros que integraban el grupo.

En sus orígenes habían planteado una serie de acciones violentas como forma de llamar la atención sobre las masas, además de movilizarlas para conseguir sus objetivos.

Este tipo de organizaciones habían comenzado a florecer por Europa fundamentadas en los mismos principios que dieron origen al nacionalismo extremista de izquierdas de la banda terrorista ETA. En Alemania surgió la banda Baader-Meinhof, también conocida como Fracción del Ejército Rojo, cuyos antecedentes se remontan a las protestas estudiantiles de finales de los años sesenta. En Italia nacieron las Brigadas Rojas, fundadas en 1969 como organización de lucha armada revolucionaria y que derivaron en un auténtico grupo terrorista; aunque en sus inicios todos partieron como una formación marxista-leninista.

El Colectivo inauguró sus acciones con el lanzamiento de un cóctel molotov en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza el 20 de enero de 1972; siguió la sustracción de una multicopista de la Facultad de Veterinaria en marzo, con la que confeccionaron la propaganda que difundían; y el robo de una furgoneta en el mes de junio, a la que le cambiaron las placas de matrícula para que no fuera detectada por la policía. Sus miembros eran todos universitarios, muy jóvenes, entre 20 y 21 años, y todos fueron detenidos a los pocos días del asalto al consulado de Francia: Luis Javier Sagarra de Moor; alias Fidel Guevara, Álvaro Noguera Calvet, José Antonio Mellado Romero, Claudio Solsona Aznar; alias Pancho, Fernando Burillo García y Juan Ignacio Vigil-Escalera Azcoaga. Solo los tres primeros son los responsables de la célula militar, y por lo tanto del asalto al consulado. Después de la muerte de Tur, cinco días más tarde del ataque, los asaltantes fueron juzgados en un consejo de guerra. La sentencia se dictó el 5 de febrero de 1973, apenas tres meses después, y les aplicaron el Código Penal Militar. En principio, el fiscal pidió pena de muerte, pero rebajaron la solicitud a treinta años de prisión, al quedar probado que la muerte del cónsul fue un accidente y que los activistas no tenían intención de asesinar a nadie. En el entierro, celebrado en Nimes, su localidad natal, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Maurice Schumann, fue más allá y lo calificó de «estúpido asesinato» (sic).

En la desarticulación de la organización, los agentes hallaron documentación sustraída con la que alquilaban los vehículos sin conductor que utilizaban para desplazarse fuera de la ciudad o cuando tenían que ir a otros lugares más distantes, además de los croquis perfectamente confeccionados de distintos asaltos que tenían previstos en operaciones ya diseñadas de

antemano, como el ataque a la fábrica de explosivos de Villafeliche, un municipio zaragozano perteneciente a Calatayud, conocido como «el pueblo de la pólvora», por la Real Fábrica de Pólvora, que incluso tuvo un papel fundamental en la Guerra de la Independencia y en los Sitios de Zaragoza. Entre sus planes también habían incluido el asalto al Club de Tiro de Zaragoza, donde tenían previsto apoderarse de cierta cantidad de armas que utilizarían para posteriores acciones.

Los abogados de los detenidos alegaron que las penas solicitadas no estaban en proporción y que el tribunal tuvo más en cuenta la ideología de los autores que el hecho en sí. Uno de los defensores llegó a decir que si en vez de pertenecer al Colectivo Hoz y Martillo hubieran militado en otro muy distinto, las actuaciones judiciales hubieran ido por otros derroteros y no hubiera entendido de los hechos un consejo de guerra.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el enemigo ya no eran los nazis, porque prácticamente habían dejado de existir, sino los comunistas. Y tanto el gobierno estadounidense como el español compartían el mismo adversario, por lo que los lazos de unión entre ambos países se habían fortalecido considerablemente. El asesinato del cónsul francés se convirtió en una interesada circunstancia que el agonizante gobierno de Franco no iba a desaprovechar; era una oportunidad innegable para lanzar una campaña mediática de agresivo anticomunismo que orientara a la opinión pública del peligro que suponían este tipo de organizaciones, que buscaban desestabilizar un régimen estable, seguro y firme, según habían proclamado ellos mismos, contra cualquier agresión interna o externa.

Capítulo 6

Roger Tur Pallier procedía de Nimes y era el cónsul de Francia en Zaragoza desde el año 1934, ciudad a la que llegó cuando solo contaba treinta años. En esa época la situación política en España era especialmente complicada: el 14 de abril de 1931, tres años antes de llegar Tur a Zaragoza, se había instaurado la Segunda República en sustitución de la monarquía de Alfonso XIII. Desde 1936 a 1939 se habían sucedido en España tres gobiernos. En primer lugar, el presidido por el republicano de izquierda José Giral. El segundo gobierno correspondió al socialista Francisco Largo Caballero. Y el tercero tuvo de presidente al también socialista Juan Negrín. En lo social, el país se enfrentaba a la huelga general revolucionaria, más conocida como Revolución de Octubre. Durante catorce días se produjeron diversos focos de rebelión, siendo los más graves en Cataluña, Asturias y Castilla la Vieja. En Cataluña, Lluís Companys había proclamado el Estado Catalán, dentro de una República Federal Española. Y en el mes de marzo se habían fusionado la Falange Española y las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) con el resultado de una sola agrupación patriótica nacional-sindicalista denominada como FE de las JONS. Al año siguiente se autoproclamó como jefe nacional de esta organización el general Francisco Franco, que de director de la Academia Militar de Zaragoza había pasado a dirigir las operaciones militares encaminadas a sofocar y reprimir el movimiento obrero armado que surgió en la revolución social de 1934.

Así pues, el panorama que había en España, cuando arribó el cónsul francés, era especialmente enmarañado y truculento.

Pero en Francia las cosas no iban mejor y los disturbios de febrero de 1934 se habían convertido en una manifestación organizada por grupos de la extrema derecha y en un motín en la parisina plaza de la Concordia. Además, en el marco del clima prebélico en el que se halla Europa, unos terroristas asesinaron al rey de Yugoslavia, Alejandro I, y al ministro de Exteriores francés, Louis Barthou, al poco de desembarcar en la ciudad de Marsella. Era el día 9 de octubre y el rey Alejandro había viajado hasta allí en un intento de estrechar las relaciones entre la Entente de los Balcanes (formada por los reinos de Yugoslavia y Rumanía y las repúblicas de Turquía y Grecia) y la Tercera República Francesa.

El rey Alejandro era supersticioso hasta lo grotesco y evitaba aparecer en eventos públicos los martes, porque varios familiares suyos habían muerto en

ese día. Mientras era conducido por las calles de Marsella, en compañía del ministro Louis Barthou, ambos fueron asesinados por un revolucionario de origen búlgaro, linchado al instante por la multitud que presenciaba el magnicidio.

En Italia hay un primer ministro, Benito Mussolini, con poderes dictatoriales desde el año 1922. Es el creador del movimiento ideológico conocido como fascismo, de carácter totalitario y antidemocrático.

Y en Alemania ha muerto el presidente Hindenburg, sucediéndole Adolf Hitler con el cargo de canciller, tras haber protagonizado «La noche de los cuchillos largos», en la que desde el 30 de junio al 1 de julio de 1934, los nazis llevaron a cabo una serie de asesinatos políticos con el fin de apoderarse de todas las estructuras del Estado alemán. Hitler, ahora autoproclamado Führer, mantiene un programa secreto para rearmar al ejército alemán sorteando el Tratado de Versalles. Ese año, 1934, anuncia públicamente que ampliará su ejército a 600.000 soldados, multiplicando por seis el límite permitido tras finalizar la Primera Guerra Mundial. Además está determinado a introducir una fuerza aérea poderosa, la Luftwaffe, e incrementar el tamaño de la Marina de guerra, la Kriegsmarine.

Con ese ambiente crece la preocupación en Europa por una nueva guerra, lo que lleva, por iniciativa de Italia, a firmar en Roma el conocido como Pacto de los Cuatro, entre Italia, Gran Bretaña, Francia y Alemania. El tratado les compromete a mantener la paz y a reorganizar Europa con respeto a los principios y cauces previstos en la Sociedad de Naciones. El recuerdo de la Primera Guerra Mundial aún pervive en muchos políticos y no desean que se repita algo similar.

Nada más desembarcar en España, el flamante cónsul francés, Roger Tur Pallier, comprueba que Zaragoza es una ciudad idónea, porque está alejada del escenario bélico que se preparaba en el mundo. Durante los primeros años aprecia que la colonia germana de Zaragoza se incrementa de forma exponencial a través de la presencia de dos importantes personalidades del Partido Nazi: Albert Schmitz, director del Colegio Alemán, y Gustav Seegers, cónsul alemán en Zaragoza desde 1941, cargo que ocupó con 51 años.

Del contacto que Roger Tur mantiene con ellos sabe que ambos son unos nazis fanáticos; no le cabe la menor duda. Es precisamente Seegers quien le explicaba, días después de que se conocieran en la inauguración de la Feria Nacional de Muestras de Zaragoza, que el establecimiento de la colonia alemana de Zaragoza se produjo por culpa de los franceses.

—¿Los franceses? —cuestiona Tur visiblemente irritado—. Ya me contarás qué tenemos que ver los franceses con que a los alemanes les dé por venir a Zaragoza.

—Sí. Desde la Primera Guerra Mundial, cuando os dio por invadir Camerún, por aquel entonces colonia alemana. Por culpa de esa invasión, los colonos alemanes, entonces varios cientos, se tuvieron que refugiar en la Guinea Ecuatorial española, y fueron evacuados a España hasta que terminó la guerra. Mi pueblo había realizado cuantiosas inversiones en infraestructuras. Construimos carreteras, vías férreas, colegios y hospitales. Pero después de la invasión francesa, Camerún quedó bajo el mandato de la Sociedad de Naciones y se dividió en la parte francesa, el *Cameroun*, y la británica, el *Cameroons*.

—Pues repito la pregunta —insiste el cónsul francés—. ¿Qué tiene que ver eso con que os diera por venir a Zaragoza?

—Tampoco lo sé —acepta no conocer la respuesta—. Pero lo que sí sé es que los primeros alemanes que llegaron a España, y hasta que concluyó la guerra, fueron alojados en un campo de refugiados de Alcalá de Henares; luego tuvieron permiso para elegir el lugar que quisieran de residencia. Y, por motivos que yo desconozco, escogieron Zaragoza.

—Seguramente porque aquí se vive muy bien —sonríe el francés.

—No te confundas —acepta la broma Seegers—, porque nosotros también aportamos mucho allá donde vamos. El colegio Alemán de la calle Cervantes y varias empresas, como la tintorería de los alemanes o las salchichas Kurtz, por ejemplo. No pienses que los alemanes somos unos aprovechados que sangran los lugares donde se alojan, como algunos quieren hacer creer.

—Yo no he dudado jamás que los alemanes sean buenas personas —concluye el cónsul francés, en una de las primeras conversaciones que mantiene con su homólogo alemán.

Capítulo 7

El 22 de mayo de 1941, el ministro de Industria y Comercio, Demetrio Carceller Segura, que viajó a Alemania el 13 de septiembre de 1940 junto a Ramón Serrano Suñer, inaugura la Feria Nacional de Muestras de Zaragoza. A las 11.30 horas de ese jueves, asiste a una misa en el templo del Pilar, y desde allí se traslada a la Feria, ubicada al final de la Gran Vía, en las inmediaciones de la Ciudad Universitaria. A la llegada del ministro se hallan congregadas en el recinto varios miles de personas. Las personalidades se trasladan a la plaza central de la exposición, donde una compañía de infantería le ha rendido honores al enviado del gobierno. El arzobispo de Zaragoza, Rigoberto Doménech Valls, procede a bendecir la Feria. Seguidamente, el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y del Comité Ejecutivo de la Exposición, Francisco Blesa, expone lo que la Feria significaba para Zaragoza y agradece las colaboraciones prestadas. Inmediatamente cede la palabra al ministro, que ofrece un discurso cargado de patriotismo y de buenas perspectivas hacia la economía y estabilidad española.

Entre el numeroso público, en medio de las autoridades, y atendiendo a un clamoroso “¡Arriba España!” con el que Demetrio Carceller finaliza su discurso, se halla un grupo de personas que no se conocen entre sí, pero que con el tiempo llegarán a ser grandes amigos. Se trata del cónsul francés, Roger Tur Pallier; el director del Colegio Alemán de Zaragoza, Albert Schmitz; el recién estrenado cónsul alemán de Zaragoza, Gustav Seegers, y el empresario dueño del conglomerado Sofindus, Johannes Bernhardt. La simpatía del empresario por el régimen de Hitler es tal que en 1939 fue condecorado por el mariscal Göring, por orden directa del Führer, con las insignias de la Orden de la Legión Cóndor, como fundador de la todopoderosa Hisma. Por tratarse de la primera persona agraciada por esta Orden, la condecoración fue confeccionada para él con una clase de aleación especial, de la que los alemanes no dieron mayor razón. Los más allegados a Bernhardt bromearon con que esa insignia se fabricó con wolframio. Hisma son las siglas en alemán de Sociedad Hispano-Marroquí de Transportes, empresa constituida en 1936 por el propio Bernhardt, con sede en Tetuán, y con capital alemán que vigilaba el propio partido nazi. En los inicios de la guerra civil española sirvió como tapadera para controlar el tráfico de armas hacia el bando sublevado.

Por la tarde, cuando el ministro se marcha de Zaragoza para atender los importantes quehaceres que tiene en Madrid, los cuatro hombres, que hasta ese

momento apenas habían mantenido algún contacto esporádico, completan un corrillo y conversan entre ellos. Es Bernhardt el que hace las presentaciones.

—Herr Seegers —se dirige al cónsul alemán—, ¿conoce a monsieur Tur, el cónsul francés de Zaragoza?

Seegers aparta los ojos de Schmitz, con el que estaba conversando al abrigo de un cigarrillo, y se fija en Tur, al que aún no tenía el gusto de conocer.

—Oh, claro, al señor Tur le precede la fama —sonríe lanzando la mano para estrecharla con su homólogo.

—Espero que sea una fama de la que me sienta orgulloso —bromea el francés aceptando su mano.

—Se lo puedo garantizar, señor Tur. Todavía no he hallado a nadie en toda Zaragoza que haya hablado mal de usted. No sé si lo sabe, pero le puedo avanzar que los maños le adoran.

—¿Maños? —pregunta el empresario Bernhardt.

—Oh, herr Johannes —interviene Schmitz, fijándose en la insignia de la Legión Cóndor que lleva adosada en el cuello de su elegante camisa—, la expresión maño es un gentilicio popular concerniente a la propia ciudad de Zaragoza; aunque en Aragón lo han hecho extenso a otras zonas y les llaman así aunque no vivan en Zaragoza. Para su información le diré que proviene del vocablo en latín magnum, lo que significa grande.

—Entonces —reflexiona Bernhardt mirando a los ojos de Tur—, es usted un grande.

El cónsul francés sonríe con incomodidad, pues piensa que esos halagos son innecesarios, a la par que excesivos.

Esa noche los cuatro cenan juntos, invitados por el cónsul alemán en su recién estrenada casa del número 9 de la zaragozana calle Joaquín Costa. En principio es una reunión informal, en la que los comensales utilizan el idioma español como lengua vehicular para entenderse entre ellos. Tur no se muestra muy cómodo, ya que un año antes, el 22 de junio de 1940, los alemanes habían ocupado gran parte de Francia. Pero Tur es ante todo un diplomático y en ese instante cree que es mejor tener al enemigo cerca, porque así sabrá más de él. Y el enemigo, en esos años, son los nazis. Entiende además que el papel de Seegers, Schmitz o Bernhardt tampoco es sencillo. Los tres residen lejos de sus hogares y en círculos cerrados se habla de que Hitler planea atacar la Unión Soviética. Un alto mando de la SS le comentó a su amigo Schmitz que sería una locura.

Pero los últimos éxitos militares habían dado al Führer una confianza

absoluta que le animó a ir avanzando en todos los frentes, mientras el mundo se aterrorizaba de los logros de los nazis. El cónsul francés no es ajeno a cierta altivez por parte de los alemanes, que no escatiman elogios hacia el canciller Hitler y lo portentoso de sus directrices.

—El Führer nos ha devuelto el orgullo que como pueblo habíamos perdido —asevera Schmitz, convencido de que su país está haciendo lo correcto.

El deslenguado Bernhardt despótica del Tratado de Versalles, porque resultó humillante para los alemanes.

—No deberían haberle quitado a Alemania lo que le correspondía por derecho histórico —asevera ante la mirada complaciente de Seegers. Y seguidamente comienza a enumerar todos aquellos territorios que, hasta la firma del tratado, eran alemanes—. Alsacia-Lorena es nuestra, al igual que Danzig y las colonias de Camerún —dice mirando con soberbia al cónsul francés—. Y la Nueva Guinea Alemana y...

—Es suficiente, Johannes. Estás molestando a mi invitado.

—Oh, no se preocupe por mí, herr Seegers. Estoy acostumbrado a estas batallas dialécticas. Y es más —asegura el francés sin perder la compostura—, si nuestras diferencias se resolvieran en estas reuniones, estoy seguro de que no sería necesario ir a la guerra y sacrificar vidas humanas.

—Touché, monsieur Tur —interviene el director del Colegio Alemán—. No puedo estar más de acuerdo con usted. Pero no se engañe al creer que no hicimos lo posible por solucionar este conflicto por la vía pacífica. Los alemanes, nadie puede negarlo, somos pacíficos y dialogantes. Pero el diálogo tiene un límite que si se sobrepasa hace al conversador parecer un necio.

—Bien —interfiere Seegers—, propongo un brindis por la amistad entre los pueblos llamados a entenderse y que los conflictos se solucionen en veladas como esta. Además —añade antes de levantar su copa de champán—, pienso repetir este tipo de reuniones para que nos vayamos conociendo mejor y aprovechemos para intercambiar impresiones sobre el transcurso de esta guerra que, no me cabe ninguna duda, finalizará con la victoria del Tercer Reich.

Todos elevan sus copas y brindan, excepto Roger Tur, que no pronuncia palabra alguna.

Capítulo 8

El conflicto bélico más grande jamás conocido duraba ya cuatro años y los ánimos comenzaban a decaer. En España el fantasma de la guerra mundial se había alejado desde que Hitler y Franco no llegaran a ningún acuerdo en su encuentro en la estación de Hendaya en 1940. Y el 12 de octubre de 1943, Franco había dado orden de traer de nuevo a España a la División Azul. La retirada de este grupo de voluntarios, que marcharon al frente ruso a luchar contra los soviéticos en apoyo de Alemania, coincidió con el cese del ministro de Asuntos Exteriores, y cuñado de Francisco Franco, el germanófilo Ramón Serrano Suñer. Su sucesor, Gómez-Jordana, manifestó que la División Azul era algo de lo que había que deshacerse lo antes posible.

En este clima contrario a los intereses de Alemania, Seegers y Tur se reúnen una mañana en el piso del primero.

—Te veo preocupado, mi querido colega —inicia la conversación el cónsul francés, al percibir el rostro demudado del alemán.

—Llegan malas noticias del frente oriental. Ayer me comunicaron que el general Friedrich Paulus ha rendido el Sexto Ejército a los soviéticos en la ciudad de Stalingrado. ¿Sabes qué significa?

—Que la Wehrmacht no puede avanzar más en territorio soviético.

—No. Eso significa que no han servido de nada los miles de buenos soldados alemanes que se han dejado la vida bajo el frío glacial de ese territorio de subhumanos.

Es la primera vez que Roger Tur escucha esa definición para referirse a los soviéticos. No le pregunta a Seegers a qué se refiere exactamente, porque la palabra no admite equívocos. Ese día asume que su colega es también un nazi acérrimo. Pero, por otro lado, al hablar de los soldados alemanes que han fallecido, vislumbra un atisbo de humanidad que le trae sentimientos encontrados.

—Lo siento —son las únicas palabras que atina a decir.

Días después, Tur mantiene una entrevista con un funcionario de la embajada francesa de Madrid, que le transmite un comunicado de analistas militares: quizá el ejército alemán no es tan poderoso como se había pensado al comienzo de la guerra, ya que comenzaba a sufrir derrotas aplastantes ante tropas que, en un inicio, eran inferiores en preparación y en medios.

El 4 de febrero, los submarinos alemanes hundieron trece barcos aliados de un convoy que transportaba armas para abastecer a las tropas que luchan contra el

Eje. El cónsul alemán está tan alborozado por esta buena noticia que no puede obviarla en una reunión que mantiene con su amigo Schmitz, al que ha invitado a tomar café en su casa en una de sus habituales reuniones. Las noticias que llegan de Alemania les dejan un sabor agridulce, ya que tan pronto son buenas como nefastas. Los dos coinciden en la preocupación del desgaste que tiene sobre Alemania el tiempo transcurrido de guerra, ya que entran en el cuarto año y las derrotas de la Wehrmacht comienzan a suceder quizá con más asiduidad de la que sería deseable. Las noticias del aliado más poderoso de Alemania tampoco son buenas. El 9 de febrero los japoneses se retiran de Guadalcanal, la mayor isla de las Islas Salomón, situada en el suroeste del océano Pacífico, por la fuerte presión del ejército estadounidense.

El 11 de febrero, el general estadounidense Dwight David Eisenhower accede al mando de los ejércitos aliados en el norte de África. Esta noticia causa malestar entre los nazis de Zaragoza, ya que Eisenhower es un reputado militar norteamericano y saben que su dirección pondrá en serios aprietos a las tropas alemanas que combaten allí por el control de la Libia italiana, el reino de Egipto, el protectorado francés de Marruecos, la Argelia y el Túnez franceses.

—Estos no saben que Rommel los aplastará —apunta el director del Colegio Alemán, sin ocultar su admiración por el mariscal de campo.

El 14 de febrero el ejército nazi realiza una contraofensiva contra los aliados, dirigida por el general Hans von Arnim, que lleva el mando del Afrika Korps desde el 4 de diciembre del año anterior. Hitler había decidido que Rommel no regresase a África; aunque no se comunicó hasta tiempo después para mantener la moral de la tropa bien alta, por la elevada estima que los soldados le tienen al mariscal que habían apodado El Zorro del Desierto.

—¿Veis lo que os decía? —se jacta Schmitz—. Rommel los aplastará como cucarachas.

El 18 de febrero, con el ánimo de los alemanes en mínimos a causa de las derrotas del ejército nazi y el desgaste de los diferentes frentes abiertos, el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, pronuncia el discurso más largo e influyente de la historia del nacionalsocialismo. Para la ocasión se elige el Palacio de los Deportes de Berlín, con capacidad para albergar a 14.000 personas. En este discurso, Goebbels llama a la guerra total y anuncia las medidas a adoptar para llevarla a cabo, como el cierre de los negocios no necesarios para el esfuerzo de la economía de guerra y el reclutamiento de

mujeres en la fuerza laboral. La capacidad de oratoria del ministro convence a los alemanes de que todavía pueden ganar la guerra y les hace olvidar la derrota de Stalingrado y la decadente situación de la Wehrmacht en África.

El 13 de mayo las fuerzas del Eje son finalmente derrotadas en África, con un balance de 275.000 soldados prisioneros entre alemanes e italianos. El general Eisenhower da por desarmado el África Korps.

El 30 de junio todo el territorio alemán es declarado *Judenfrei*, es decir: libre de judíos. Cinco días después comienza la que es considerada hasta la fecha la batalla de tanques más grande de la historia, con la participación de más de seis mil entre ambos bandos, la Wehrmacht y el Ejército Rojo. El 25 de julio, Mussolini es depuesto por el Gran Consejo Fascista. Y el 3 de septiembre, Italia, el principal aliado de la Alemania nazi, se rinde ante los aliados. El 28 de noviembre se reúnen en Teherán los dirigentes de las potencias mundiales más importantes que luchan contra el Eje: Iósif Stalin, Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt.

A finales de 1943 Seegers invita al cónsul francés a su casa para brindar por la Navidad. En esa reunión le confiesa que comienza a estar preocupado por el desenlace que está teniendo la guerra y por las noticias que llegan de los diferentes frentes. Le preocupa especialmente el protagonismo de la Unión Soviética en su ansía de venganza para con Alemania. Le confiesa a Tur que un contacto muy importante le ha dicho que, en la reunión de Teherán, Stalin había propuesto la ejecución de al menos 50.000 altos oficiales alemanes para que a Alemania se le quitaran las ganas de planear otra guerra.

—¿Y sabes qué ha replicado Roosevelt?

Tur mueve la cabeza en señal de negación.

—Tal vez 49.000 ejecuciones serían suficientes, me han dicho que refirió a la propuesta de Stalin. ¿Te das cuenta, Roger? El presidente de la mayor democracia del mundo bromeaba con la muerte de oficiales nazis. El mundo se va al garete.

El cónsul francés no ha podido hacer otra cosa que mirarlo con la incomprensión dibujada en sus ojos y un impropio guardado en su boca cerrada.

Capítulo 9

Tur y su esposa viajan a Barcelona en enero de 1944 para pasar unos días en el hotel Ritz. La Segunda Guerra Mundial está llegando a su fin y España se ha convertido en un avispero de nazis que conspiran contra el mundo y en un bullir constante de agentes de potencias extranjeras que calibran el papel de la dictadura franquista en el nuevo orden mundial. Se aceleran las reuniones de diplomáticos en suelo español, al mismo tiempo que las potencias extranjeras, en especial Estados Unidos y Reino Unido, comienzan a plantearse el futuro de España. En Barcelona coincide con el coronel Goldenberg, agregado aeronáutico a la embajada de Alemania en España, y con el también coronel Francisco Ludwig. De la ciudad de Berna llega José Jorge Rodríguez Santos, alto funcionario del consulado de Portugal en Suiza. De Reino Unido lo hace David Muirhead, afecto a la embajada británica en Madrid. Y de la embajada de los Estados Unidos, Teodoro Pahalas y Armin Schich.

Las conversaciones giran en torno al mismo tema: la guerra. España es uno de los pocos países de Europa ajenos al conflicto, por lo tanto es uno de los que garantizan que los diplomáticos se puedan reunir en un ambiente seguro y de cordialidad. Tres cosas preocupan por igual: el fin del nazismo, el reparto del pastel europeo y el auge del comunismo. La Unión Soviética se está erigiendo como una primera potencia militar y económica que intranquiliza, y mucho, a los norteamericanos.

—El Sexto Ejército Alemán se ha rendido en Stalingrado —le comenta un diplomático portugués a Roger Tur, que en ese instante sorbe un magnífico cóctel de champán—. E informan que los soviéticos han lanzado una ofensiva para liberar Leningrado, que lleva asediada tres años.

—Estoy al corriente —replica Tur, algo incómodo y agotado de que en esas reuniones solo se hable del transcurso de la guerra.

—Disculpe, no me he presentado —le dice extendiendo su mano—. Soy Rodríguez Santos, del consulado de Portugal en Suiza.

—¿Suiza, eh? —anota Tur—. Deben estar ustedes tranquilos por ahí.

—No se crea —rebate—. Suiza es neutral, pero la guerra crece a su alrededor como la espuma. Estamos tranquilos, de momento.

—Oh, no creo que a estas alturas la Wehrmacht esté por la labor de invadir un país tan insignificante como Suiza. Y cuando digo insignificante —se corrige el cónsul francés—, me refiero al aspecto estratégico.

No es ningún misterio y ningún secreto que Hitler solo se apodera de países

en los que tiene algún interés.

—Eso es cierto —corroboraba Rodríguez Santos—. Pero al contrario de otras naciones, como la suya, Francia, que puede ser vista como una amenaza a los planes del Führer —dice con tono de desprecio—, Suiza no supone ninguna amenaza al Tercer Reich. Y si lo supuso en algún momento, fue antes de invadir Rusia. Ahora la Wehrmacht está demasiado entretenida para fijarse en ese pequeño y, como ha dicho usted, insignificante país. Además, Suiza conserva una de las más importantes redes ferroviarias de Europa, que Alemania y sus aliados utilizan, y no creo que Hitler esté dispuesto a destruirla con los bombardeos inherentes a un ataque. Por otra parte, el ejército alemán ha perdido la paciencia y no quiere enfrascarse en interminables guerras de guerrillas, casa por casa, con la que solo conseguirían derribar las construcciones.

—Y el dinero —sonríe el cónsul francés—. No nos hemos de olvidar del negocio, porque la guerra, y eso no es un misterio, también es negocio.

—Si yo fuese suizo —arquea las cejas Rodríguez Santos—, me habría ofendido con sus palabras. Los suizos arrastran el estigma de preferir el negocio a otras cosas, como por ejemplo los principios morales de servidumbre a uno u otro contrincante. Pero eso no es del todo cierto. Hay que recordar que Suiza está rodeada de territorios bajo la influencia y el yugo nazi. Este hecho ha estimulado las relaciones comerciales con países del entorno. Es una obviedad imperiosa si los suizos no quieren perecer de hambre. Pero no solo hace negocios con Alemania, sino que también tiene intercambios comerciales con Italia y Francia. E incluso con Inglaterra. Y comprendo que los aliados deben estar furiosos con esa cacareada neutralidad de Suiza, ya que en algunas de sus fábricas se construyen ciertas piezas de la compleja maquinaria de guerra alemana, como rodamientos o determinadas partes de los torpedos submarinos.

—¿Furiosos?

—Sí. Y no solo porque no acepten que Suiza pueda colaborar mediante el comercio a sostener la guerra, sino porque al ser un país neutral no pueden bombardear esas bases.

—Entiendo —musita Roger Tur.

—Seguro que estáis hablando de la guerra —interviene una voz femenina a espaldas de los dos hombres.

El cónsul francés gira rápidamente sobre sus talones y mira a su esposa con una sonrisa

—Madelaigne, te presento al señor Rodríguez Santos, de Portugal.

—¿Portugal? Uno de los pocos países neutrales que quedan por Europa.

—Cierto —sonríe el portugués—. España, Portugal, Irlanda, Suecia y Finlandia. Es como el chiste —comenta con cierto aire de burla. Al ver en los rostros de Tur y su esposa que no saben de qué chiste se trata, opta por explicarlo—. Dicen que a comienzos de la guerra, en los primeros años en que la Wehrmacht se adentraba en los países como si fuese un paseo, corrió entre los jóvenes matrimonios alemanes el chiste de que cuando les preguntaban a dónde iban a ir de vacaciones, siempre que respondían: al extranjero, su interlocutor replicaba: pues daos prisa, que el extranjero se va a acabar.

Tur se ríe por la ocurrencia, pero a su esposa no le ha hecho mucha gracia. Y así lo manifiesta.

—La guerra no es divertida.

—Lo siento —se excusa el portugués, retirándose para hablar con otros invitados.

—No le haga mucho caso, madame —le dice un hombre rubio con la cara llena de pecas que apenas tendrá treinta años.

Madame Madelaigne lo mira con curiosidad, pues pese a su juventud parece sacado de una película de los años veinte. Incluso si no fuese por ese pelo rubio peinado hacia delante y que le llena el flequillo, diría que le da un cierto aire a Rodolfo Valentino.

—¿Y usted es...? —pregunta Roger Tur.

—Disculpe mi desconsideración —habla con un fuerte acento inglés—, soy el afecto a la embajada británica en Madrid. David Muirhead. —Besa la mano de la señora Tur.

—Ah, los británicos siempre tan galantes —acepta el cumplido Madelaigne.

—¿Y usted...? —le pregunta ahora a su marido.

—Roger Tur, cónsul francés en Zaragoza.

—¿Zaragoza? ¿El Sitio de Zaragoza? —consulta pronunciando con dificultad.

—Así es. ¿Conoce la historia?

—Por supuesto. He servido en el cuerpo de entrenamiento de oficiales de la Escuela de Cranbrook y un superior nos dijo en varias ocasiones que para ser un buen soldado había que resistir como los zaragozanos contra Napoleón.

Tur sonríe complacido; aunque entiende que esa historia que le cuenta Muirhead no puede ser cierta. Le parece imposible que en una escuela de oficiales británica ensalcen la resistencia y el valor español, cuando por allí

deben tener otros referentes más próximos. Comprende que lo hace por pura cortesía.

Madelaine se distrae hablando con la esposa de un diplomático, a la cual conoce de alguna reunión anterior, momento en que Muirhead aprovecha para conversar en serio con Tur.

—Zaragoza es un lugar muy interesante —comenta como si estuviera introduciendo una conveniente conversación.

—Lo es —acepta Tur—. Por eso mi familia y yo vivimos allí.

—¿Desde cuándo?

—Desde 1934.

—Mmmm, ya llevan ustedes tiempo en esa ciudad, sin duda.

—Estamos encantados. Y mientras mi gobierno —dice refiriéndose a Francia— no quiera cambiarme a otro destino, allí seguiré.

—Deben estar muy contentos con usted —alaba Muirhead—. En estos tiempos que corren y con tantos cambios de gobiernos, de ideas, de principios y de mentalidad, es raro permanecer como agregado en algún país más de diez años. Supongo que tendrá muchos conocidos en Zaragoza, además de inmiscuirse en su vida social, cultural y económica.

—Cierto. Si lo dice por la empresa de sirope que tengo en la ciudad...

—Oh, no. Disculpe, no sé nada de sus negocios, solo estaba conversando.

—Aplasta la colilla que sostiene en su mano sobre una superficie circular de alabastro que adorna un cenicero de metal.

Una sombra se inclina muy cerca de ellos, en la parte de atrás. Coge una copa de champán y se enciende un cigarrillo que, por el olor que desprende saben que es negro, con un encendedor Dupont de oro. Tur se percató de que es un paquete de Gitanes, por lo que en un principio piensa que ese hombre es francés. Mientras le presta atención, ve cómo hace girar una copa de champán que sostiene en su mano izquierda y observa las burbujas a través de la luz que cae directamente del techo.

—Perdón —dice al pasar al lado de los dos.

—Espere, señor. ¿Conoce a monsieur Tur?

—Claro. ¿Quién no conoce al cónsul francés de Zaragoza?

—¿Y usted es...?

—Me llamo Teófilo. Teófilo Bruguera. —Tur lo mira con desconcierto. Es un hombre de baja estatura, ojos aguamarina, pelo rubio oscuro, casi castaño, la cara ovalada y lleva encajadas en su cara unas gafas gruesas que no casan con la juventud que aparenta—. Pero no se lo diga a nadie —bromea.

—¿Perdón?

—Sí, lo de que me llamo Teófilo.

—Por supuesto.

—Bueno, les dejo solos, ya que tienen muchas cosas de que hablar —se despide Muirhead.

—Gracias, David —lo despide Bruguera con cordialidad.

—Y bien, señor Bruguera, ¿de qué quiere hablar conmigo? —Roger

Tur se ha percatado de que están los dos solos, ya que el resto de invitados, incluida su esposa, se han cambiado al salón donde se va a servir la cena.

—De los nazis de Zaragoza —responde con gesto reflexivo.

Capítulo 10

En abril de ese mismo año, 1944, Roger Tur realiza una visita a la localidad de Sitges, acompañado de su esposa e hija, donde la familia posee una finca de recreo. Después se desplaza hasta Barcelona, donde se entrevista con el cónsul general de Francia, el señor Pedro Hericourt, quien un mes antes había celebrado en el Instituto Francés la conmemoración de la liberación de España, mostrando así su apoyo incondicional al régimen de Franco. Es una época de concordia y afinidad con el franquismo. En su discurso pronuncia una frase que marcará un antes y un después en la relación de la dictadura de Franco con las potencias resultantes del fin de la guerra mundial y que supondrá un giro drástico en aras de mantener unas relaciones fluidas y constantes con el régimen.

—Esta victoria no solo ha sido española, sino más bien una victoria europea contra el bolcheviquismo.

Los asistentes aplauden enfervorizados.

El bolcheviquismo hace referencia a los bolcheviques, un grupo político dirigido por Lenin y surgido dentro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Pero para el resto del mundo, es decir, fuera de la Unión Soviética, el término es sinónimo de comunismo. Roger Tur ha mantenido varias reuniones en Barcelona con altos diplomáticos, británicos y norteamericanos, y le han manifestado su preocupación por que al concluir la guerra, algo que todos ven como probable y próximo, la dictadura franquista se diluya y el pueblo español caiga en manos de los comunistas. Es importante, así se lo hacen saber, que Franco se mantenga en el poder al menos hasta que el tablero europeo se equilibre y se aleje el peligro de una injerencia de la Unión Soviética, que saldrá reforzada tras la caída de la Alemania nazi.

En una de las muchas reuniones que mantiene en Barcelona, Roger Tur conoce al enigmático e infranqueable agente Te, del que no sabe nombre real ni afinidad; aunque percibe que habla sin acento, por lo que entiende que es originario de España, pero se presenta como británico. Su nombre, Teófilo Bruguera, que evidentemente es falso, sospecha Tur. Alguien le ha dicho que es un agente doble al servicio de los ingleses, pero de origen falangista. En enero de ese año apenas tuvieron tiempo para hacer las presentaciones en el hotel Ritz, ya que se les echó encima la hora de la cena. Pero tres meses después vuelven a coincidir y en esta ocasión la conversación les permite profundizar más en el asunto que les preocupa.

Son apenas unos minutos, pero Tur se queda impresionado por la capacidad de concretar datos y por la buena memoria que tiene respecto a los nombres de personas que surgen durante su charla. Después de aquel encuentro sabe que ese agente doble es el instigador del desgaste y posterior caída del cuñado de Franco, el todopoderoso Ramón Serrano Suñer, pieza clave del área dura de la dictadura y con el que el servicio secreto británico invirtió esfuerzo y dinero para quitarlo de en medio cuando fue destituido como ministro de Asuntos Exteriores en septiembre de 1942, en un convencimiento por parte del dictador de que, dado el cariz que estaba tomando la guerra, le interesaba aproximarse a los aliados.

—Así que es usted el cónsul francés de Zaragoza —sonríe mientras sostiene un cigarrillo en sus dedos. Por lo que parece, la posesión del Gitanes en su mano es un acto más social que por la pura necesidad de fumar.

—Así es. Lo soy desde hace diez años —le dice, enderezándose. Bruguera le da la mano efusivamente y el cónsul se deja agitar la suya con el ánimo de soltarla cuanto antes. Tur asiente sin perder de vista al resto de invitados. Percibe que su interlocutor también está pendiente de las personas que pululan por el amplio salón del hotel Ritz, pero le sorprende su facilidad para hacerlo sin que se le note. Entiende que es un experimentado agente capaz de ver sin mirar y oír sin escuchar.

—¿Conoce al mariscal Pétain?

Tur se sorprende de que ese hombre le pregunte por su amistad con el gobierno de Vichy, cuando él ya era cónsul en Zaragoza antes de que la Wehrmacht ocupara parte de Francia. En ese instante siente un dolor instantáneo en el esófago, seguido de una ausencia de saliva y aire que le cierra la garganta. ¿A qué viene ese interés sobre su relación con el gobierno de Vichy?

—Sí, lo conozco —esboza una mueca de disgusto—. Pero creo que todo el mundo en Francia conoce al viejo Pétain.

Alguien pasa al lado de los dos hombres, que se han sentado en un cómodo tresillo del salón, y al escuchar que nombran al mariscal francés, exclama:

—Pétain, viejo loco.

—¿Desde cuándo está usted en el consulado? —le pregunta Bruguera.

El cónsul piensa que ese hombre le hace preguntas cuya respuesta ya conoce. Le sorprende que no utilice el lenguaje alambicado de los diplomáticos, por lo que entiende que él no pertenece a ninguna embajada, algo que ya le han comentado. Maneja con fluidez el castellano, idioma en el

que hablan, y el inglés, según lo ha escuchado conversar con anterioridad con David Muirhead.

—Desde el año 1934.

—Ajá —chasquea la lengua—. Pétain era entonces ministro de Guerra. ¿Sabe dónde estaba el viejo mariscal en 1939, cuando comenzó la guerra europea?

—En España —responde aséptico.

—Cierto. En 1939 ocurrieron muchas cosas. Y todas fueron importantes. Acabó la guerra civil española; aunque todos sabemos que las heridas siguen abiertas, pues fue una guerra viperina, y comenzó la guerra europea. La casualidad quiso que Philippe Pétain estuviera ese año como embajador francés en España —golpea el suelo con el tacón de su zapato derecho—. Y ahora es todo un jefe de Estado, en el régimen colaboracionista de Vichy.

Después de estas palabras se calla cuando percibe que por su izquierda se acerca hasta ellos el coronel Goldenberg, agregado aeronáutico alemán. Detrás de él, en la barra, se distinguen un par de chicas bastante borrachas y vestidas con escotes hasta el ombligo y minifaldas de escándalo. Alrededor unos hombres las abordan, pero ellas más bien parece que desean irse a dormir, solas.

—¿Ha visto a Hans? —le pregunta directamente a Teófilo Bruguera.

Tur finge que esa cuestión no va con él.

—Sí —gira su cabeza hacia atrás—. Hace unos minutos estaba en la barra conversando animadamente con un polaco. Desde que Alemania los ocupara, no paran de protestar y solicitar ayuda. Después de cinco años ya han olvidado que esta guerra comenzó por su culpa.

Goldenberg se aleja anadeando, mientras que ellos retoman la conversación.

—¿Lo conoce?

—No —niega de nuevo Tur.

—Es Hans-Heinrich Dieckhoff, el embajador alemán. —Tur clava los ojos en su espalda mientras se aleja—. Recién iniciada la guerra española, Alemania lo destinó como embajador en Estados Unidos. Dicen que había redactado numerosos informes alertando a sus jefes, los nazis, de que los americanos querían entrar en la guerra. Así que a finales de 1938, después de la noche de los Cristales Rotos, lo retiraron como embajador en Washington y se lo trajeron para España. Por aquí comentan que el propio Franco le ha dicho que desea la victoria del Eje por el bien de la supervivencia de este

país, ya que si vencieran los aliados significaría su propia eliminación. Pero, a ver si me entiende, Franco no se refiere a la eliminación de España, sino a la eliminación de su dictadura. Pero no le haga mucho caso a Hans, porque tengo entendido que en breve regresará a Alemania, de donde, no me cabe la menor sospecha, no saldrá jamás. Los que regresen a Alemania por estas fechas, dudo de que salgan de allí vivos.

Capítulo 11

El cónsul carraspea un par de veces para aclararse la garganta. La conversación con ese misterioso hombre que se hace llamar Teófilo Bruguera, y que le está desvelando importantes secretos diplomáticos, civiles y militares, lo incomoda.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —consulta sin andarse con rodeos.

Él se fija bruscamente en sus ojos.

—¿No es usted el cónsul francés de Zaragoza?

—Sí. Ya lo sabe —replica desasosegado.

—Pues se lo cuento en su calidad de cónsul de un país neutral en el franquismo, aséptico en el nazismo, distante en el fascismo y acrisolado en lo referente a los principios del izquierdismo más puro. Su condición de cónsul de Francia y el hecho de que resida en Zaragoza son los mejores garantes de que es usted una persona de fiar.

Tur lo escruta con recelo. Pero piensa que seguramente ese hombre habrá figoneado antes sobre él para asegurar lo que dice de una forma tan precisa.

—¿Qué tiene que ver Zaragoza con esto? —indaga.

—Zaragoza es una ciudad alejada de todas partes —asevera—. No hay disturbios importantes en sus calles, no hay guerra, no hay intereses económicos, militares o estratégicos. Los esfuerzos de todas las partes se concentran en las grandes ciudades. Madrid, Barcelona, París, Berlín, Londres... Si yo tuviera que convocar una reunión secreta, lo haría en Zaragoza sin ningún tipo de duda. Nosotros, aunque no lo parezca, o quizá lo parece demasiado, nos estamos reuniendo en Barcelona. ¿Ve a esos hombres de ahí? —señala hacia un corrillo que bebe unos cócteles de champán cerca de un mostrador—. Ahora mismo están haciendo negocios. Se reparten el pastel europeo antes de que concluya la guerra.

La guerra, de eso estamos todos seguros, va a acabar. Luego quizá comiencen otras, lo harán con toda certeza, pero de la misma forma que comienzan, terminan. Los británicos quieren acabar con Franco. Esa es su idea y así lo han determinado. Pero los americanos, más cautos e inteligentes, saben que Franco es un punto de apoyo fuerte contra el comunismo. No quieren que se alíe con los soviéticos y traiga una república de esas aquí, en el sur de Europa. España es demasiado importante en su trasfondo estratégico como para dejarla perder. El Caudillo ya ha hecho algún gesto importante que los americanos han recibido con cierto agrado: ha retirado la División Azul de

apoyo a los nazis en su invasión rusa. Pero su primera medida ha sido apartar a su principal valedor, su cuñado Serrano Suñer —Sonríe como un niño pillado en una travesura—. Y el temor ahora es que se acerque, más de lo que ya está, a los nazis.

—No es ningún secreto que Franco simpatiza con ellos —interrumpe Tur—. Como sabrá, se reunió con Hitler hace unos años para determinar su grado de participación en la guerra europea.

—Ya, ya —rechaza, con desdén, Bruguera—. Pero eso fue hace cuatro años y las cosas han cambiado, y mucho. Mire lo que ha ocurrido aquí mismo, en Barcelona, donde el consulado americano ha enviado a Madrid los detalles sobre el asalto de un grupo de falangistas al hotel Bristol, en la calle Portal del Ángel. Han informado de que esos falangistas, con uniformes del partido y armados con pistolas y cuchillos, destrozaron gran parte del hotel y la habitación donde se hospedaba Samuel Sequerra, un doctor portugués de origen judío. ¿Lo conoce?

—No personalmente. Sé lo que leí en la prensa sobre ese incidente.

—Sabemos que ya son varios miles de judíos los que han escapado del terror nazi a través de España. Llegan aquí gracias al doctor Samuel Sequerra, aprovechando la relativa tolerancia de Franco. El dictador los deja entrar, pero los apresura a salir, ya que no quiere que se queden en España. Es un corresponsal de la *American Jewish Joint Distribution Committee* —pronuncia en un inglés perfecto—, una organización encargada de ayudar a los judíos de Europa a escapar de los nazis. Aunque su fundación data de la Primera Guerra Mundial, cuando ya los judíos de Europa Oriental sufrían el acoso. Los norteamericanos han advertido, en una nota enviada al gobierno de España, que estos actos aumentan la antipatía que los catalanes sienten hacia la Falange. Me han dicho que Franco ha montado en cólera cuando se ha enterado de la intromisión estadounidense. —Se le dibuja una sonrisa en los labios con sus últimas palabras—. Pero Franco no es estúpido y sabe que con su alianza con los nazis no conseguirá nada más que disgustos. Y, si no, mire lo que ocurrió el año pasado con Mussolini, que hasta tuvo que ser rescatado por las fuerzas paracaidistas alemanas de su encierro después de que ordenara su arresto el rey Víctor Manuel.

—Eso no ocurrirá jamás aquí —rechaza Tur.

—¿El qué?

—Lo de que Franco se tenga que refugiar.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque en España no tenemos rey.

La risotada de Bruguera interrumpe la conversación de varios hombres, que les miran con interés.

—Me encanta su sentido del humor, señor Tur. Para ser francés lo tiene usted muy desarrollado —dice sin que el cónsul sepa si es un halago o un menosprecio.

Tur da un pequeño sorbo al cóctel que hay sobre la mesa. Se refresca los labios restregándolos después de beber. Mira a izquierda y derecha. Esboza, con esfuerzo, una sonrisa. Y pregunta:

—¿Qué quieren ustedes de mí?

—Le ruego que me disculpe —replica Bruguera—. Quizá estoy mareando la perdiz en exceso. —Con esta última expresión, Tur comprende que los orígenes de su interlocutor deben ser españoles, en caso contrario no utilizaría una alocución tan castiza—. Intentaré ser más claro —le dice mirando por encima de su cabeza para asegurarse que nadie los observa o está pendiente de su conversación.

—Se lo ruego.

—Hace un par de años, o puede que tres, un grupo de hombres se reunió en un acto celebrado en un salón del Colegio Alemán de Zaragoza. Allí estuvieron muchos nazis, y entre ellos los dos principales valedores de esa ciudad: Gustav Seegers, cónsul alemán de Zaragoza, y Albert Schmitz, jefe del partido nazi de esa ciudad. En esa reunión rindieron un sentido homenaje a los alemanes caídos en el frente ruso en los primeros años de la invasión alemana. El acto terminó con los himnos alemán y español y vivas a España y Alemania.

—No le entiendo. ¿Por qué me cuenta eso?

—¿Conoce usted a Seegers y a Schmitz?

—Sí, claro. Al primero lo conozco por obligación, ya que es mi homólogo. Y a Schmitz, porque es una persona muy reconocida en Zaragoza y, según tengo entendido, realiza una magnífica labor en el Colegio Alemán.

—¿Tiene una buena relación con ambos?

—Sí, ya se lo he dicho —replica furibundo—. ¿Y qué quieren ustedes de mí? —insiste.

—Creo que ya lo he comentado lo suficiente, monsieur Roger Tur Pallier. No queremos nada. Pero quería que supiera tres cosas que son importantes. Primero, que la guerra va a acabar. Segundo, que la van a ganar los aliados. Y tercero, y por eso hemos estado hablando hoy, Zaragoza se va a convertir en un

nido de nazis. Si no se ha convertido ya.

Capítulo 12

Una populosa colonia de alemanes se había instalado en Zaragoza entre los años 1944 y 1946, justo antes de que acabara la guerra y justo después de que comenzara la posguerra. Por aquel entonces, Roger Tur era propietario de un negocio de melaza y sirope para cigarrillos, cuyo domicilio se encontraba en la zaragozana calle Asalto, número 24. Con la denominación de Roger Tur Sucesores, sus principales clientes eran las fábricas de tabaco americanas, que lo emplean como aditivo. El excedente de esa producción se vende como una selección de palos de regaliz.

Tur refuerza su amistad con Gustav Seegers y con Albert Schmitz. Lo hace siguiendo la recomendación del misterioso Teófilo Bruguera, y convencido de que su aportación a la caída del Tercer Reich puede ser más que simbólica y que la neutralidad de España, en general, y de Zaragoza, en particular, es una baza indispensable en los acontecimientos que se avecinan. En ese aspecto, su posición predominante por ser un diplomático francés, un país amigo de España, en una ciudad como Zaragoza, alejada del mundanal ruido, y el acercamiento que mantiene con los máximos representantes de la Alemania nazi en la ciudad constituyen el mejor engarce entre Alemania, España y Francia, país al que, no lo había olvidado, se debe en cuerpo y alma.

La primera vez que participa en una de esas reuniones clandestinas es en el domicilio de Gustav Seegers. Cuando llama a la puerta derecha del cuarto piso, le abre una empleada de servicio con uniforme. Es el propio cónsul quien sale a recibirlo, con una sonrisa expresiva en su cara triangular y sonrosada. Es un hombre lleno de energía y su rostro apenas ha sucumbido a las arrugas del martirio de ser nazi y saberse perdedor. Tiene la piel nutrida por el sol y se esfuerza para que Roger Tur acepte su hospitalidad.

—Roger, pasa por favor. Estás en tu casa. Al franquear el salón se topa con los hombros redondos de Albert Schmitz y su pelo corto, casi rapado. A su lado, la mirada intranquila de tres personas más a las que no conoce. Uno de ellos se dirige hacia él en un perfecto español mientras alarga su mano para estrecharla con la suya.

—Es un placer conocerle, señor Tur —dice sin acento concreto.

—Hemos creído —interviene Seegers— interesante que en nuestras reuniones haya algún miembro de la Falange.

Tur comprende que la relación entre los nazis y la Falange española va más allá de una mera simpatía, ya que los dos comparten ideología y principios.

Uno a uno, el anfitrión le va presentando a todos los asistentes de esa primera reunión en la que él participa de manera oficial.

Allí, además del jefe del partido nazi de Zaragoza, Schmitz, está uno de los jefes de Madrid, otro procedente de Barcelona y un grupo reducido de Berlín. Los invitados que han llegado desde Barcelona comentan que se han subido al tren en la estación del Norte la noche anterior. Se han pasado todo el viaje en el pasillo fumando, conversando y observando las luces de los pueblos, estaciones y cruces por donde pasaba el tren.

Uno de ellos se desadormeció al pasar a la altura de Lérida y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no caer en los brazos de Morfeo, ya que solo tenía en mente atravesar el puente de hierro del río Ebro a bordo del ferrocarril. En la estación de Arrabal se subieron a un taxi, un Fiat Balilla de color negro, que los transportó hasta la casa del cónsul alemán. Uno de ellos bromea con el gasógeno que movía el taxi, ya que al arrancar se produjo un estruendo que le recordaba al sonido de un disparo.

—Entonces se habrán encontrado ustedes como en casa —se divierte, con muy mal gusto, Schmitz.

—Sí, ya que por un momento he creído que nos estaban atacando —le sigue la broma, que no ha provocado mucho entusiasmo en el resto de invitados.

Albert Schmitz no es muy querido entre las familias de los alemanes cobijados en Zaragoza. Dicen de él que selecciona en el colegio a los varones más jóvenes y en estupenda forma física para enviarlos a combatir al frente ruso. Su presencia en la colonia alemana significa para sus compatriotas que vivir fuera de Alemania no garantiza a ningún germano librarse de la vigilancia del nazismo. Tur había escuchado que se enemistó con el dueño del Tinte de los Alemanes, Paul Recknagel, cuando le obligaron a no eludir sus deberes militares para con su país y lo enviaron, junto a otros jóvenes de su edad, al frente ruso, donde perecieron todos.

—No hay nada más glorioso que morir por Alemania —comentó tras conocer la noticia.

El representante de la Falange, un tipo grueso, con los ojos negros y papada enorme, apenas habla y se limita a escuchar lo que los demás comentan. Seegers lo presenta como Fernando Pascual y Tur le estrecha la mano. Nota que ese hombre se esfuerza en parecer más fuerte de lo que en realidad es, como si quisiera ofrecer una imponente forma física de la que carece. Tur, en ese momento, duda de que también sea un agente doble. Tiene conocimiento de que la Falange posee su propio servicio de Información e Investigación, que se

superpone a los cuerpos de seguridad del Estado. Cuando Seeger y Tur se quedan solos en un rincón del salón, el alemán le advierte de que no se fie de los falangistas, y en especial de ese. «Su afán de protagonismo les puede», sonrío. Durante las presentaciones, el cónsul francés los escruta con sus ojos grandes y redondos. Contempla a un grupo de alemanes eufóricos por lo que ocurre en Alemania, en especial el que ha llegado desde Barcelona, un germano de pura cepa, alto, huesudo, con los ojos de un azul cobalto y el pelo rubio y liso. Pero al mismo tiempo sabe que, cuando comenzó la guerra española, Cataluña contaba con la comunidad germana más numerosa de España, de más de 6.000 miembros, y rechazaron la ayuda que les prestó Hitler a través de dos buques de guerra que ancló en el puerto de Barcelona para facilitar la evacuación de los alemanes que quisieran regresar a su tierra. Una gran mayoría de ellos viajaron por carretera hasta Zaragoza y allí se quedaron. Es como si al comenzar la guerra civil española todo el mundo supiera que en un futuro no muy lejano el lugar más seguro de Europa estaría en el extremo más al sur del continente.

El cónsul alemán elevó una copa de champán de la marca Codorníu y propuso a sus invitados un brindis.

—Hubiera preferido champán francés, pero me han dicho que Francia está preparando un cargamento de treinta millones de botellas para enviarlas a Estados Unidos a través del puerto de Marsella y de ahí al de Lisboa, y de esta manera se evitan las zonas en guerra.

—¡Por el Tercer Reich! —gritan al unísono los nazis, secundados con voz meliflua por el representante de Falange y por el cónsul francés, que también ha elevado su copa en un gesto de amistad hacia su homólogo.

—¿Y de dónde han sacado tantas botellas de champán los franceses? ¿Acaso les dejamos alguna cuando ocupamos su país? —pregunta Schmitz con una corrosiva sonrisa.

—Son de las cosechas anteriores a la ocupación —responde Seegers—. Por lo visto, las tenían a buen recaudo en alguna zona de la Francia que ellos han llamado libre.

—Pues entonces brindemos por el champán francés libre —propone un nuevo brindis uno de los alemanes, ante la mirada esquiva de Schmitz.

Tur brinda con ímpetu.

Capítulo 13

Cuando Roger Tur arriba a su domicilio, casi de noche, se encuentra muy nervioso. Teme que los nazis sepan que él solo quiere asistir a esas reuniones para espiarlos. Piensa que no ha sido convincente y no ha ofrecido seguridad en sus palabras ni en sus gestos. Está asustado y cree que lo descubrirán; aunque es consciente de que aún no ha hecho nada que lo delate y, por lo tanto, de lo que tenga que preocuparse.

—Calma, calma —repite antes de abrir la puerta, ya que no quiere alarmar ni a su esposa ni a su hija.

Desde que hablara con el intrigante Teófilo Bruguera, nadie ha vuelto a ponerse en contacto con él. Ni siquiera sabe a quién le puede revelar que un grupo de nazis se reúne de forma habitual en la casa del cónsul alemán. No lo puede contar a las autoridades, porque existe una manifiesta simpatía entre los regímenes de Hitler y Franco. Y aunque ambos se han distanciado a causa del devenir de la guerra y la probable caída de Alemania, no se debe bajar la guardia. Conoce el poder que ostentan los nazis, en especial en Zaragoza, donde existe una comunidad lo suficientemente grande como para que su vida y la de su familia peligren en el caso de que se enteraran que piensa contarle a su gobierno las reuniones en casa del cónsul alemán.

Desde el consulado llama por teléfono a Antonio García, empleado de su empresa de sirope, hombre de confianza y colaborador directo. Necesita hablar con alguien y Antonio es la persona de más confianza que conoce en Zaragoza. Además, no es diplomático ni nazi ni falangista ni político, por lo que puede hablar con él de lo que quiera con plena seguridad.

—¿Roger? ¿Qué ocurre?

—¿Puedes venir a mi casa?

—¿Ahora?

—Sí, si puedes.

—Claro. Voy de camino —dice antes de colgar.

Tur se adentra en la cocina y prepara él mismo una tetera para agasajar a su empleado cuando llegue. Su esposa le pregunta si se va a quedar a cenar.

—Creo que no —rechaza—. Solo vamos a conversar un rato de negocios, Madelaigne.

—¿Va todo bien?

—*Oui, tout va bien.*

Antonio García llega a casa del cónsul. Una empleada le abre la puerta y

Tur lo recibe inmediatamente. Luego lo conduce hasta una pequeña sala donde recibe las visitas informales; las reuniones de trabajo las convoca en su despacho.

—Quería hablar contigo —le dice—, porque no hay nadie más de quien me pueda fiar. —Antonio disimula la sonrisa metiendo la cara en la taza de té que humea, empapándole el bigote—. Esta tarde he presenciado una reunión, de muchas más que hubo y habrá, y creo que lo que se habla allí puede ser importante para el mundo.

—¿Importante, en qué sentido? —La expresión de Antonio García es de desconcierto, sobre todo al percibir que Tur está realmente preocupado.

—Esta tarde me ha invitado a su casa el cónsul alemán, Gustav Seegers.

—Conozco a ese hombre —interrumpe Antonio—. Tengo entendido que los alemanes no están pasando por su mejor momento. Las noticias que llegan de Europa son descorazonadoras para ellos.

—Lo son —acepta Tur—. Y de ahí la importancia de estas reuniones que están manteniendo de forma clandestina y de lo que en ellas se habla.

—¿Clandestina en qué sentido? Supongo que para reunirse en casa del cónsul alemán no hace falta ningún tipo de autorización gubernativa —duda Antonio García.

—Quizá no manejo bien la semántica —se excusa Tur—. Al decir clandestina quería decir que están revestidas de cierto secretismo, porque es un grupo heterogéneo de nazis y falangistas que vienen desde Barcelona. Pienso que como hoy es la primera vez que asisto a una de esas reuniones, han sido comedidos en sus conversaciones. Intuyo que me han tanteado para calcular hasta dónde se pueden fiar de mí.

—Te veo excesivamente preocupado —trata de tranquilizarle su amigo.

—Ojalá se pudiera poner algún tipo de marchamo en todos los participantes para luego seguirlos y averiguar en qué otras reuniones y encuentros participan. Tengo la impresión de que la reunión de hoy no es la única.

—¿De qué hablan? —se atreve a preguntar al ver que Tur no se explica.

—Pues mira —responde—, deben confiar mucho en mí, porque en la reunión que he asistido han hablado del transcurso de la guerra, en especial del retroceso de la Wehrmacht, y de la próxima caída de Alemania ante el avance de las tropas aliadas. Lo chocante es que hemos brindado con champán catalán por el Tercer Reich, cuando dan por hecho que va a sucumbir. Pero lo que más me ha preocupado, y por eso te he citado aquí, es que se están preparando para la posguerra. Les he hecho creer que soy un colaboracionista

francés y que mi interés aquí es el de hacer negocios con el entramado comercial que los nazis tienen en España, que por lo visto es muy extenso. Ellos tienen un concepto omnímodo de todo y creen que sobrevivirán a esta guerra. Pero, por si no lo hicieran, están preparando la huida de los altos jefes nazis a países de Sudamérica, utilizando España como trampolín.

—No creo que Franco esté por la labor de apoyarles cuando pierdan la guerra —balancea Antonio la cabeza de forma negativa—. El dictador no es un cretino y sabe que llegado el momento sacará más tajada de los americanos que de los alemanes, por mucho oro que le ofrezcan. ¿Cuándo es la próxima reunión?

—Dentro de dos domingos.

—¿El 15 de octubre? —consulta Antonio, haciendo alarde de su buena memoria.

—Sí —confirma Tur—, el domingo 15 de octubre me han emplazado a otra reunión en el mismo lugar.

—¿Irás?

—Claro que iré. Si no lo hiciera sospecharían de mí. Aunque no participo en las conversaciones, solo me limito a ver, oír y callar.

—Deberías anotar todo lo que hablan —sugiere Antonio.

—¿Anotar? ¿Qué quieres decir?

—Si vas a asistir a más reuniones, es posible que comenten muchas cosas que luego sean importantes.

—¿Importantes para quién?

—Nunca se sabe —fuerza una sonrisa torcida—. Alemania va a perder la guerra, todo el mundo es consciente de eso; incluso los nazis. Y cuando termine llegará el momento del ajuste de cuentas.

—No —balancea la cabeza de forma negativa el cónsul—. No se repetirán los errores de la Primera Guerra Mundial, donde por el maldito ajuste de cuentas se quiso humillar a los alemanes con el Tratado de Versalles. Y de aquel error, en parte, ha llegado este desastre. Pero me parece una buena idea lo de transcribir lo que se hable en las reuniones para mantenerlo fresco en el recuerdo.

Capítulo 14

El domingo 15 de octubre de 1944 se volvieron a reunir los nazis y los falangistas en la casa del cónsul alemán de Zaragoza. Esta vez había acudido Roger Tur acompañado de Antonio García, al que presentó como un fiel amigo y colaborador, añadiendo que era adepto a los principios del Régimen, lo que le granjeó la simpatía del representante de Falange, Fernando Pascual, que en ese instante saboreaba una cerveza alemana. Para sorpresa de Tur y García, a esa reunión también acudió el conocido empresario Johannes Bernhardt.

—¡Mi querido amigo! —exclamó mientras le daba un prolongado abrazo que el cónsul francés aceptó con agrado.

Además de crear el imperio empresarial de Sofindus en diciembre de 1939, Bernhardt tenía amistades muy poderosas, como el ministro español Ramón Serrano Suñer y el comandante supremo de las SS, Heinrich Himmler. Por ello, la estrecha relación entre Bernhardt y Tur disipó las dudas que el cónsul alemán pudiera tener sobre su invitado francés, al que siempre ha tenido como un colaboracionista del gobierno de Vichy.

Una vez hecha las presentaciones, lo que más sorprende al cónsul y a Antonio García es que los allí presentes guardan un minuto de silencio por la muerte del mariscal alemán Rommel, al que en una emotiva carta llaman Erwin Johannes Eugen Rommel. Seegers lee la carta en su idioma, pero como algunos de sus invitados no lo entienden, luego la traduce para que todos puedan comprender lo que su muerte supone para la causa nazi. Lo cierto es que el mariscal más famoso con que contaba la Wehrmacht se había suicidado un día antes de la reunión, el 14 de octubre, después de que Hitler, que le creía inmerso en una conspiración, le diera a escoger entre el suicidio por veneno o un juicio de guerra en el que con toda certeza sería condenado a muerte. Después del minuto de silencio, Tur comprende que los nazis han perdido a su principal valedor de cara a la posguerra, ya que Rommel era uno de los pocos jefes nazis valorados en el exterior. Incluso los británicos habían manifestado su respeto por el que consideraron un militar que no se inmiscuía en política, algo que era de obligado cumplimiento en las democracias. El cónsul francés detecta cierta incomodidad entre los nazis en el minuto de silencio, al percibir que el *Großdeutschland* se desmontaba a pasos agigantados y que Hitler había enloquecido y se desprendía de cualquiera que pusiera en duda sus dotes como dirigente. Otra cosa que le llama la atención es que entre ellos nunca hablan del Tercer Reich, sino que utilizan la expresión

Großdeutschland, la Gran Alemania.

Más tarde, alrededor de una taza de café, el cónsul alemán manifiesta a sus invitados el varapalo moral que supone la muerte del mariscal.

—Hubiera sido un interlocutor válido con los americanos y los británicos cuando esto termine.

Schmitz lo censura con una mirada cargada de inquina. Tur vislumbra en ese repentino odio una acusación subliminal de derrotismo. Algo que ningún alemán que se precie tiene que aceptar. Para el director del Colegio Alemán no cabe la expresión derrota.

Todos, menos Schmitz, comprenden que la caída de Alemania es un hecho irremediable. Del resultado de esa primera reunión, Tur tiene la convicción de que debe anotar todo lo que allí se habla, ya que está convencido de que su gobierno valorará esos informes. Pero, en cualquier caso, hiciera lo que hiciera, tiene que guardar riguroso secreto sobre las reuniones y lo que en ellas se comenta.

El régimen de Vichy había caído en agosto de ese mismo año, tras la batalla de Normandía, donde la operación militar de los aliados había culminado con la liberación de los territorios ocupados por los nazis en la Europa occidental. Y en los ambientes de contraespionaje se comenta que los alemanes preparan una gran contraofensiva que se realizaría a finales de 1944. Los motivos que se barajan para ese gran contraataque es el reducido territorio que tienen que controlar los nazis con su aún todavía poderoso ejército, lo que los libera para concentrar sus fuerzas.

—Esto es intolerable —exclama Seegers—. El embajador alemán me ha confirmado que la Oficina de Asuntos Exteriores española ha congelado de momento la solicitud de visado de al menos cincuenta alemanes que quieren llegar a España como miembros del servicio auxiliar.

—Eso es responsabilidad de Gómez-Jordana —replica el empresario Johannes Bernhardt—. Con Serrano Suñer los permisos ya se habrían concedido.

—¿Y qué opináis de Hjalmar Schacht? —pregunta Schmitz—. Dicen que lo han detenido por su implicación en el atentado contra Hitler en la «guarida del lobo», en la aldea de Forst Görlitz.

—No puedo llegar a entender cómo alguien como el doctor Schacht puede haber intentado asesinar a nuestro Führer —lamenta un oficial nazi que ha acudido a la reunión directamente desde Berlín.

Schmitz había accedido a la dirección del Colegio Alemán, la institución

más importantes de la colonia alemana de Zaragoza, en virtud de un decreto que exigía que los directores de colegios alemanes en el extranjero fuesen obligatoriamente miembros del partido nazi. Por alguna extraña razón que Tur no comprende, este le ha invitado a visitar el colegio. Pero el cónsul, muy cauto, se excusa con el pretexto de una reunión con un diplomático del que no da más detalles. Para solventar esa eventualidad, delega en su amigo Antonio García. Esa noche, Antonio le explica a Tur lo que ha visto en el Colegio Alemán y la impresión que se ha llevado.

—Schmitz me ha acompañado hasta la calle Royo, donde está la sede social del Colegio Alemán —le explica—. Todo está cubierto de esvásticas y hay una enorme bandera nazi en el centro del patio. Encima de cada pizarra no puede faltar el retrato de Hitler vestido con uniforme militar, mirando de frente y con el cuerpo ligeramente ladeado para dejar a la vista el brazalete con la esvástica que rodea su brazo izquierdo.

—No me extraña que se le llame la Pequeña Alemania —replica Tur.

—Sí, y por eso muy cerca de allí se ha instalado también la sede local del Partido Fascista italiano —concluye Antonio García.

El domingo 22 de octubre, Tur es invitado de nuevo a otra reunión en casa de Seegers. Esta vez comprende que esos hombres confían plenamente en él, ya que aun sabiendo que es francés, despotrican contra la lentitud de las operaciones militares de los aliados en Francia. Además, uno de los oficiales nazis asegura que el suministro a Alemania de productos alimenticios y munición está asegurado.

—Sí, pero la semana pasada un avión Junker, que transportaba el correo semanal entre Alemania y España, fue derribado por los americanos cuando sobrevolaba cielo francés —protesta Seegers—. Los tripulantes, todos alemanes, han sido hechos prisioneros. Y eso que el aparato pertenecía al consulado alemán de Barcelona.

—Esos ya ni siquiera respetan a los diplomáticos —protesta Schmitz en un intento de soliviantar los ánimos de Seegers—. A este paso ni siquiera las valijas diplomáticas gozarán de la inmunidad de antaño.

Uno de los falangistas, el que parece el jefe, sonrío, quizá porque ellos son los primeros que violentan las valijas diplomáticas cuando es necesario.

—¿Qué te hace tanta gracia, Fernando? —le pregunta con cierta indignación el cónsul alemán.

—En el amor y en la guerra vale todo. Siempre que esté justificado, una valija no debe ser refugio de insurgentes contra el orden establecido —sonríe

el falangista con ironía.

Tur le observa con desprecio, aunque trata de disimularlo. Quizá ese falangista no recuerda que su gobierno se alzó contra el legalmente establecido. Pero no hace ningún comentario para no crispár más el ambiente.

El domingo 29 de octubre, Roger Tur decide hablar con el embajador de su país para informarle de las reuniones que están manteniendo los alemanes en Zaragoza y de lo que están planeando. Pero como respuesta recibe un cierto rechazo. El embajador honorario, François Piétri, finalizó su misión diplomática en agosto, por lo que la embajada anda algo revuelta después de la caída del régimen de Vichy hasta que se instaure la IV República por parte del gobierno y París envíe un nuevo diplomático. La embajada francesa le resta importancia a esas reuniones, ya que considera que un grupo heterogéneo de nazis, reunidos en España, poco pueden hacer o aportar al declive de Alemania o a la desestabilización de Europa. Además, y así se lo hacen saber, las relaciones con el régimen de Franco pasan por un buen momento, ya que la dictadura ha dado un giro drástico en su relación con los países beligerantes y, aunque no prohíbe el tránsito de nazis por España, ni los ampara ni protege, al mismo tiempo que muestra sus simpatías hacia el que prevé será su gran valedor cuando termine la guerra: los Estados Unidos.

—Además —le dice—, el propio general Franco en persona ha reconocido a De Gaulle como líder de la Francia libre.

—Pero si a Franco le desagrada profundamente De Gaulle —contraviene Tur.

—Por lo visto, la aceptación de De Gaulle ha sido una de las cláusulas requeridas en una reunión que han mantenido el caudillo español con el embajador americano, el señor Carlton Hayes. No sé mucho más —se disculpa—, pero hay constancia de que los americanos están allanando el terreno en vistas de una posible rendición alemana. Al parecer, están buscando que Franco se comprometa a prohibir el refugio en España de los líderes alemanes e italianos.

Ante el desaire de la embajada francesa, Roger Tur insiste con Estados Unidos y remite una segunda carta a la embajada norteamericana. Esta vez los americanos confían en el cónsul, además de reconocer que sus informes pueden ser valiosos. La prueba más eficiente, y que determina que creen ciegamente en la colaboración de Tur, es cuando finalmente los alemanes comienzan la que sería su gran ofensiva en la batalla de las Ardenas, iniciada el 16 de diciembre de 1944, y que pilla por sorpresa a los aliados. Un

contacto en la embajada americana recuerda que el cónsul francés de Zaragoza ya les había advertido de que los nazis preparaban un gran golpe de efecto que les hiciera saber que el régimen seguía intacto en lo militar y que todavía podía sorprender.

Ese día los alemanes iniciaron en las Ardenas una descarga masiva de artillería; durante casi dos horas emplearon 1.600 piezas a lo largo de un frente de 130 kilómetros. Al final de la batalla, las fuerzas aliadas habían perdido alrededor de 100.000 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos.

Carlton Hayes dijo:

—Quizá los informes del cónsul francés de Zaragoza sean más importantes para nosotros de lo que en un primer momento podríamos haber llegado a pensar.

Inmediatamente pone en conocimiento de un agente de la OSS, el servicio de inteligencia norteamericano, el hecho de que el cónsul francés de Zaragoza podía ser un importante colaborador. Pero la OSS, y dado que Roger Tur no es norteamericano, es reacia a utilizar su valiosa aportación en calidad de agente; sugiere que la embajada recoja cuantos informes entregue y que se los haga llegar a ellos de forma confidencial para su posterior análisis y valoración. El servicio de inteligencia norteamericano todavía no sabe de qué parte está el cónsul francés. Nadie lo sabe.

Capítulo 15

La embajada norteamericana comienza a aceptar los informes que facilita Tur de las reuniones nazis en Zaragoza. Confían en él y comprenden el valor que supone para ellos su colaboración, que poco a poco distinguen como impagable.

Un espía de la embajada, encargado de recoger uno de los primeros informes, había visto en Estados Unidos, hasta en tres ocasiones, la película *Casablanca*. Ambientada en la Segunda Guerra Mundial, es una mezcla de icónicos personajes surgidos de la guerra, en la que no pueden faltar el estadounidense cínico y expatriado a causa de sus principios morales, personajes de la Francia de Vichy con toques románticos, oficiales nazis convencidos de que ganarán la guerra, asilados políticos, ladrones, una historia de amor, un pianista negro, referencias a la invasión italiana del año 1935 y a la guerra civil española, en especial del lado republicano. Todo ello aderezado con un bar café donde se reúnen todos. Este agente de la OSS recuerda el nombre del protagonista: Rick, por lo que comienza a llamar al cónsul Roger Tur con el sobrenombre de Ric. Aunque su parecido físico le recuerda más al actor Claude Rains, que en la película interpreta al capitán Louis Renault. Pero en realidad lo que hace es un acrónimo del nombre de Tur, su cargo en España y su actividad de colaboración con los aliados: *Roger Infiltrate Consul* (RIC). A partir de entonces en ningún documento confeccionado por Tur, y entregado al OSS mediante la embajada norteamericana, figura su nombre real. Nadie, a excepción de su enlace, sabe quién es RIC. Ni su esposa ni su hombre de confianza, que asiste con él a las reuniones,

Antonio García, lo saben.

Tur participa en las reuniones de los nazis, después redacta el informe en francés y se lo entrega al funcionario de los servicios secretos norteamericanos para que lo traduzcan al inglés y extraigan la información que consideren relevante. Desde el mes de noviembre de 1944, su contacto en la embajada norteamericana es un oficial de rango de la OSS. Cada vez que Tur dispone de material interesante, viaja hasta la embajada y entrega a su contacto los informes que los norteamericanos interpretan como un exhaustivo y preciso guion de lo que está siendo la descomposición y caída de los nazis y su afán por sobrevivir y persistir después de la guerra. El agente que recoge el sobre no intercambia ninguna palabra con él. Se limita a proferir un

desapasionado *Thank you*.

Dos inquietudes acucian a los servicios secretos aliados. Por un lado, la huida de los nazis, para no ser juzgados por los crímenes de guerra. Por otro, temen un último golpe de efecto de Hitler, que acorralado y a punto de ver cómo el Tercer Reich, que iba a durar mil años, está a punto de desmoronarse, no realice alguna maniobra que desestabilice la frágil coyuntura creada con el fin de la guerra. España es un polvorín y los espías cruzan el país de lado a lado azuzando a los nazis para entrever sus planes. Una de las grandes capitales de provincia que todavía están a salvo es Zaragoza. Y allí los americanos cuentan con uno de sus aliados más eficientes gracias a sus contactos como cónsul y a las magníficas relaciones que ha entablado con su colega alemán y su grupo de amigos.

Lo que caracteriza el testimonio del cónsul francés, en comparación con los agentes de campo, es que Roger Tur no interpreta lo que escucha, sino que lo redacta tal cual para que sean los norteamericanos quienes saquen sus propias conclusiones de las conversaciones de los nazis. Y por su parte, la OSS no interfiere ni participa en esas reuniones. En ningún momento han sopesado infiltrar a alguno de sus agentes, porque suponen que si los nazis se enteran de que Tur es un agente doble, no dudarán en asesinarlo.

Los norteamericanos saben que mientras no se levanten sospechas, la actividad del cónsul francés estará a salvo. Y no levanta sospechas porque, como empresario, es amigo personal de Johannes Bernhardt, el creador de Sofindus.

Previamente a la creación de este entramado empresarial, en 1936, antes del alzamiento militar en España, y por orden directa del mariscal Hermann Göring, Alemania apoyó a los sublevados a través de una serie de empresas con apariencia legal, pero que en realidad se encargaban de canalizar la ayuda del nazismo a Franco. Primero crearon la Hispano-Marroquí (Hisma) y posteriormente Sofindus. Hay constancia de que desde la sede central en Madrid de Sofindus, en la Avenida del Generalísimo número 1, los alemanes enlazaron, durante la guerra civil y vía telefónica, los centros de mando militar de las fuerzas nacionales. Lo que indica el punto de complicidad que existe entre ambos. Esta colaboración ya había quedado patente el 6 de febrero del año 1937, cuando llegaron a Vigo los nuevos billetes de banco españoles impresos en Alemania, un hecho que por sí solo tenía una consideración especial, ya que los billetes anteriores, emitidos en tiempos de la república, se habían impreso en Inglaterra. El dinero español ahora viene de los nazis.

En 1944, Sofindus ya ha reunido un conglomerado de no menos de 350 empresas que abarcan negocios de todo tipo, desde bancos como Deutsche Bank, la Compañía General de Lanas, mataderos, empresas navieras y mineras o aseguradoras como Plus Ultra, La Constancia o la Victoria de Berlín. Las actividades más importantes se centran en Galicia, donde se extrae el wolframio. La importancia de este metal radica en que es utilizado como moneda de cambio por la dictadura franquista en pago por la ayuda nazi durante la guerra civil española. Los alemanes lo necesitan para construir la punta de los proyectiles anti-tanque y la coraza de los vehículos blindados, dada su extrema resistencia. Hasta 1941 el principal productor mundial era China, pero desde que los alemanes invadieran la URSS -y por esta causa se cierra la principal ruta de comercio entre Asia y Europa-, los nazis se ven forzados a buscar alternativas al no disponer de wolframio en su territorio. Es entonces cuando se fijan en España, ya que este país posee grandes minas y los nazis no pueden dejar pasar la oportunidad que les brinda el hecho de que España está cerca de Alemania, en términos relativos, es un país amigo y es patente la afinidad entre ambos gobiernos.

Además, existe una deuda contraída por la ayuda de los nazis a Franco para ganar la guerra. Esta deuda se cuantifica en 212 millones de dólares, y España no dispone de efectivo para hacer el pago, por lo que echa mano del wolframio para saldar cuentas. El embajador alemán en España, Hans-Heinrich Dieckhoff, llegó a decir que para su país el wolframio es prácticamente lo que la sangre para el hombre. Y así es como este metal se convierte en el fluido vital que engrasa la maquinaria de guerra nazi. Es tal la fiebre que produce, que antes de la guerra solo había seis empresas dedicadas a extraer wolframio, y en el año 1944 ya eran más de cien las que se emplean en este menester.

Durante los primeros años de la II Guerra Mundial, Hitler pagaba en efectivo con el oro robado en las conquistas y el extraído a los judíos exterminados en los campos de concentración. Pero a medida que avanza el conflicto, el desgaste es evidente y las arcas del Tercer Reich comienzan a menguar hasta el punto extremo de que, en 1944, coincidiendo con la retirada de las tropas nazis de la Francia ocupada, ya no dispone de liquidez para sufragar el pago del preciado metal, por lo que España corta el suministro. Alemania no puede resistir demasiado tiempo sin soldados, sin tanques, sin dinero, sin aviones y sin wolframio. El final de la guerra está próximo. Pero el entramado nazi de Sofindus se esfuerza, a través de empresas como Estudios y

Explotaciones Mineras de Santa Tecla o Explotaciones de Minas de Galicia y Montañas de Galicia, en enviar divisas para sostener al régimen de Hitler.

Capítulo 16

Los alemanes han recibido órdenes de fomentar la guerra civil en Francia, Italia y España, escribe Roger Tur el domingo 29 de octubre de 1944. Manifiesta su preocupación por que en las fuerzas rojas se halle infiltrado algún agente alemán cuya finalidad sea el sabotaje. Además, advierte de que hay un gran número de agentes en Sicilia, pagados para apoyar el movimiento comunista. Y lo que más preocupa a los norteamericanos es que el último de los informes del cónsul habla del intento de los nazis de crear un arma secreta, denominada V-3. Tur no puede ser más conciso, pero al parecer se trata de un prototipo de cañón que Alemania quiere utilizar para bombardear Londres con granadas de 60 kilos de explosivos. Se baraja la posibilidad de que hayan construido tres V-3 y que piensan enclavarlos en algún lugar del norte de Francia. Son unos cañones gigantescos que, por lo visto, ya han sido probados el 4 de julio, tres meses antes, con aceptables resultados. También comentan que han dado instrucciones a los ejércitos que se retiran para que tomen todo aquello que se puedan llevar, sin ningún reparo. Algo parecido a lo que hizo el Ejército Rojo con el fin de que el alemán no pudiera aprovecharse de los recursos soviéticos durante el avance de la Wehrmacht.

El domingo 10 de diciembre de 1944, Tur afirma en un informe que los alemanes van a seguir ejercitando una fuerte presión sobre la Falange para que se oponga a cualquier cambio ministerial en España. Al parecer, los nazis temen que haya cambios en el gobierno español que dificulten su estatus de protegidos del que gozan hasta ese momento. El domingo siguiente, 17 de diciembre, Tur asegura que los nazis han vuelto a hablar del arma secreta conocida como V-3. En esta ocasión, planean utilizarla sobre Estados Unidos. Incluso han fijado como fecha límite el 1 de enero de 1945; aunque preferiblemente quieren usarla el día de Navidad, por el impacto desmoralizador que supondría para los americanos. Las armas “V” son la inicial de *Vergeltungswaffe*, que significa arma de represalia.

—¿Sabes algo del Führer? —le pregunta el cónsul alemán Seegers al oficial nazi venido directamente desde Berlín.

—No lo he visto desde el atentado —responde desabrochándose un elegante sobretodo de color claro—. Aunque me han dicho que sigue sufriendo crisis nerviosas después de la deflagración de la bomba que colocó ese traidor de Stauffenberg. Estuvo inmóvil durante unos días y sus médicos temieron que hubiera perdido la movilidad de sus miembros, algo que

afortunadamente no ha ocurrido.

—Está en nuestro deseo que se recupere pronto.

El oficial nazi sacude tres centímetros de ceniza de un cigarrillo alemán en un cenicero de bronce que reposa en la mesa.

—Estoy convencido de que así será —y arruga el labio superior hasta tocarse la nariz con él.

Seegers, Schmitz, Bernhardt y el oficial nazi han formado un corrillo alrededor de una mesa en la casa del cónsul alemán, mientras que el falangista Fernando Pascual, Antonio García y el cónsul francés se han quedado aparte conversando animadamente. Tur presta atención a la conversación de los nazis y escucha que el pueblo alemán jamás aceptará que Hitler se entregue al enemigo, y mucho menos a los soviéticos, que lo asesinarían de inmediato. Quizá con los americanos o los británicos tendría alguna oportunidad, pero el fin sería el mismo: la ejecución.

—En Japón estaría seguro —comenta Bernhardt para incomodidad de Seegers.

—No creo que Japón sea el lugar más idóneo para que Hitler se refugie. El lugar más seguro del mundo en la actualidad es América Latina —sentencia.

—¿Qué tienes ahí? —interroga visiblemente molesto el cónsul alemán al invitado falangista, que parece ocultar algo en su chaqueta.

—Oh, te ruego que me disculpes —masculla entre dientes Fernando Pascual, mostrando lo que a todas luces es una cámara de fotos—. Es una *Gevaert* —dice—. Siempre la llevo encima por si es necesario fotografiar alguna cosa.

Después de hablar, su labio superior se perla de sudor.

—Aquí no hay nada que fotografiar —rechaza enfadado el cónsul alemán—. Que sea la última vez que venís a mi casa con una cámara de fotos.

En la reunión del domingo 24 de diciembre asiste como invitado de honor un alto cargo nazi que ha llegado directamente desde Berlín. El cónsul alemán de Zaragoza lo ha presentado con gran respeto y los demás se han puesto en pie al oír su nombre. Tur lo nombra como «*Ich*», pero en la embajada americana no saben de quién puede tratarse. Es posible que *Ich* sea un diminutivo, pero Seegers, al presentarlo, mencionó que había llegado en avión desde Berlín y que estaba en España con el cometido de inspeccionar y supervisar el servicio diplomático alemán. Habla en su idioma, pero Roger Tur le detecta un cierto deje argentino, por lo que entiende que ese hombre ha debido vivir mucho tiempo en el país sudamericano. Quizá fue embajador en

ese país. Sus dudas desaparecen cuando el invitado se mancha, sin querer, su impoluta camisa blanca con rayas grises con la taza de café que saborea en el salón y Seegers le ofrece cambiarse por una prenda nueva, ya que los dos hombres tienen una corpulencia similar. Se muda en una habitación próxima al salón y Tur puede distinguir perfectamente, a través de la puerta entreabierta, un número tatuado en la axila izquierda de Ich. Enseguida se percata de que es su grupo sanguíneo, prueba más que evidente de que pertenece a la SS, ya que estos soldados son más valiosos que la tropa corriente y llevan tatuado, en un lugar accesible, su tipo de sangre para que, en el caso de ser heridos, reciban asistencia en primer lugar, por delante del resto de soldados.

—Según nuestras informaciones —comienza a hablar Ich—, a los americanos les falta munición, por lo que no creo que aguanten en el frente mucho tiempo. Prueba de que lo que digo es cierto, la tenemos en que su ofensiva la han realizado en las zonas donde nuestra victoriosa Wehrmacht cuenta con menos efectivos. Por otra parte, se ha intensificado la producción de los cohetes V-2 en nuestra fábrica subterránea de Mittelwerk, bajo la montaña de Kohnstein. Y los científicos creen que están capacitados para reducir el tamaño de los V-2 y así poder construir y lanzar más sobre Inglaterra. Y ahora vienen las buenas noticias —dice eufórico y atisbando una enorme sonrisa que ilusiona a los presentes.

—¡Más noticias buenas! —exclama Seegers, como si fuese un niño abriendo un regalo de cumpleaños.

—Sí —afirma Ich—. Nuestros astilleros han comenzado a producir los minisubmarinos de la clase *Seehund*. Más pequeños, más capaces y más precisos en el ataque a los buques americanos y británicos. De hecho ya hemos comenzado a tener llamativos éxitos en el norte, mejorando la moral del pueblo alemán en estos meses tan decisivos.

Todos brindan con una botella de champán Ezcaba, que había llevado el propio Tur como forma de agradecer la invitación.

—¡Sieg Heil! —exclama Ich.

Los demás lo secundan alzando sus copas.

Alguien menciona el nombre de Ich, pero el cónsul alemán censura la metedura de pata con una mirada cargada de inquina. Quizá no quieren que se sepa. O puede, así lo medita Tur, que desconfíen de los falangistas, en especial de ese Fernando Pascual que siempre parece estar pendiente de todo lo que ocurre o se habla en las reuniones. Antonio García busca en el Diccionario Hispánico Manual, adquirido unos meses antes en la librería Occidente, del

Paseo de Gracia de Barcelona, la traducción de “Ich”. Le sorprende que en español signifique “yo”, por lo que entiende que cuando se ha presentado se ha nombrado a sí mismo como la persona que habla. Es posible que Ich no sea ni siquiera un nombre ni un apodo ni un acrónimo. Es posible que no signifique nada.

Al finalizar la reunión de esa tarde, el falangista Fernando Pascual se reúne con otro hombre en un bar del Paseo Independencia. Su interlocutor, con rostro sombrío, le pide la cámara de fotos.

—¿Has podido fotografiarlo? —le pregunta.

—No. No he podido. Además, el cónsul alemán se ha enfadado conmigo cuando me ha visto la cámara.

—Apáñatelas como puedas, pero consigue una foto del cónsul francés. Nuestro contacto en la embajada americana asegura que lo ha visto pululando por allí y hablando con un agente de la OSS. Creemos que se trata de Tur, pero necesito una foto para mostrársela y que me lo confirme.

—Descuida —tranquiliza Pascual—, conseguiré una foto de ese hombre de una forma u otra. Yo tampoco me fío de él.

En la reunión del domingo siguiente, la primera del año, la del 7 de enero de 1945, el cónsul francés escribe que Alemania está procurando por todos los medios posibles restablecer las antaño buenas relaciones con España, además de leer el parte de guerra que, según parece, le ha llegado desde Berlín: los alemanes se jactan de haber destruido más de cuatro mil aviones enemigos, incluyendo tres mil bombarderos británicos y americanos del tipo *Consolidated B-24 Liberator* y *Boeing B-17 Flying Fortress*. Quieren que el régimen de Franco les permita abastecer de combustible sus nuevos submarinos, que funcionan con gasóleo, en especial los VII-C, de los que Alemania ha construido un total de 568 entre 1940 y 1945. El espionaje americano y el británico completan esta información al aventurar que el puerto de abastecimiento será el de Palma de Mallorca. Fruto de la buena sintonía entre Alemania y España es un dato alarmante para los aliados: en la última semana de 1944, el régimen de Franco exportó 17 toneladas de wolframio, lo que indica que los nazis están rearmándose para resistir varios años más.

Capítulo 17

—Ya sabes que yo no me entrometo en tus cosas, Roger —le dice su esposa—. Pero me preocupan esas salidas que haces algunos domingos por la tarde.

—Son reuniones diplomáticas —le miente—. Como sabrás, la guerra está tocando a su fin y se intensifican los contactos entre los representantes de un bando y de otro. No te has de preocupar por mí, porque nada me ha de pasar. Ya sabes que mi familia es lo primero y no haré nada que os ponga en peligro —comenta para tranquilidad de su esposa.

—Solo espero que esta maldita guerra no afecte a nuestros planes de futuro. Nuestra hija, Maryse, está muy ilusionada con la adquisición de la finca de Sitges. Hemos visto los planos y dispondrá de unos jardines de ensueño, donde se podrán instalar toldos decorados con damascos. Además, tendrá una piscina enorme, donde se podrá ubicar un bufé para recibir visitas y organizar fiestas.

—Nada hará que eso cambie. Ya que respecto a España todo está en orden y así seguirá.

—Y si no, regresamos a Nimes —ofrece su esposa como opción.

—No, no será necesario. Nimes siempre será nuestro hogar y siempre podremos regresar. Pero nuestra casa y nuestra familia ahora están aquí, en España.

Madelaigne coge la mano de su hija Maryse, que apenas es una adolescente, y ambas se alejan del salón del consulado, dejando a Roger pensativo en su despacho. Es el domingo 14 de enero de 1945 y todavía ha de redactar el informe de ese día para entregarlo a la embajada norteamericana. En la reunión de esa tarde se ha confirmado que Argentina está enviando a Alemania bombillas de alta frecuencia y armazones de cojinetes ocultos entre sacos de cereales. Esos sacos se descargan en la bahía de Roses, donde se está pagando a pescadores de la zona para que los transporten directamente a Palma de Mallorca y de ahí se carguen en buques alemanes. Además, uno de los nazis llegados desde Barcelona expresamente para la reunión avanza que han firmado un pacto secreto con los suizos para poder obtener suministros y materiales, pudiendo sufragarlo con el oro que han encontrado en Francia.

Para Tur es un sacrificio inmenso redactar informes donde la palabra saqueo y Francia se escriben juntas. Por eso siente cierta satisfacción al recordar que el Ejército Rojo está llegando a Berlín. Y sonrío al comprender cómo deben sentirse todos esos nazis que cuando hablan de los soviéticos los

mencionan como *untermenschen*, que traducido significa subhumanos; una forma despreciativa de referirse a los pueblos que consideran inferiores. Y son precisamente ellos los que están empujando al todopoderoso ejército alemán hacia su retirada.

Concluido su informe semanal, lo introduce en un sobre y lo guarda en un maletín. A través de conducto interno lo hará llegar al consulado americano, para que este a su vez lo entregue a la embajada de ese país. Sabe lo importante que está siendo esa información para los norteamericanos. Y es consciente del peligro que corre si tanto los alemanes como los españoles se enteran del doble juego. Pero cree que hace lo correcto, y eso es lo importante.

El lunes por la mañana, Tur recibe una inesperada visita en el despacho del consulado. Es su colega alemán, Gustav Seegers, promotor de las reuniones que de forma ininterrumpida se celebran en su casa cada domingo por la tarde desde finales del año 1944. La secretaria lo anuncia sin que Seegers hubiera solicitado una cita previa, algo que pone en alerta a Roger Tur.

—Gustav —lanza la mano el francés—. Qué sorpresa, mi querido amigo. ¿En qué te puedo ayudar?

Los dos hombres entran en el despacho de Tur, que cierra la puerta por dentro. El francés lo mira con aire compungido, como si fuese partícipe del pesar que atolondra a su amigo.

—Recurro a ti porque estamos muy preocupados con los últimos acontecimientos de la guerra. Las noticias cada vez son más desalentadoras y espaciadas. Apenas llegan comunicados ni órdenes de los mandos de Berlín. Es terrible —exclama, reprimiendo las ganas de llorar—. Y Franco parece que recela de nosotros, después de todo lo que hemos hecho para apoyarle y encumbrarle. Cuando las cosas van mal es entonces cuando conoces a tus verdaderos amigos. Y enemigos.

—¿Pero qué ha ocurrido? —se interesa Tur.

Gustav Seegers mira a derecha y a izquierda para asegurarse de que están solos.

—El Führer se guarda varias bazas para sorprender a los aliados, que quieren acabar con el Tercer Reich y nuestro modo de vida. Una de ellas es la fortaleza de Mimoyecques, que está enclavada cerca del Canal de la Mancha. Allí nuestros soldados han construido una batería de cañones V-3, ¿recuerdas que hablamos de ellos en una de nuestras reuniones? —Tur asiente con un balanceo de su barbilla—. Pues los británicos arrojaron bombas terremoto

sobre el complejo y lo dañaron parcialmente, sin destruirlo. La capacidad operativa de los V-3 se vio mermada, pero sigue siendo eficiente. Temiendo que los canadienses capturaran las baterías, el alto mando alemán decidió trasladar los cañones que aún estaban operativos a un lugar secreto. Pero los británicos lo han localizado y durante la semana anterior, aviones de la RAF lo bombardearon hasta destruirlo.

—Cuánto lo siento, amigo —se solidariza el cónsul francés con la pesadumbre del alemán, quizá porque sabe que el fin del Tercer Reich está próximo—. Es momento de comenzar a asumir que la guerra va a concluir en breve y preparar la huida de tus compatriotas. No creo que luchar o asestar golpes tremendos a los aliados vaya a cambiar el curso de los acontecimientos. España es un país amigo y yo soy tu amigo —sentencia—. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a huir de Alemania a los inocentes que no tienen culpa de esta guerra.

Seegers se pone en pie y lo abraza.

—Gracias, Roger, eres un buen amigo. Estoy en contacto con falangistas que me aseguran que Franco no nos entregará a los vencedores.

—¿Falangistas como ese Fernando Pascual?

—Sí. Pero no te preocupes por él, es de fiar. En caso contrario no lo invitaría a mi casa. En mi casa solo vienen personas de probada confianza. Pascual es un amigo y su ayuda nos puede ser muy valiosa. Es comisario de la recientemente creada Brigada Político Social, pero se formó en el Servicio de Información e Investigación de la Falange, por lo que dispone de poderosos contactos que para nosotros son muy importantes. Su red de colaboradores en suelo español es lo suficientemente extensa como para tenerlos en cuenta.

—¿Qué planeáis? —se interesa Tur.

—Preparar la huida de Alemania a un territorio neutral y seguro como España. Una vez aquí buscaremos la forma de enviar a nuestros compatriotas a Sudamérica.

—¿Argentina? —se interesa.

—Argentina no es un buen lugar ahora. Quizá más adelante —duda—. Tenemos informes de que el actual ministro de Guerra, el general Perón, quiere aliarse con los americanos y declarar la guerra a Alemania. ¿Te das cuenta, Roger? Declarar la guerra a Alemania ahora que la guerra está terminando. Creo que ese Perón no es más que un oportunista que se sube al carro de los vencedores. Ahora todo el mundo quiere ser amigo de los americanos.

—Entonces, Argentina nunca será una nación segura para vosotros — afirma, con cierta melancolía forzada, el cónsul francés.

—Ahora no, ya te lo he dicho. Pero uno de los colaboradores de Juan Domingo Perón es Rodolfo Rudi Freude. —Tur encoge los hombros sin comprender qué importancia tiene eso—. Rudi es hijo de un millonario alemán llamado Ludwig Freude, el cual nos consta que es buen amigo de Perón. Y nunca se muerde la mano de un amigo que tiene dinero. Estoy convencido de que con el tiempo se podrán expedir pasaportes argentinos en blanco para que nuestros compatriotas puedan pegar una fotografía. Luego solo será necesario un sello del cónsul argentino y esperar el primer barco que parta hacia Buenos Aires.

—Pareces muy seguro de que el cónsul de Argentina va a colaborar — objeta Tur.

—Ay, amigo Roger —lamenta con ironía—, si de una cosa estoy seguro es de que Alemania sabe administrar sus recursos y llegado el momento sabremos invertir convenientemente nuestra fortuna.

—A veces me pregunto de dónde sacas tanta información —chasquea la lengua el cónsul francés, omitiendo la última aserción de Seegers—. He de reconocer que los alemanes sois únicos en conseguir lo que os proponéis.

—Y por nuestros compatriotas haremos lo que sea, incluso por todos los que en el futuro puedan tener cualquier responsabilidad en el pasado de Alemania.

Es la primera vez que Roger Tur percibe el derrotismo en las palabras del cónsul alemán al hablar en pasado de la Alemania nazi.

Capítulo 18

Los norteamericanos han comprendido desde hace tiempo que Zaragoza es una zona importante para la repatriación de nazis, por lo que emplean a varios agentes para atender los valiosos informes que redacta Tur. Han convenido que es esencial conservar su contacto y la labor irremplazable que está prestando en el desarrollo de la guerra mundial y en el advenimiento de su final. El 12 de enero, el Ejército Rojo, con más de dos millones de soldados y casi cinco mil tanques, entra en territorio alemán. En pocos días avanza hacia el oeste a gran velocidad, hasta llegar a unos sesenta kilómetros del este de Berlín. A partir de entonces la fuga de nazis hacia el sur de Europa, en concreto España, se incrementa de forma exponencial y comienza a ser masiva. Por esas fechas, el régimen de Franco no ha dejado de simpatizar con los alemanes, con los que sigue manteniendo afabilidad, pero tampoco quiere enemistarse con los norteamericanos, no le interesa. Esa ambigüedad es aprovechada por los nazis para utilizar España como lugar donde cobijarse hasta que las aguas de la inminente posguerra se estabilicen. En la reunión del domingo 22 de enero, el director del Colegio Alemán atestigua que el avance ruso ha disminuido y al mismo tiempo augura que los soviéticos serán detenidos definitivamente en la línea fortificada que protege Berlín. Los allí reunidos protestan de forma enérgica, porque todo el mundo, según comentan, les está abandonando. Incluso hacen responsables a sus antiguos aliados de que el comunismo esté ganando terreno en Europa y lamentan que en cuanto los rusos extiendan su manto ya no habrá nada que hacer, ya que solo el Tercer Reich tiene la fuerza y el potencial suficiente como para hacerles frente.

La OSS está preocupada de que peligre uno de sus principales valedores en Zaragoza. Saben que Roger Tur no es un experto en la actividad como agente doble. Y mucho menos en el trato con ese conglomerado de nazis y falangistas. Así que en los últimos días de enero de 1945, uno de los agentes norteamericanos viaja hasta Zaragoza y se entrevista con el cónsul, simulando una reunión informal en la que tratarán asuntos banales. El agente, al igual que hiciera días antes Gustav Seegers, se persona sin avisar. La secretaria de Tur le avisa y en cuanto escucha su nombre da un respingo en el asiento de su despacho.

—Monsieur Tur —le dice—, el señor Teófilo Bruguera desea verle.

—Dígale que pase —responde de inmediato.

A Bruguera lo había conocido en Barcelona, en una reunión que

mantuvieron un año antes en el hotel Ritz. Fue precisamente ese hombre el que le sugirió que, dado que Zaragoza se había convertido en un lugar de agrupación para los nazis, su colaboración sería esencial para allanar el terreno a la posguerra que se avecinaba. A veces las posguerras son más sanguinarias que las propias guerras, le había dicho.

—¿Quién es usted? —pregunta a la sombra que se ha apostado debajo del marco de su puerta.

La secretaria lo mira con desconfianza, como si ese hombre que había accedido al despacho del cónsul francés supusiera un peligro. Le hace un gesto elegante con la cabeza a Tur para que despida a su secretaria.

—Eso es todo, María. Muchas gracias.

El hombre termina de acceder al despacho y se sienta en uno de los sofás que está bajo una pared desnuda. Apareta unos cuarenta y cinco años y tiene modales refinados y afables. Le hace un gesto al cónsul para que se siente frente a él.

—No tema, señor Tur. Soy un agente del OSS —se presenta. Tur desconfía, porque los agentes del servicio secreto americano no suelen presentarse nunca y mucho menos mencionan las siglas de su organización. Por eso, precisamente, son espías, porque nadie lo sabe—. Se preguntará por qué le digo lo que soy, pero mis superiores han creído que era urgente que nos reuniéramos.

Al cónsul francés le inquieta la mirada de ese hombre que se ha sentado en su sofá. Tiene unos ojos hundidos, de color del mar, que le procuran una mirada penetrante y viva, como la de un fanático. En cierta manera le recuerda a la expresión de Hitler que ha visto en diversas fotografías, donde el canciller alemán muestra su gesticulación extrema.

—¿Ya no se fían de mí? —inquieta algo molesto por la intromisión de ese enigmático hombre.

—¿Por qué me pregunta eso? —se contraria el agente de la OSS.

—Porque está usted aquí, en mi casa, en suelo español, en Zaragoza — responde el cónsul como si fuese una batería antiaérea lanzando sus misiles al cielo.

—Tranquilo, señor Tur —le interrumpe antes de que siga hablando—. Es usted una persona tremendamente inteligente y, supongo, sabrá que nuestro encuentro en Barcelona no fue una afortunada coincidencia. Las coincidencias, siempre lo he creído así, no existen. No se imagina lo mucho que agradecemos su colaboración y los importantes informes que nos hace llegar a través de la

embajada norteamericana. Para nosotros, para los buenos, esos informes son valiosos y los tenemos más en cuenta de lo que usted pueda llegar a comprender.

—¿Pero...?

—Lo ve, señor Tur. Ya sabía que no iba a necesitar excesivas palabras para conversar con usted y que comprendería de inmediato la situación a la que nos enfrentamos. —Su interlocutor habla un español perfecto; aunque no puede evitar que no se le note el acento inglés. Tur cree que ese hombre comprendería cualquier idioma que se hablara—. Como usted insinúa, siempre hay un pero. Y por eso estoy aquí. Iré al grano, ya que no dispongo de mucho tiempo. Ya es un hecho que Alemania va a sucumbir y los nazis están preparando su huida. Pero esos no se marcharán como refugiados que necesitan la ayuda de los países de acogida. Esos no serán unos desarrapados que no tienen donde caerse muertos. Y no lo son porque tienen mucho oro, oro que por cierto han ido robando por media Europa. Pagarán lo que sea necesario para que países en desarrollo o con economías precarias los acojan.

—¿Sudamérica?

—Sí, claro. Tenemos información veraz de que ya se están haciendo un sitio por allí para pasar el resto de sus días lejos del enjambre europeo y de la justicia universal que los perseguirá hasta darles caza. Y por justicia universal se entiende la multitud de personas que buscarán venganza. No queremos que la guerra se extienda a nuestras ciudades y que los nazis se rearmen y se reagrupen para seguir con su monstruosa ideología. Pero, y no menos importante, tenemos la obligación moral de separar el grano de la paja, ya que no todos los alemanes son nazis y por lo tanto no todos los alemanes son malos. —Tur cabecea en señal de asentimiento—. Para nosotros también es importante rescatar de Alemania a todos esos científicos y médicos que tanto pueden hacer por la humanidad. ¿No ha pensado que esos cohetes V-2 o el cañón V-3 los ha ideado alguien? Debemos establecer un filtro para separar a los jefes nazis implicados en crímenes de guerra de los buenos alemanes que tanto bien nos pueden aportar con el resultado de sus investigaciones. Además, hemos detectado un incremento de alemanes alistados en la oficina de reclutamiento de la Legión Extranjera francesa, por lo que sospechamos que decenas de antiguos soldados de la SS están utilizando este cuerpo militar como forma de escape de su país.

Roger Tur descruza las piernas y se frota la barbilla con suavidad, como si peinara una inexistente barba.

—¿Y qué me piden?

—Cautela. Solo eso. Siga como hasta ahora y participe en esas reuniones. Cualquier cosa que nos aporte será una estupenda radiografía de lo que traman los nazis. Seguramente no le confiarán a unos diplomáticos destinados en países extranjeros cómo piensan facilitar la huida de Hitler, pero sí que podemos saber de otros jerarcas menos importantes.

Tur trata de imaginarse a Adolf Hitler en España, cerca de su finca de Sitges, y se le escapa una media sonrisa que el espía americano interpreta como una burla.

—No me imagino a Hitler en España —dice.

—Aquí, seguramente, no. Pero no descarte que lo quieran cobijar en Argentina.

—Vamos, usted ya sabe que eso sería imposible. Un avión o barco que vaya a cualquier país de Sudamérica es registrado y no se puede viajar sin un salvoconducto. ¿O es que no ha visto usted la película Casablanca? —fuerza a que su interlocutor emita una sonrisa franca.

—En avión o en barco seguro que no, pero los alemanes disponen de la mayor flota de submarinos jamás conocida. Y con Hitler en Argentina, por ejemplo, el espíritu nazi se mantendría vivo. Muy vivo.

Capítulo 19

El informe sobre los planes de los nazis para afincarse en España, con documentación española anterior a la guerra, y así evitar la deportación, lo entrega Roger Tur a la embajada americana el domingo 4 de febrero de 1945. Sobre esas conversaciones escribe que todos los que puedan tener cualquier responsabilidad en la Alemania nazi o teman por su vida o su libertad serán enviados a España por avión y se les ofrecerá documentación completa que demuestre su residencia durante muchos años antes de la guerra. Y todas las fábricas españolas que tengan capital alemán estarán obligadas a recibir a estos refugiados, en especial en zonas libres de sospechas o conflictos que los delaten, como Siemens y Tudor de Zaragoza, productos químicos de Flix, en Tarragona, o la refinería de azúcar de Épila. La consigna es mantener el espíritu nazi vivo, incluso han hablado de elaborar un libro cuyo objetivo sea reunir todos los preceptos del nazismo para, en el caso de que desapareciera el partido, instruir a las generaciones futuras y que mantengan viva la llama.

El domingo siguiente, 11 de febrero, Tur había escrito el resultado de la última reunión a la que asistió en casa del cónsul alemán. Envío la carta a la embajada americana y la firmó con el sobrenombre con que ellos lo habían bautizado: Ric. Para Gustav Seegers y Johannes Bernhardt, no hay duda de que lo importante es conseguir que perviva el espíritu nazi más allá de las fronteras de Alemania y más allá de la muerte de los jefes del movimiento. Ya no hablan de supervivencia, que esgrime una desesperanza que no quieren mostrar, sino que hablan de pervivencia, utilizando un lenguaje más promisorio.

Ese domingo asistieron a la reunión, además de los habituales, dos representantes de la Falange. Seegers y Bernhardt no los veían con buenos ojos; incluso es posible que los menospreciaran. Uno de ellos es el habitual de otras reuniones, el comisario Fernando Pascual. El otro es un chico joven, de no más de veinticinco años, con el pelo corto y peinado hacia atrás.

—¿Has leído *Mi lucha*? —le pregunta el cónsul alemán al falangista joven, que en ese instante está soltando una enorme bocanada de humo por su boca.

—¿Su lucha? —pregunta, incorporándose en el sofá y apagando el cigarrillo en un cenicero de bronce.

—Lo que me suponía —protesta Seegers—. No tiene ni idea de qué le estoy hablando.

Pascual tuerce el gesto en señal de incomodidad; en ese instante piensa que

podía haberse hecho acompañar por un falangista más culto. Pero opta por no intervenir en su defensa. Entretanto, el alemán mira con desdén al falangista y se fija en el corte vulgar del pantalón y la americana roída. Piensa que son propios de un individuo de la clase trabajadora. Los españoles perciben cierta animadversión y levantan la cabeza con el miedo dibujado en sus ojos. Pascual recuerda que desde que asiste a las reuniones en la casa del cónsul alemán nunca lo había visto tan irritado. Ambos reparten su mirada entre Seegers, el empresario Bernhardt y Albert Schmitz. Seegers es un tipo arrogante de mandíbula triangular que, como nazi convencido, no tolera la muestra de debilidad ni siquiera en sus oponentes.

—¿Qué te parece? —le pregunta a Bernhardt buscando su complicidad.

El empresario de Sofindus observa a los falangistas con un desprecio que no puede ocultar detrás de su mirada insidiosa. Viste elegante, con el pelo peinado hacia atrás, y al oír hablar del *Mein Kampf* no puede evitar que se le hinche el pecho encajado en una típica corpulencia germánica que exhibe orgulloso. Se hace un silencio que desconcierta a todos. Ninguno espera esa reacción tan despectiva del cónsul alemán.

—Creo que el libro del Führer debería ser de lectura obligada para cualquier anticomunista que se precie —responde con rotundidad.

Antonio García comprende en ese momento que están hablando del libro que Hitler escribió mientras estuvo prisionero en Landsberg en el año 1924, después de haber sido condenado por planificar y ejecutar el fallido golpe de Estado en Alemania contra el gobierno de la República de Weimar. Roger Tur también sabe de qué están hablando, pero al igual que su colaborador tampoco ha leído el libro de Hitler, a pesar de estar traducido a 26 idiomas y que existe una edición en español comercializada en México desde 1941. Los dos temen que el cónsul alemán les pregunte si han leído el libro y no saben qué respuesta darán. Es Tur quién decide anticiparse.

—Yo no he leído el *Mein Kampf* —pronuncia en alemán—, pero lo tengo pendiente entre mis lecturas de cabecera —atina a decir esforzándose en mostrar convicción—. En cuanto me sea posible lo leeré, pero buscaré una edición en francés, para no perderme detalle de su lectura. Pese a conocer el idioma —se excusa—, prefiero leer en mi lengua para saborear el libro.

—Mi querido amigo —sonríe Bernhardt, marcándose dos hoyuelos en su rostro atezado por el sol del norte de Marruecos—, te lo regalaré en cuanto consiga un ejemplar en tu idioma. Estoy seguro de que Hitler se mostrará orgulloso de que alguien lea su obra en francés.

Tur no sabe si lo ha dicho en serio o ironizando. No comenta nada para no desagradar al empresario. Entretanto, los dos falangistas respiran aliviados al percibir que la tensión inicial se ha rebajado. Ambos se prometen a sí mismos que en cuanto puedan se harán con un ejemplar del libro de Hitler; aunque sea para alardear de ello ante esos nazis recalcitrantes. Después de ese rifirrafe inicial, la reunión transcurre sin más sobresaltos. El cónsul alemán manifiesta su firme convicción de que hay que comenzar a agilizar la organización de la fuga de los huidos de Alemania que quieran escapar de los soviéticos, de los norteamericanos y de los británicos. Los primeros, no tiene ninguna duda al respecto, asesinarán a los hombres y violarán a las mujeres como forma de humillación. Y los otros buscarán juzgarlos para dotar de una pátina de legalidad lo que en realidad será una ejecución anunciada. Añade, sin adentrarse en detalles, que ya disponen de una célula radicada en Múnich, la cual facilitará la salida de los nacionalsocialistas que quieran llegar a España.

—El nombre es «España o muerte» —explica—. Si nuestros compatriotas no pueden llegar a España, entonces es mejor la muerte. Ha llegado a mis oídos las barbaridades que hacen los comunistas con los prisioneros y, ciertamente, si fuera mi caso preferiría estar muerto que caer en sus manos.

Esa noche, Roger Tur redacta el informe en la soledad de su despacho, como es habitual, sin que su ayudante, Antonio García, sospeche que el cónsul francés está colaborando con los norteamericanos. Reconstruye los detalles de la última reunión y se centra en lo más importante. Sabe que los norteamericanos se interesarán por la forma de huida de Alemania, dado que el tráfico aéreo es imposible a causa de los intensos bombardeos de la aviación americana y británica, además del cerco que los rusos han impuesto en el Frente Oriental, cerca de Berlín, en las colinas de Seelow. Los espías alemanes hablan de hasta veinte mil cañones de largo alcance para bombardear palmo a palmo todo el frente. Schmitz le había comentado a Tur, en un instante en que los dos se quedaron solos en un rincón de la casa de Seegers, que Sosó, diminutivo de Iósif Stalin, había ordenado a sus generales que tomaran Berlín cuanto antes. El motivo era que el viejo zorro comunista quería capturar todo lo posible de la avanzada tecnología alemana. Y los americanos no hacen nada y les dejan hacer, se quejó, porque bastante tienen con la guerra en el Pacífico, ya que los japoneses se lo están poniendo difícil. Además, Schmitz es conocedor del resultado de la Conferencia de Yalta, que había sido esa misma semana, y le aseguró a Tur que los soviéticos querían controlar una tercera parte de Alemania, a lo que ni los americanos,

Roosevelt, ni los británicos, Churchill, habían puesto objeción alguna.

—No sé cómo lo ha hecho ese maldito Sosó —le dice—, pero cada vez tiene más soldados, más cañones y más tanques. Esos cinco millones de rusos que aniquiló nuestra Wehrmacht fueron pocos y ahora ellos están a las puertas de Berlín. Me han informado de que la aviación americana y británica ha bombardeado Dresde durante dos días seguidos y que la ciudad ya no existe, ha quedado completamente arrasada.

Tur resume el informe de ese día, plasmando la intención de los alemanes de preparar la huida masiva de nazis con destino a España. La orden, que partía de Berlín, y que transmitió el delegado nazi en Madrid, era la de salvar a las personalidades alemanas antes de que los aliados tomaran la capital.

Capítulo 20

En una de las reuniones, como había ocurrido otros tantos domingos anteriores, Tur no anotó nada en su informe, pues determinó que en las conversaciones se había redundado hablando del mismo tema.

Esa tarde solo habían acudido Seegers y dos hombres que únicamente hablaban alemán. Una vez hechas las presentaciones, los cuatro se desplazaron al salón que había en la casa del anfitrión, pomposamente decorado para la ocasión, incluyendo dos cuadros con la *hakenkreuz* o cruz gamada. Uno de los invitados era un hombre especialmente bajo para ser germano y de mandíbula huesuda. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, tenía los ojos de un color pardo muy brillante, como si hubiera bebido. Aunque cuando comenzó a hablar, Tur percibió que estaba completamente sobrio, y su aspecto general era maltrecho, como un ave zancuda que sobresale por encima de un lago mientras se limpia los restos del agua de su plumaje. Estaba versado en los fundamentos del nacionalsocialismo, del que alardeaba con suficiencia, mientras chupaba un puro que, sin duda, era originario de Cuba.

—Un imperio no es tal si no contempla una serie de conquistas que lo justifiquen —habla en alemán. Tur comprende el idioma y si alguna palabra no la entiende, Seegers la traduce al español de forma instantánea—. Alemania necesita de un espacio vital donde asentarse; por eso nuestro Führer ha conquistado todos esos territorios que históricamente nos pertenecen. Pero cuando una pieza de un tablero de ajedrez ocupa una casilla, es evidente que hay que desplazar otra pieza, pues dos no pueden ocupar el mismo cuadro.

—Esa es una de las grandes aspiraciones de Hitler —interviene el otro alemán, de una forma que parece conocer personalmente al dictador—, la de retomar el espacio vital que Alemania necesita.

El segundo invitado aparenta ser más mayor, de unos cincuenta y cinco años. Tiene el cabello rubio oscuro, casi castaño, con unos mechones blancos en las sienes y en la nuca. Tur se fija en que su aire de superioridad es insoportable.

—El plan estaba trazado —habla en pasado, algo que no suelen hacer los que participan en las reuniones del cónsul alemán, ya que siempre lo hacen en presente, como si los planes de Hitler todavía se pudieran llevar a cabo—. La intención era evacuar de los territorios ocupados a los eslavos, esa raza inferior que ensucia la tierra que pisa, y asentar en su lugar a auténticos germanos de pura raza. Los polacos, ucranianos y rusos no han de servir para

otra cosa que como mano de obra al servicio de nuestros campesinos, que germanizarían toda Europa oriental.

—La obsesión con los soviéticos es quizá el error que nos está llevando a este desastre. No se puede morder el pastel por dos lados a la vez, sino que primero hay que comer por un lado y luego por el otro.

Tur observa la expresión de incomodidad de Seegers, ya que tradicionalmente sus invitados no cuestionan nunca las acciones de Hitler. Pero al ser una reunión reducida de solo cuatro hombres, piensa que los alemanes llegados de Berlín se han relajado.

—El problema —sigue hablando el hombre del puro— son los judíos. Tú estuviste allí, ¿verdad? —consulta al que se pasa la mano sobre los mechones blancos de sus sienes.

—¿Dónde? —interroga con expresión sobria.

—En Wannsee —responde con una amplia y amable sonrisa.

En ese momento, Seegers los mira con repulsión. Tur comprende que no le debe gustar que en su casa se hable de ciertos temas. Los hombres cambian de conversación inmediatamente para tratar el problema de salvar a los jefes nazis antes de que las tropas que ellos llaman extranjeras lleguen a Berlín. Después, cuando los dos invitados venidos de Alemania se han marchado, Seegers le cuenta al cónsul francés que Wannsee es el lugar donde en 1942 se reunieron jefes nazis con el fin de emprender la “Solución Final” del que habían denominado problema judío. No le dice nada más, pues se nota que está incómodo con esa conversación. Tur piensa que quizá el asesinato indiscriminado de judíos no es del agrado del cónsul alemán.

Las reuniones en casa de Seegers se aplazaron hasta el domingo 25 de marzo de 1945. Ese día ni siquiera invitaron a los falangistas y Tur fue solo, sin su sempiterno acompañante, Antonio García. El anfitrión estaba inquieto y no paraba de caminar de un lado hacia otro. Las noticias que llegaban del frente no eran halagüeñas. En el amplio salón del consulado se habían congregado Gustav Seegers, el fundador del entramado empresarial Sofindus, Johannes Bernhardt, y el director del Colegio Alemán de Zaragoza, Albert Schmitz. Roger Tur forzó una mueca de disgusto para confraternizar con la preocupación de los integrantes de la reunión.

—Y ahora se han sumado los polacos al asedio a Berlín —suelta de repente Seegers, enfurecido—. Me han dicho que han aportado casi ochenta mil soldados, que sumados al Ejército Rojo alcanza la cifra de dos millones y medio de hombres. —Del cajón de su escritorio extrae un folio que lee en voz

alta—. Seis mil doscientos cincuenta carros de combate, cañones autopropulsados, siete mil quinientos aviones, cuarenta mil piezas de cañones y morteros, tres mil lanzaderas de cohetes Katiuska y casi cien mil vehículos. Esto es lo que ha conseguido el programa de préstamo y arriendo americano.

Schmitz explica que dicho programa había sido una iniciativa del presidente Roosevelt, surgida inmediatamente después de la derrota de Francia, y convencido de la necesidad de ayudar a Gran Bretaña, su principal aliado, en la lucha contra Alemania. Roosevelt sabía que si el Reino Unido caía, entonces la amenaza para Estados Unidos sería preocupante.

—Esta maldita ley ha permitido que los británicos y los soviéticos se armen sin pagar nada, de momento —concluye su explicación.

—Estos americanos tienen que meter sus narices en todo —comenta Roger Tur, tratando de ser sincero en su odio antiamericano en pos del apoyo a los nazis.

—No estamos seguros de que Franco colabore —lamenta Seegers—. De momento estamos ayudando a que crucen la frontera personas valiosas que es necesario salvar, así como técnicos, profesores y profesionales de alto rango. Pero no nos podemos arriesgar a traer figuras políticas de renombre.

Ese día concluyen la reunión muy desalentados y deciden volver a verse el domingo 1 de abril. Tur acude acompañado de Antonio García, al que los demás aceptan como uno más. La reunión se desarrolla en un clima de gran inquietud, ya que hace tres días que no reciben ninguna instrucción de la Oficina de Exteriores alemana. Poniéndose en pie, Seegers menciona que la última orden la recibió hace cinco días, y se dispone a leerla en voz alta para que todos la escuchen:

—Haced el máximo esfuerzo y buscad todos los medios posibles para salvar a los líderes del partido —lee en alemán y español para que el único miembro de la Falange que asiste, y que nunca había estado en una de esas reuniones, entienda lo que dice.

Después da paso a un alto oficial de la embajada alemana en Madrid, que ha viajado ex profeso hasta Zaragoza para asistir a la reunión. Seegers lo nombra, pero Tur no es capaz de recordar su nombre para incluirlo en el informe que entrega a la embajada norteamericana; es un apellido difícil de pronunciar. El oficial se pone en pie en medio de la sala y, en un alemán impecable, afirma que va a organizar la resistencia y propaganda para después de la guerra. A continuación habla en un castellano muy precario:

—Pase lo que pase, la idea nazi no debe morir jamás. Estoy esperando

instrucciones precisas, pero de momento tenemos claro que esta organización debe formarse en cada país del mundo. Y, por supuesto, España será uno de los centros principales.

Antes de abandonar la casa de Seegers, Tur cae en la cuenta de que ese día tampoco ha asistido el comisario de Falange, Fernando Pascual. Lo que en cierta manera le alegra, ya que ese hombre no le es simpático.

Son ya dos las reuniones que se ha saltado, la del 25 de marzo y de ese día, el 1 de abril. Mientras se dirige hacia su casa piensa en que ojalá no lo vuelva a ver más.

Capítulo 21

El martes 3 de abril amanece un día grisáceo. La radio alerta desde la primera emisión que las lluvias serían intensas en toda España, pero especialmente en la meseta central. Roger Tur tiene programado un viaje a Madrid para tratar asuntos con la embajada francesa. Y piensa aprovechar el viaje para entregar en mano, en la embajada norteamericana, el último informe de la reunión en casa de Seegers. Viaja conduciendo él mismo el Mercedes-Benz W153 que tiene a su disposición en el consulado, pero con ausencia de distintivos que lo identifiquen como un vehículo diplomático. En sus desplazamientos fuera de Zaragoza prefiere pasar inadvertido. Le dice a su esposa que regresará al día siguiente, ya que no puede ir a Madrid y volver en el mismo día.

Al salir del garaje no se percata de que detrás le sigue un moderno y veloz Ford 1942 de color negro, ocupado por tres hombres. El conductor es un chico joven, de apenas veintiún años. Lleva el pelo muy corto, como le corresponde a alguien que cumple el servicio militar. En el asiento del copiloto va un hombre algo más mayor, de unos treinta años, aunque aparenta más edad. Lleva unas gafas oscuras con varilla de oro, a pesar de que el sol no ha salido y el día mantiene una tonalidad crepuscular. En el asiento de atrás, en la parte derecha, viaja un hombre grueso, de mentón amplio y cuello caído. Conductor y copiloto responden a los nombres de Javier Calvo y José Antonio Rivas. El de atrás se llama Fernando Pascual. Los tres fuman impassibles, tranquilos. Pertenecen al servicio de información e investigación de la Falange. Durante un tiempo, después de la guerra civil, se encargaron de vigilar a opositores de Franco y confeccionar informes sobre sus actividades. Pero ahora necesitan abarcar mucho más. Trabajan en grupos reducidos. Se han contabilizado más de cinco mil falangistas desplegados por toda España. Si se suman los colaboradores y simpatizantes, entonces son muchos más. Los informes de personas sospechosas alcanzan los ocho millones. Tienen delegaciones repartidas por casi todos los municipios y trabajan superpuestos a los cuerpos de seguridad, de los que, en ocasiones, recelan. Desde que comenzara la Segunda Guerra Mundial también se han hecho cargo del espionaje de diplomáticos provenientes de países contrarios a Alemania.

—No te pegues tanto que se dará cuenta de que le seguimos —recomienda el comisario al conductor.

Los dos coches están saliendo de Zaragoza, por lo que comienzan a

aumentar su velocidad. Pascual es quién decide personalmente que ese seguimiento se haga un día entre semana, ya que si fuese un fin de semana sería imposible pasar desapercibido. La vez anterior fue un viernes cuando el cónsul francés viajó a Madrid, y un viernes es mal día para hacer un seguimiento con la seguridad requerida.

—Deja que nos adelante —le dice al conductor cuando observa como un camión trata de pasarlos—. No hace falta que vayas pegado al coche del cónsul, porque ya sabemos a dónde va.

Al lado del comisario Pascual hay una mochila de campaña de la Wehrmacht. En el interior, dos subfusiles MP40 del ejército alemán. Es un arma ideal para utilizar a corta distancia, porque no dispone de mucha precisión, pero sí de una gran cadencia de tiro. Puede disparar hasta 500 balas por minuto y en su cargador caben 32. Pascual alarga la mano y abre ligeramente la mochila; quiere comprobar que las armas siguen ahí. Es un hombre concienzudo y no quiere que nada salga mal, no sabe cuándo tendrán otra oportunidad de pillar a Tur aislado.

—¿Quién lo autoriza? —le pregunta Rivas girándose desde el asiento del copiloto y balanceando un cigarrillo en sus amoratados labios. El comisario se ve reflejado en sus gafas de sol.

Pascual lo mira con los ojos caídos. Ambos saben que no le va a responder, y si lo hace será para mentirle.

—Está autorizado —escupe con dureza—. Y eso es lo único que necesitas saber.

—Te lo consulto, Fernando, porque ese tío no es un pelagatos. Estamos hablando del representante de Francia en Zaragoza. Mira que nos conocemos desde hace años, no sea que nos vayamos a meter en un lío.

—Descuida, José Antonio, está todo controlado. Ese tío se reúne de forma periódica con los americanos. Conseguí fotografiarlo en la puerta del consulado francés y le mostré la foto a uno de nuestros colaboradores en la embajada americana, y me ha confirmado que es él.

Javier Calvo arroja la colilla por la ventanilla y, sin tiempo que perder, se enciende otro cigarrillo. Se esfuerza en evitar su nerviosismo, pero no lo consigue.

—Si no nos han mentido, dentro de unas tres horas se desviará para ir hasta Sigüenza. Allí hay un restaurante donde al franchute le gusta detenerse a comer cuando viaja a Madrid en coche. Por nuestras informaciones, suponemos que hoy no hará una excepción, espero. Es un lugar amplio con un gran

aparcamiento enfrente. Entre el aparcamiento, donde él dejará el coche, y el restaurante, me han dicho que hay unos cincuenta metros. En ese tramo es donde lo abatiremos. Ya sabéis lo que hemos hablado. A ti, José Antonio, no hace falta que te lo recuerde, pero sí a nuestro conductor. ¿Verdad, chaval? —le dice a Javier Calvo.

—Sí, señor.

—Detén el coche cuando te diga y quédate sentado y quieto. No te enciendas ningún cigarrillo y no te muevas pase lo que pase y oigas lo que oigas. Cuando terminemos te haré una señal con la mano y nos recoges con el coche. Luego conduces hasta la carretera por donde hemos venido y circulas hacia Madrid.

—¿Y si nos para la Guardia Civil?

—No te preocupes de eso. No nos pararán.

Es la una y media cuando Tur, tal y como estaba previsto, sale de la carretera y se dirige hacia Sigüenza. El Mercedes circula unos kilómetros hasta que llega al restaurante, a la entrada del pueblo. El Ford lo sigue a una distancia prudencial para no levantar sospechas.

—Espera —le ordena Pascual al conductor.

El Ford se ha detenido a la entrada del aparcamiento del restaurante. En ese momento apenas hay una docena de coches aparcados. Un matrimonio de mediada edad camina apresurado por entre unos setos, evitando el sirimiri que comienza a caer en ese instante.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Rivas.

En el aparcamiento, en el lugar más próximo a la puerta del restaurante, se halla aparcado un Hispano-Suiza T-60 de color blanco y negro.

—Solo hay una persona en toda España que pueda conducir ese Hispano-Suiza ¡Johannes Bernhardt! —exclama el comisario—. ¿Qué mierda está haciendo ese aquí?

—Pues que habrán quedado para comer, Fernando. ¿No dijiste que eran amigos?

—¿Qué hacemos? —pregunta, muy nervioso, el conductor.

—Seguir con el plan —responde el comisario—. Bernhardt estará dentro, sentado en la mesa y esperando a Tur. Venga —anima—, acabemos con esto —dice cogiendo uno de los subfusiles de la mochila.

Roger Tur aparca el Mercedes junto al Hispano-Suiza de Bernhardt. Mientras se baja del automóvil, muy cerca, apenas a unos diez metros, se ha detenido el Ford de los falangistas. José Antonio Rivas y Fernando Pascual se

bajan sosteniendo en sus manos sendos subfusiles. Caminan deprisa mientras la lluvia arrecia. En la puerta del restaurante se asoma un hombre alto, vistiendo traje y sombrero negro. Tendrá unos cuarenta años, pero su agilidad indica que es alguien entrenado militarmente.

Del interior de su chaqueta extrae una Walther PPK que ha montado con una celeridad impresionante. Realiza varios disparos contra los falangistas que se acercan por la espalda del cónsul. Un tiro le ha dado en el hombro a José Antonio Rivas. Dos han impactado contra el cristal delantero del Ford, hiriendo en el cuello al conductor. El cónsul se ha parapetado detrás de su automóvil, no ha tenido tiempo de reconocer a ninguno de los tiradores.

—Abortamos, abortamos —grita enfurecido el comisario Pascual.

Los dos falangistas se suben al coche, pero es Rivas quien ha de conducir, porque Calvo está herido de muerte. Lo aparta con un empujón y ocupa su lugar, quedándose el chico malherido en medio de los dos.

—¿Quién coño era ese? —pregunta Rivas gritando.

—El guardaespaldas de Bernhardt —responde Pascual—. Ese cabrón no viaja nunca sin un escolta. Debí haberlo figurado cuando he visto su coche.

—¿Y ahora? —pregunta Rivas.

—Ahora nada. Llevaremos a este a un hospital y esperaremos a que se nos presente otra oportunidad.

Capítulo 22

Dos semanas después del último encuentro, el domingo 15 de abril, se reúnen de nuevo en casa del cónsul alemán. Antes de que llegara el representante de la Falange que habían invitado ese día, Seegers le pregunta a Tur por su estado.

—¿Cómo te encuentras? —consulta delante de los otros invitados. El martes 3 de abril por la noche, nada más tener conocimiento de lo sucedido en Sigüenza, el cónsul alemán fue de los primeros en enviar un telegrama al consulado francés lamentando lo sucedido y ofreciendo su apoyo incondicional.

—Estoy bien —responde Tur—. Después del susto ahora solo queda esperar que la justicia haga su trabajo.

—He hablado por teléfono con Bernhardt y me ha dicho que uno de los atacantes ha fallecido en el hospital Clínico de San Carlos de Madrid, por lo que las autoridades no tardarán en dar con los otros.

—Descuida por eso —interviene Schmitz—. Estoy convencido de que a estas horas ya saben quiénes son los otros. —Luego, mirando a su alrededor con un bosquejo de sonrisa en sus labios, pregunta: —¿No ha venido el comisario de la Falange hoy?

—No ha venido —responde Seegers—. Ni vendrá jamás. Solo diré que Bernhardt ha insistido en que el ataque no fue contra el cónsul francés —dice mirando con simpatía a su homólogo—, sino contra él y los intereses comerciales que su empresa representa en España. Por eso hay que descartar que haya sido un conato de atentado terrorista. En cualquier caso, cuando se identifique a los autores, entonces se sabrá qué motivación hay detrás de todo.

Una vez acomodados en el salón, celebran la muerte del presidente norteamericano Roosevelt, aunque reconocen que era el único capaz de mantener a Stalin bajo control. Roosevelt había fallecido tres días antes de una hemorragia cerebral masiva. La prensa mundial se hizo eco de su muerte.

—Dicen que hace un par de días se desplomó delante de su escritorio mientras estaba trabajando—comenta Schmitz—. Supongo que Churchill lo echará de menos, algo que no hará Sosó.

En ese instante todos recuerdan la fotografía de la Conferencia de Yalta, donde los tres mandatarios se repartieron el pastel alemán en el futuro fin de la guerra.

—Brindemos por ello —ofrece Schmitz elevando su copa de champán.

—¿Por la muerte del presidente americano? —pregunta Seegers.

—No, por los nuevos tiempos que se avecinan.

—¿En Alemania?

—En el mundo, querido amigo. Por los nuevos tiempos que sobrevienen en un mundo cambiante y en constante ebullición.

Tras el choque de las copas, Schmitz insiste en su alegría por la muerte de Roosevelt, al que considera un enemigo, pero Seegers lo rechaza, argumentando que el presidente norteamericano ha sido un gran estadista y que su muerte quizá no sea algo tan bueno como pueda parecer en un principio. Su sucesor, Harry Truman, por lo visto es una persona tranquila y sin excesivas pretensiones.

—¿Ya es seguro que lo sucederá Truman? —cuestiona Schmitz, como si esa circunstancia no fuese propicia.

—Supongo que sí, al menos hasta que se celebren unas nuevas elecciones presidenciales. Creo que su ley establece que entretanto convoquen nuevas elecciones lo ha de suceder el vicepresidente, que para eso está.

—Ya brindaremos si muere Stalin —dice—. Porque su sucesor no podrá ser peor que él, algo de lo que tengo mis dudas en el caso de Roosevelt. No creo que Truman sea mejor que el discapacitado —dice en referencia al fallecido, al que una poliomielitis lo dejó parcialmente inválido en silla de ruedas desde el año 1921 hasta su muerte.

Un oficial alemán que ha sido invitado por Seegers explica con detalle cómo se va a llevar a cabo el tránsito de los alemanes que entran en España. Antes agradece que esté presente el cónsul francés; es precisamente gracias a unos franceses que sea posible ese tráfico de personas.

—*La France toujours aussi coopérative* —asegura para enojo de Roger Tur, en un precario francés, con la desastrosa pronunciación con que suelen hablarlo los alemanes.

Luego les habla de las minas de Parzán, muy cerquita de Bielsa, en la provincia de Huesca. Hace años que las cerraron por falta de producción y los elevados costes de explotación, pero siguen siendo propiedad de la *Société des Mines de Parzán*, gestionada por empleados de origen francés, dada la cercanía de la frontera. La mina no funciona, pero la empresa franco-belga realiza labores constantes de mantenimiento en las instalaciones, en previsión de una probable reapertura en un futuro aún no decidido. El oficial alemán aclara que en sus inicios, en 1912, gran parte de los materiales, sobre todo los metálicos, se trasladaban desde Francia a lomos de caballerías que recorrían

los estrechos e intransitables caminos montañosos. El esfuerzo y el tiempo no compensaban, por lo que idearon un sistema a través de cables aéreos que se adentraban en Francia hasta el Pont de Moudang y el Puerto de Salcorz, desde el Pico de Liena y el Hospital de Parzán.

—El director de la explotación es un francés de nombre Henri Dubreuil, y el subdirector es un suizo-alemán llamado Jacob Bosshard —explica—. Como buenos empresarios, no quieren problemas ni de un lado ni de otro, por lo que no ponen impedimentos para que la empresa abandonada pueda ser utilizada como tránsito de compatriotas que quieren llegar a España. El grueso de los trabajadores es de españoles, pero desde el cierre de la mina han regresado a sus casas, ya que la mayoría son asturianos, vascos o andaluces. Pero los ingenieros son franceses —anota el oficial alemán—. Cuando la empresa decidió evacuar el plomo hacia Francia, atravesando la cordillera, instaló dos monocables transportadores creados por la firma Etcheverry. Esta firma parisina aportó una importante innovación con la invención del monocable, permitiendo que la carretilla se desplazara en un bucle entre dos estaciones, fijándolas mediante pinzas que se desembragan de forma automática. Lo particular de este sistema es que permite que cada carretilla pueda cargar hasta trescientos kilos.

—O lo que es lo mismo —interrumpe Seegers—, el equivalente a cuatro personas adultas de entre setenta y ochenta kilos cada uno.

—Si son alemanes solo habrá espacio para tres —se jacta el oficial—. Pero si son españoles incluso pueden entrar cinco.

—¿Colaboracionistas? —consulta Schmitz.

—¿Quiénes?

—Los franceses de la explotación minera.

—No. No creo —rechaza Seegers—. Más bien pienso que esos franceses desconocen quiénes son los que cruzan de un lado hacia otro, y por eso colaboran, sin más. Para el director de la mina, Dubreuil, pueden ser franceses que huyen para refugiarse en España o españoles que se escabullen de los nazis. Pienso que en ningún momento sospecha que sean alemanes que huyen de su país.

—¿Por qué cree eso? —consulta el oficial.

—Porque en ese caso solicitarían dinero u oro a cambio. Y, que sepamos, no han pedido nada. De momento. La certeza es que el ministro Joachim von Ribbentrop ha dicho que los evadidos alemanes no pueden trasladarse a América Latina con pasaporte alemán, pues serían detectados y rechazados de

inmediato. La mejor alternativa es que lo hagan con documentación española, y a este efecto deben hacerse pasar por españoles del norte, como vascos o gallegos, que por sus condiciones físicas se asemejan más a los alemanes — concluye clavando sus ojos en el oficial nazi, cuyo aspecto físico es el de un auténtico ario. Tú —dice mirando a uno de los falangistas que han acudido a la reunión—, ¿de dónde eres?

—¿Yo? —se sorprende un chico que no tendrá más de veinticinco años y que viste con ropa oscura, sin ser elegante.

—Sí, tú.

—Soy de Jaén —balbucea con cierto temor.

—Lo veis —sonríe Seegers, mirando al resto de invitados a la reunión—, este chico se nota a la legua que no es alemán, por su aspecto moreno y bajo de estatura. Sin embargo, un vasco y un gallego se parecen más a nosotros.

Sin mencionarlo, Tur sonríe por dentro al caer en la cuenta de que Hitler precisamente no parece ni muy ario ni del norte de España.

Después, agradece la hospitalidad de Seegers y la comprensión de Schmitz y se despide con el saludo nazi, *Heil Hitler*, de pie en medio del salón, mientras todos, incluso Tur, responden al saludo con desigual ímpetu.

En el informe de ese día, Roger Tur detalla el paso por donde los alemanes entran a España provenientes de Francia. Lo entrega, como es habitual, a la embajada estadounidense, pero en esta ocasión lo envía mediante valija diplomática para mayor seguridad. Sospecha que los americanos no van a interferir ni facilitar esa información que les aporta al régimen de Franco. Esos días, con la guerra europea a punto de concluir, nadie sabe aún de qué lado está España.

Capítulo 23

Todos los asistentes a la reunión del domingo 22 de abril están consternados. No pueden disimularlo; aunque lo intenten. El delegado nazi de Madrid ni siquiera asiste y envía a su secretario. Roger Tur detecta que los alemanes están desesperados y emiten consignas de que en España deben hacer lo posible para provocar problemas internos con la finalidad de incitar a todos los que puedan contra la propaganda rusa, que cada vez es más agresiva. Esas proclamas se dirigen, claramente, a los falangistas que asisten a la reunión.

—El gobierno español ha prohibido el aterrizaje de nuestros aviones — anota muy molesto el cónsul alemán—. Este traidor —dice refiriéndose a Franco—, ha dado la espalda a Hitler cuando ha visto que vamos a perder la guerra. Qué distinto fue cuando nuestra Wehrmacht arrasaba allá por donde transitaba y entonces buscó su alianza —afirma en referencia al encuentro que mantuvieron ambos mandatarios en la estación de Hendaya. Después mira a los falangistas y trata de rebajar el tono para no violentarlos, ya que es consciente de que está criticando al caudillo de España—. Pero no niego que sus motivos sean poderosos, ya que nadie quiere agarrarse a un leño ardiendo. A los alemanes no nos preocupan los inconvenientes, porque somos un pueblo de recursos y sabemos sortear el temporal. Y si no hay aviones, serán submarinos. Parten de la costa italiana con compatriotas a bordo y llegan hasta el golfo de Rosas en Gerona, o el cabo de San Vicente, en Alicante. Allí nuestros refugiados se esconden en depósitos de carburante vacíos en las cuevas hasta que consiguen trasladarse a las ciudades, donde son alojados en pisos seguros.

A Tur le hubiera gustado hacer alguna consulta para extraer más información de la que aportan esos hombres, pero el agente americano con el que habló le advirtió que no debía inmiscuirse. Preguntar y tratar de ampliar información hubiera sido un error por su parte y habría alertado a los nazis. Además, ha sabido por parte del empresario Johannes Bernhardt que los atacantes del aparcamiento del restaurante de Sigüenza pertenecían a la Falange. Johannes le ha asegurado que altos mandos falangistas atribuyen la acción al comisario Fernando Pascual, sin contar con la autorización de sus superiores, Tur teme que Pascual sospechara de él y por eso trató de asesinarlo. Solo espera que ese descontrolado no tenga pruebas de sus contactos con los norteamericanos.

Para su suerte, el empresario de Sofindus está convencido de que el

objetivo del ataque era él.

El 29 de abril se convoca una nueva reunión. El final de la guerra está próximo y los asistentes se sienten desesperados no solo por las noticias militares que llegan de Alemania, sino por la falta de instrucciones procedentes de los jefes nazis. No saben nada del Führer y temen por su vida. Son conscientes de que los soviéticos lo asesinarán y los americanos y británicos, tan legalistas, no harán nada para evitarlo. La reunión concluye con la amargura reflejada en el rostro abotagado de Seegers, del director del colegio y del empresario de Sofindus, que ese día asiste a la reunión. Todos coinciden en que deben permanecer en estrecho contacto y que, sea lo que sea lo que ocurra a partir de entonces, el nacionalsocialismo nunca se extinguirá, ya que ellos, y otros como ellos, se encargarán de mantenerlo vivo.

Antes de despedirse, Bernhardt le informa a Tur de que el asunto de Sigüenza está zanjado. Después de fallecer el chófer, las autoridades dieron con los otros dos ocupantes, resultando ser el comisario Fernando Pascual y un capitán llamado José Antonio Rivas, ambos del servicio de Información e Investigación de la Falange. El empresario le comunica que ambos fallecieron luego en un accidente automovilístico, cuando el Fiat Balilla donde viajaban se estrelló contra un muro en unas obras de la carretera de Utebo.

Tur respira aliviado, ya que temía que Pascual tuviera pruebas contra él, pero por fortuna la suerte ha estado de su parte. Una mirada sardónica de Bernhardt le indica que quizá no ha sido la providencia la que ha matado a esos falangistas.

El 2 de mayo de 1945, la totalidad de la prensa internacional amanece en portada con la muerte de Hitler. El Führer se había suicidado en el interior de su búnker, junto a su reciente esposa Eva Braun, pero los norteamericanos no se podían centrar en Europa al cien por cien, porque estaban enfrascados en la guerra con Japón. No es hasta el 6 de agosto de 1945 cuando un B-29 arroja la primera bomba atómica sobre Hiroshima. Tres días después, otro B-29 lanza la segunda sobre Nagasaki. Los japoneses se rinden y firman la capitulación el 14 de agosto. A partir de entonces, los espías norteamericanos fijan sus pesquisas en la vieja Europa y en el principal bastión del fascismo que sobrevive al Führer y al Duce, Francisco Franco.

Durante las semanas siguientes a la muerte de Hitler y al fin de la guerra, Tur y Seegers continuaron viéndose; aunque el grupo deja de reunirse durante un tiempo. Los dos cónsules mantienen su amistad, ya que Seegers, a pesar de la derrota de Alemania, sigue viviendo en Zaragoza y organiza la resistencia

nazi, que se dirige desde Baviera y cuya ramificación española se halla en Barcelona.

Durante ese tiempo, y mientras la guerra no concluye definitivamente, Seegers convoca reuniones en su domicilio particular, adoptando la clave secreta «88» como contraseña. Esta clave surge de la posición que tiene en el alfabeto español la letra “H” de Heil Hitler, el saludo nazi por excelencia. Las reuniones son muy reducidas, de apenas cuatro o cinco invitados, y Roger Tur sabe que su presencia es de plena confianza y que en ningún momento se ha cuestionado su integridad. Durante esos días teme que alguien de la embajada americana pueda delatarlo, algún agente doble, ya que el hervidero de los espías comienza a ser notable una vez finalizada la guerra y con la consiguiente liberación de los participantes, que ahora pueden dedicar recursos y tiempo a la encomiable tarea de espionar. Seegers le asegura a Tur que ha recibido órdenes directas desde Alemania para ponerse en comunicación con los que habían sido cónsules alemanes en Barcelona, San Sebastián, Pamplona y Santander, en previsión de nuevas instrucciones y operaciones aún por determinar.

A mediados de septiembre de 1945, la OSS se disuelve y sus funciones pasan a depender de los departamentos de Estado y de Guerra. Pero los espías que tan eficientemente sirvieron durante la guerra siguen siendo los mismos y meses después serán absorbidos por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), cuyos empleados, al igual que hiciera su antecesora, operan en las embajadas que tiene Estados Unidos repartidas por todo el mundo.

Los americanos saben que en España existe una organización nazi clandestina conocida por su clave en alemán «ToS», *Tod oder Spanien* (Muerte o España), cuya finalidad es facilitar la evasión de jefes nazis buscados por los aliados. Mientras, en la ciudad alemana de Núremberg se desarrolla un proceso judicial contra los principales responsables de la guerra, y en especial de los denominados crímenes contra la paz y contra la humanidad, por el genocidio sistemático de la población judía. Fue lo que los propios nazis bautizaron como la ‘solución final’ de la cuestión judía. El listado de reclamados crece exponencialmente conforme pasan los días y muchos están en paradero desconocido. Los servicios de inteligencia sospechan que las cabeceras de estas organizaciones están ubicadas en Hamburgo y Múnich, desde donde los fugitivos son sacados vía Suiza a Francia y de allí cruzan la frontera española; allí la organización “88” se hace cargo de ellos.

Según la embajada británica de España, los grupos “88” son más frecuentes de lo que se podía pensar, y no solo existe uno en Zaragoza, sino que Barcelona tiene el suyo propio, y en Madrid está el más activo, dirigido por Clara Stauffer, más conocida como “Clarita”, hija del primer gerente alemán de la fábrica de cerveza Mahou y amiga personal de Pilar Primo de Rivera, hermana de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española. A este tránsito de nazis, que llegaban a España con intención de escapar a paraísos de Sudamérica, se los bautiza como “ratlines”, líneas de ratas. Llegan a España, donde se ocultan seguros hasta que pueden viajar a Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Chile o Brasil. Aunque también los hay que bajo identidades falsas, con las que borran su pasado, consiguen asentarse en Estados Unidos como ciudadanos respetables.

Seegers, desde Zaragoza, y otros nazis, desde otras ciudades distintas, tratan de construir una red de colaboración secreta que ayude a los alemanes que huyen despavoridos de la hecatombe. Tur remite un informe a la embajada americana alertando de que los nazis afincados en Zaragoza han recibido instrucciones, en las que se indica que se haga el máximo esfuerzo para que todos los niños que lleguen a España, provenientes de Alemania, sean de esa nacionalidad. Estos niños, según el informe del cónsul, constituirán una especie de guardería del nacionalsocialismo y serán educados según los métodos y principios nazis.

Capítulo 24

La pretendida neutralidad de Franco se ve cuestionada en agosto de 1945, cuando los servicios de inteligencia norteamericanos registran la embajada consular alemana en Madrid, ubicada en la avenida del Generalísimo, número 18. El Caudillo, ahora más que nunca, se decanta totalmente hacia el lado norteamericano, ya que solo ellos lo podrán proteger de la quema. Su baza principal es su obstinado anticomunismo, lo que permite que los vencedores descarten de sus planes la aniquilación del régimen. El presidente Harry Truman formula las palabras claves que lo cobijan: «El crecimiento del comunismo es nuestra preocupación».

Así, la dictadura española se contempla como un incómodo amigo, pero fiable, que puede suponer un rechazo al expansionismo soviético en el escenario mundial de la recién iniciada Guerra Fría. Los servicios de inteligencia norteamericanos habían elaborado una serie de informes militares sobre el supuesto de un ataque del Ejército Rojo en Europa: sería imposible contenerlo y los ejércitos aliados deberían retirarse hasta los Pirineos, donde se harían fuertes y resistirían el acoso de los rusos. En este caso no podían ni siquiera plantearse el perder el apoyo de España, ya que en caso contrario los norteamericanos y británicos quedarían atrapados en una pinza que los aniquilaría. Por otro lado, desestimaban que las ciudades europeas se vieran ocupadas por ejércitos extranjeros y tuvieran de nuevo que resistir y padecer la guerra. Así es como los norteamericanos convencieron a los británicos y franceses de la necesidad de mantener como amigo al general Franco.

Pero el dictador mantiene un doble juego entre los nazis que ampara y los americanos a los que permite registrar embajadas y consulados en suelo español. Los espías hallan documentos que, una vez analizados, les supone un conocimiento completo del alcance de las relaciones entre la Alemania de Hitler y la España de Franco. Norman Armour, embajador norteamericano de Madrid, remite a Washington los documentos secretos hallados, numerándolos con el 842, y envía copias a Londres, París y Berlín.

El que más le llama la atención es uno firmado en el año 1938, por el que ambas administraciones, la española y la alemana, se comprometen a colaborar mutuamente en materia policial. El documento 842, firmado por el general Severiano Martínez y por el jefe de la policía alemana, Heinrich Himmler, alude a las estrechas actividades de cooperación entre ambos países en lo referente a la supervisión de los nazis en suelo español de los métodos

policiales para reprimir, y en su caso exterminar, a los elementos subversivos, comunistas, anarquistas, expatriados u otras evidencias que sean del interés general para ambas autoridades. Para Armour, el hallazgo de ese documento supone un hito en la cooperación policial, ya que permitía secuestrar personas en España o Alemania y entregarlas a las policías de cada país sin ninguna garantía jurídica. Daba por hecho que el fin último era que acabaran fusilados o en un campo de exterminio.

Pese a todo, los norteamericanos siguen confiando en Franco. Y prefieren tener controlados a los nazis que llegan a España y parten hacia algún destino de Sudamérica. La labor del cónsul francés de Zaragoza es decisiva al mantenerles al tanto de la mayor colonia de nazis que existe en España. El domingo 11 de noviembre de 1945 se vuelve a convocar una nueva reunión en el domicilio particular de Gustav Seegers, el ahora excónsul alemán, y al que, pese a ser reclamado por los aliados para ser juzgado, Franco se resiste a entregarlo. De hecho, España no entrega a ningún nazi; aunque se registre una petición por vía formal.

A esta reunión asisten varios jóvenes falangistas que no pueden ocultar su admiración por los nazis, a los que contemplan como si fueran superhombres. Uno de los alemanes comparece en la reunión vestido con el uniforme de la SS, lo que aumenta la expectación de los jóvenes falangistas.

—¿Qué podemos hacer por vosotros? —se ofrece uno de ellos.

—Debéis continuar por todos los medios —los alienta— con la labor iniciada por el Führer y que no se debe extinguir jamás.

Para animar a los falangistas españoles les habla de los tiempos en que Hitler ofreció ayuda a Franco para conquistar Gibraltar. Era el otoño del año 1940, tiempos de triunfo para el Tercer Reich y todo el mundo quería ser amigo de los nazis. Les habla de que el Führer le dijo a Franco que podía conquistar Gibraltar en unos días con la ayuda de material de guerra moderno, como el que le llegó a ofrecer. Los falangistas escuchan en silencio, sin abrir la boca, y comprenden que los nazis hablan con nostalgia de tiempos mejores que, creen, no van a regresar. Para ellos, capturar Gibraltar al principio de la guerra hubiera supuesto el control del Mediterráneo, además de crear nuevas conexiones españolas con África del Norte, a través de Marruecos.

Por la noche, Roger Tur llega a su domicilio visiblemente agotado. Su esposa, Madelaine, le espera con su hija, Maryse, y su sobrina, Catherine Cordier. Les visita por sorpresa su hermano, Maurice Tur. Madelaine ha improvisado una cena fría, ya que al día siguiente su cuñado y su sobrina

deben regresar a Francia, donde el gobierno provisional de la república, presidido por el general Charles de Gaulle, busca normalizar la vida de los franceses después de la ocupación nazi y del depuesto gobierno de la Francia de Vichy. Es tal la intranquilidad reinante en Francia que incluso Maurice envidia a su hermano, ya que Zaragoza ha sido ajena a la guerra mundial, y en contrapartida ha facilitado que sea una ciudad idónea para los refugiados de guerra. Roger está agotado: la tarde ha sido larga y todavía debe redactar el informe que entregará al día siguiente a los norteamericanos. Duda de que esos informes sirvan para algo, porque en realidad se repiten constantemente y hay pocos avances más allá de las intenciones de los nazis y sus colaboradores. Es obvio que los nazis no se fían de nada ni de nadie y en ningún momento facilitarán nombres que sean comprometidos para su organización o datos que los enemigos del Tercer Reich puedan aprovechar para perjudicarles.

—¿Todo bien, Roger? —le pregunta su hermano en francés.

—Sí. Algo agotado por el trajín de estos días.

—No me extraña —asiente—. En Francia no están las cosas mejor. Hay mucha confusión y se espera que pronto se pueda declarar la república y cambie este gobierno provisional. Aquí ya he visto que hay más policía y más control.

—Sí, ya me he dado cuenta. Nunca se habían visto tantas patrullas como ahora.

—Antes de venir a tu casa nos hemos pasado por delante del bar Rojo y Blanco, en la plaza de España, y hemos contado hasta cuatro policías armadas juntos.

—Yo ya le tengo dicho a Maryse —interviene la esposa del cónsul francés— que no salga a la calle a partir de según qué hora. Y sobre todo que no se junte con rojos, que aquí en España ser un rojo es peor que ser un asesino. Hace dos días, sin ir más lejos, estuve con dos amigas tomando un chocolate en el café Ambos Mundos. Como hacía frío nos metimos dentro, ya que en noviembre no se puede estar ni un minuto en el jardín trasero. Habían puesto la radio muy alta y se escuchaba la poderosa voz del locutor de Radio Zaragoza. Nosotras seguimos a lo nuestro y continuamos con nuestra tertulia. Hubo un momento que Aurora, la esposa de Jacinto Rosales, nos quiso contar algo sobre un vecino suyo que es comunista declarado. Y Petra, la hija de Domingo Sagarra, quiso hacer lo mismo, pero con un vecino que es alemán. Como es de comprender, las dos bajaron la voz y, puesto que las tres hablamos francés, les sugerí que sería mejor que continuáramos hablando en este idioma. Una vez

contaron lo que tenían que contar, las tres convenimos que era más peligroso comentar cualquier cosa de un comunista que de un nazi. En ese momento la voz de la radio enmudeció y las últimas palabras que pronunció Petra se escucharon más altas de lo que sería deseable. Por fortuna, no fueron palabras malsonantes ni prohibidas, pero nos sirvieron para reflexionar sobre la última guerra y sobre el hecho de que daba más miedo un soviético que un nazi.

Capítulo 25

En su informe del domingo 18 de noviembre, el cónsul francés escribe que un nuevo aparato de radio ha sido llevado a la casa de Seegers. Se trata de un modelo VE301W, fabricado por el ingeniero alemán Otto Griessing, y desde allí se pueden escuchar los comunicados que lanza el comité de resistencia de Colonia. Además, se han hecho con un aparato que ha sido entregado a través de una tienda de Barcelona y transmite en código Morse. De esta forma están en contacto permanente con el centro de mando de Baviera, de donde parten las instrucciones para el futuro del nazismo. Roger Tur anota que en uno de los últimos comunicados han solicitado los nombres de todos los residentes alemanes en Zaragoza. Ese listado deberá facilitarse por un mensajero en un texto cifrado que será entregado en mano. Si el mensaje lo interceptaran los enemigos, no podrían descifrarlo, a no ser que dispusieran de una máquina Lorenz, menos conocida que la todopoderosa Enigma, que solo se utilizaba por unidades de combate. El comité de resistencia nazi sabía que los americanos disponían de avanzadas y modernas máquinas como el Harvard Mark, un ordenador electromecánico fabricado por el gigante informático IBM, que en pocos días sería capaz de descifrar el mensaje.

El inventario lo confecciona personalmente el cónsul alemán Seegers. Había comentado jocosamente que solo tenía que pasear por la zaragozana calle Cervantes y fijarse en el nombre de los portales, donde los apellidos Scheade, Tiede, Weber, Schaefer y Lenz eran los habituales. En la lista hizo trampa, así le consta al cónsul francés, porque esos alemanes quizá llevaban en Zaragoza desde que se marcharon de Camerún, en la Primera Guerra Mundial, y nada tenían que ver con la Alemania nazi. Pero los de Camerún de la Gran Guerra se mezclaron con los cientos de refugiados que llegaron en 1944, cuando las fuerzas combinadas de Reino Unido, Estados Unidos y la Francia Libre desembarcaron en las playas normandas y animaron a miles de soldados del Tercer Reich para que desertaran de sus filas y se colaran en España a través de los puestos fronterizos. Empresas como Maquinistas y Fundiciones del Ebro S.A, propiedad de la familia Bressel, acogieron a cientos de ellos y les dieron trabajo.

Tur no puede hacerse con una copia de esa lista, porque el secretismo es tal que ni siquiera Seegers le facilita el acceso a esos nombres. El servicio de inteligencia norteamericano comienza a espiar a varios integrantes de las

reuniones de la casa de Seegers con el fin de interceptar el listado de los nazis residentes en Zaragoza. Mientras, Tur colabora en la elaboración de la lista del Consejo de Control Aliado, con el título de Lista de Repatriación. Una vez completada, planeaban remitirla al gobierno franquista para exigirle la expulsión y entrega de todos ellos al nuevo gobierno de Alemania, asentado en Berlín y cuyos miembros eran de la Unión Soviética, los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia.

El domingo 9 de diciembre se celebra la última cita en casa de Seegers; desde Barcelona llegan órdenes de cambiar el lugar de reunión cada semana, ya que tienen conocimiento de que la policía española los vigila estrechamente. El Consejo de Control Aliado, establecido en Berlín, reclama con insistencia a los nazis refugiados en España, y Franco les está dando largas, de momento. Temen que ceda a las presiones y acabe entregándolos. A partir de esa fecha se reúnen de forma esporádica, y suelen hacerlo en un lugar público, como el bar Abdón, del paseo de la Independencia. Para concretar el día y la hora, previamente Seegers llama por teléfono a los demás. En 1945 había más de diez mil abonados en Zaragoza a la Compañía Telefónica Nacional de España, por lo que no era complicado localizarlos a todos; incluso a los falangistas, que seguían asistiendo como testigos mudos del desplome de los nazis. Ahora habían de ocultarse para no ser entregados a los vencedores en un juicio que, con toda probabilidad, acabaría en sentencia de pena de muerte o, en el mejor de los casos, prisión de por vida.

En la última reunión del año 1945, Gustav Seegers, Johannes Bernhardt y Albert Schmitz llegan al bar Abdón a bordo del Hispano-Suiza T-60 de color blanco y negro, propiedad de Bernhardt. El chófer y escolta, el mismo que había repelido el ataque perpetrado contra el empresario y el cónsul francés en el restaurante de Sigüenza, aparca delante del bar y aguarda a que los tres hombres se apeen del vehículo. En el interior les esperan Roger Tur y Antonio García. Poco después llegan dos jóvenes falangistas de Zaragoza que se suman al grupo. Todos se saludan con el código 88. Son personas reputadas de la burguesía zaragozana y visten con elegancia. El resto de clientes ni siquiera repara en ellos, a excepción de dos hombres que hace rato están sentados en una de las mesas y consumen sendas cervezas de La Zaragozana. Al verlos, Seegers recuerda que ha sido gracias a unos alemanes que esa fábrica sigue produciendo cerveza.

—Si no hubiera sido por los Schneider —presume—, la fábrica de la Zaragozana del barrio de San José no hubiera crecido tanto.

Pero a esos individuos de la mesa de al lado no les importa que en los años inmediatos al fin de la guerra el fabricante hubiera suplido la escasez de cebada importándola de Rusia. No les importa nada, porque son norteamericanos y a ellos lo único que les interesa es identificar a los integrantes de esa reunión con apariencia de informal. El último informe de Roger Tur tiene fecha de febrero de 1946, momento en que cesan las reuniones en el piso de Seegers. El 31 de enero, un avión proveniente de Madrid aterriza en Barcelona y recoge a 26 alemanes, entre ellos cónsules y empleados consulares, que son trasladados a su país bajo un acuerdo entre España y los aliados.

Pero «88» no es la única red de colaboración para ayudar a escapar a los nazis; por todo el mundo surgen grupos más o menos organizados encargados de facilitar la huida, vía España, a países de Sudamérica. La importancia de Argentina en el cobijo de los dirigentes de la SS estriba en el recién elegido presidente argentino, Juan Domingo Perón. En la creación de los servicios de inteligencia argentinos participa su amigo Rodolfo Rudi Freude. Para la coordinación de la huida de nazis a Argentina, designa a Carlos Fuldner, un excapitán de la SS que había combatido en el frente ruso con la División Azul enviada por Franco para apoyar a los nazis en la invasión soviética. Fuldner, nacido y criado en Buenos Aires, recibe formación militar en Alemania y es agente particular del jefe de las SS, Heinrich Himmler. Debido a ese cargo, existe constancia de que también participó en las actividades de Sofindus en Madrid. Concluida la guerra europea, se convierte en una pieza clave para lograr las autorizaciones, articular las coberturas y trazar las rutas utilizadas por los fugitivos que se refugian en Argentina, entre los que están Josef Mengele, médico de Auschwitz; Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS y ejecutor de la Solución Final; Gerhard Bohne, administrador del programa de eutanasia de Hitler; Erich Priebke, implicado en la matanza de las Fosas Ardeatinas de Roma; y Joseph Schwammberger, responsable de la represión de judíos en Polonia.

Pero el pionero y principal valedor de la huida de los nazis es el entonces cónsul alemán de Zaragoza, Gustav Seegers, quien planeó una auténtica Odessa desde España. Odessa es el acrónimo del alemán *Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen*, que traducido al español es Organización de Antiguos Miembros de la SS. Un año después de su muerte, en 1958, se fundaría una organización terrorista nacionalista vasca que iba a tener como objetivos prioritarios la independencia de Euskal Herria de España y Francia

y la construcción de un Estado socialista. En su origen fue una organización inspirada en el marxismo-leninismo.

Capítulo 26

En el año 1905 había nacido en el zaragozano barrio de San José, en el seno de una familia con espíritu anarquista, Antonio Rosel Orós. A los 13 años, mientras en Europa se acaba la Primera Guerra Mundial, en España se convocan las elecciones generales, en las que destaca la presentación de una alianza de izquierdas formada por el Partido Reformista, la Federación Republicana, el Partido Socialista Obrero Español, el Partit Republicà Català, el Partido Republicano Radical y el Partido Republicano Democrático Federal. Antonio Rosel inicia su actividad sindical militando en el sindicato metalúrgico de la CNT, que había alcanzado en 1918 la cifra de 114.000 afiliados. Rosel, impresionado por los efectos que está teniendo en Europa la revolución de octubre en Rusia, se orienta drásticamente hacia los ideales comunistas. Es por este motivo que con veinte años, en 1925, ingresa en el sindicato metalúrgico de la UGT de Zaragoza, en el que ocupará cargos de responsabilidad.

En 1927, el Partido Comunista dispone en Zaragoza de un espacio en la calle Casta Álvarez, donde se reúne un reducido grupo de militantes. Tras la caída del teniente general Miguel Primo de Rivera, el 28 de enero de 1930, el grupo comienza a ser algo más nutrido. El 17 de noviembre de 1933, el Partido Comunista hace pública su candidatura de Aragón. El viajante Alejandro García Val organiza un comité regional que atiende de forma exclusiva en Zaragoza. Cuentan con una sede legal en la calle San Blas y después de su tercer congreso propugnan la insurrección armada y la lucha contra lo que denominan el socialfascismo, teoría de la Internacional Comunista que sostiene que la socialdemocracia es una variante del fascismo.

En 1930, Antonio Rosel Orós ingresa en el Partido Comunista de España y centra su actividad en el ámbito sindical. Después del alzamiento militar de 1936 permanece escondido hasta que, gracias a antiguos camaradas, consigue salir de Zaragoza y se enrola en el ejército republicano que lucha contra Franco. En el transcurso de la guerra civil participa en la dirección regional del PCE. Finalizada la contienda, es recluido en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, construido por el gobierno de Francia en la costa mediterránea para albergar al más del medio millón de refugiados que habían traspasado la frontera, al finalizar la guerra civil. En 1941 rechaza el exilio y regresa a Zaragoza para iniciar la lucha clandestina en Aragón contra la dictadura franquista.

En el año 1943 es detenido e ingresa en prisión, donde permanece cuatro años. Desde la fábrica donde trabaja comienza a cumplir su sueño: crea un grupo de militantes, realiza las reuniones en el campo, lejos del control de la policía. En 1950 se forma un primer comité de dirección que aumenta contando con un aparato de propaganda. Coincide con la ilegalización del PCE en Francia por parte del ministro del Interior, Jules Moch, quien decreta la detención de sus cuadros políticos.

A partir de entonces, la vinculación directa con el Partido Comunista de España se hace a través de Radio España Independiente, que, conocida como estación pirenaica, se crea a instancias de Dolores Ibárruri, La Pasionaria, siendo sus primeras emisiones desde Moscú. En las elecciones sindicales del año 1953 salen elegidos como enlaces doce comunistas de Zaragoza, que en el Congreso de 1954 marcan la línea de la revolución democrática y proponen la creación de un Frente Nacional Antifranquista.

En 1956, el PCE lanza una política de reconciliación nacional, y solo en Aragón se llegan a repartir más de cuatrocientos ejemplares del diario Mundo Obrero, el órgano oficial de comunicación con sede en Madrid. Además, se edita la revista clandestina de divulgación *Senda*. En 1956 surge la Agrupación Socialista Universitaria (ASU); aunque su vida fue muy corta debido a las múltiples detenciones entre sus integrantes, lo que les obligó a transformarse en las Juventudes Socialistas, que agrupan a jóvenes universitarios de tendencia izquierdista.

En 1958 surge el Frente de Liberación Popular, más conocido por su acrónimo *Felipe*. Sus orígenes se hallan en las inquietudes progresistas de un grupo de católicos de la Universidad de Zaragoza ligados a las Juventudes Obreras Cristianas. En 1958, el régimen de Franco propina un duro varapalo al núcleo central de la organización al detener a veinte miembros; nueve de ellos son condenados a penas de hasta 20 años de cárcel. El partido queda descabezado en Aragón. Los militantes que no han sido detenidos se reagrupan y se reorganizan preparando el VI Congreso, pero las detenciones se siguen produciendo de forma masiva.

En 1961 se funda, por miembros del Partido Comunista de España, la Agrupación Socialista Universitaria, el Frente de Liberación Popular y la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE). Un año después, la FUDE ya existe en ocho de los doce distritos universitarios: Madrid, Barcelona, Bilbao, Granada, Oviedo, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Las movilizaciones obreras y estudiantiles de 1968 en España coinciden con el

Mayo Francés y la Primavera de Praga, donde grupos de la izquierda buscan conectar las movilizaciones universitarias que simultáneamente se están produciendo en varios países como Francia, Reino Unido, Estados Unidos y Checoslovaquia. A raíz de los estados de excepción se producen docenas de detenciones y torturas por parte de la policía franquista. Se calcula que en esos años fueron detenidos más de 1.500 comunistas. Sin embargo, el comunismo crece de nuevo en Aragón y se extiende con nuevas células en Huesca, Teruel, Monzón, Sariñena, Andorra y Calanda. En 1970 el Comité Regional de Aragón del Partido Comunista publica de forma clandestina la revista *Ofensiva*, mientras la organización universitaria lanzaría *Crítica* y la Juventud Comunista de Aragón haría lo propio con *Cierzo*.

Las autoridades franquistas engloban la movilización estudiantil en Zaragoza como un fenómeno promovido casi en su totalidad por el comunismo. El régimen entiende que el Partido Comunista es una organización diseñada para trastocar la convivencia de los españoles por medios no pacíficos. Esta hipótesis choca con la propia visión del partido, que ya ha manifestado su apuesta por la reconciliación nacional. La legislación se endurece y se castiga penalmente cualquier acto subversivo, como introducir en los buzones de los domicilios hojas impresas informando del Día Internacional de los Trabajadores, mundialmente conocido como el Primero de Mayo, jornada reivindicativa asociada a los movimientos anarquistas y comunistas, o salir de cualquier Facultad portando una pancarta de repulsa hacia un profesor determinado. En el primero de los casos se les aplica el delito de propaganda ilegal.

Las autoridades confiscan todo el material propagandístico que encuentran del Movimiento Comunista. Se prohíben reuniones y manifestaciones no autorizadas; aunque se autorizan pocas. El 5 de abril de 1968, con motivo de la detención e ingreso en la prisión de Zaragoza de unos estudiantes universitarios, unos cuarenta compañeros de los detenidos se sitúan en la vía pública, frente a la cárcel, sin autorización previa por parte del gobernador civil, José González-Sama. La mayoría son arrestados.

A partir de entonces se suceden los altercados con estudiantes, entre ellos el que ocurre cuando un numeroso grupo que se congrega en el paseo de la Independencia, a la altura de la calle Casa Jiménez, porta una pancarta de repulsa contra un profesor de la Facultad de Medicina. A raíz de la detención de varios de ellos, otro grupo más numeroso, de unos doscientos alumnos, sale a la calle, en las proximidades de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, con

gritos de «¡Libertad!», «¡Fuera la policía de la Universidad!» y «¡Fuera la represión!». El grupo se dirige desde la calle Pedro Cerbuna, hasta Corona de Aragón, donde incrementan las proclamas, con alteración de la convivencia pacífica, invasión de la calzada y cortes de tráfico. Un conductor, a bordo de un Seat 850 de color blanco, enfurecido por no poder circular con libertad, alerta a las fuerzas del orden público, que proceden a intervenir. Detienen a varios de los estudiantes, mientras que otros se pierden por las calles adyacentes. Al día siguiente, y desde la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza, los alumnos se reúnen en asamblea y después salen agrupados a la plaza San Francisco, donde circulan unidos, profieren proclamas comunistas y portan pancartas con las palabras «Partido Comunista de España», que arrojan al suelo cuando llega la policía armada. Desde allí se van al paseo del General Mola, donde algunos de ellos son detenidos por los agentes.

Los disturbios continúan y varios individuos arrojan un cóctel molotov contra la conserjería de la Facultad de Filosofía y Letras, lo que destroza los cristales esmerilados de la puerta principal y provoca que el fuego del artefacto incendiario chamusque las paredes; no hay que lamentar lesiones físicas. Días después, unas cincuenta personas se concentran en la plaza de José Antonio y deambulan con gritos de «¡Libertad!» y «¡Asesinos!». Otro día se concentran unas doscientas personas, según las autoridades, esta vez en la calle Corona de Aragón, en su confluencia con la avenida de Valencia, y después de cortar el tráfico profieren gritos de «Universidad Popular», «Abajo el fascismo» y «Policías asesinos».

Todos estos hechos, que no son aislados, revelan un paulatino y preocupante proceso de radicalización de las protestas estudiantiles, mientras que las autoridades franquistas lo quieren resolver por medio de los estados de excepción, la acción judicial y la represión policial.

Capítulo 27

Liberado de su actividad como agente doble durante la Segunda Guerra Mundial, Roger Tur retoma los quehaceres de su cargo, que le obligan a mantener relaciones sociales propias de los cuerpos consulares. El contacto con el embajador francés en Madrid, Bernard Hardion, es continuo. Hardion ya había sido embajador en Irán en los años 1933 y 1934, y en México desde 1934 a 1935. Se trata de un experimentado diplomático que comprende, como Tur, la delicada situación que se vive en España y las relaciones de este país con el conjunto de Europa. Hardion es un hombre rígido, elegante y sobrio, al que le gusta fumar cigarrillos negros; uno siempre pende de sus finos labios. Las relaciones con el entonces embajador norteamericano, Stanton Griffis, también son cordiales. Griffis es un tipo afable, de mirada lánguida, que se asemeja más a un profesor de universidad oculto tras unas sencillas gafas que a un diplomático agresivo.

Los tres se reúnen en la embajada americana de Madrid, en un viaje apresurado que realiza el cónsul francés de Zaragoza. El artífice de la cita es el embajador francés, del que la prensa no escatima halagos. Bernard Hardion había nacido en Tours en el año 1899. Realizó estudios superiores en París, Viena y Padua. Ingresó en la carrera diplomática en 1925, siendo presidente de la república francesa Gaston Doumergue, y su primer destino fue como agregado en la residencia general de Rabat.

—Francia no es comunista —proclama nada más sentarse en la reunión.

El embajador americano esboza una mueca de ironía en su boca.

—Todo el mundo lo sabe —ratifica—. Y creo que en Europa solo los soviéticos son comunistas.

Stanton Griffis se enciende una pipa de la marca Savinelli ante los atónitos ojos del embajador francés.

—¿Fuma usted en una pipa italiana? —le pregunta, pero suena a recriminación.

—Sí. Tengo varias pipas de muchas marcas y colores. Lo cierto es que cuando fumo no me entretengo en observar el medio, pero sí que me preocupa el contenido. No se preocupe —lo tranquiliza, extrayendo una bolsa de tabaco que deslía con prontitud—, soy fiel al Virginia.

Los tres hombres conversan en inglés, ya que es el único idioma que todos comprenden. Griffis manifiesta la inquietud de la administración americana con respecto al avance del comunismo en Europa.

—Estamos muy pendientes de lo que ocurra con Stalin —explica—. El viejo Sosó tiene setenta años y su salud se resiente. Nuestros espías nos han informado de que su memoria falla constantemente y se agota con facilidad, pero no creen que renuncie al poder, por lo que habrá que esperar a que fallezca para reemplazarlo. Incluso se habla del denominado “complot de los médicos”. Stalin cree que hay una conspiración dirigida por los médicos soviéticos contra él y contra altos cargos de su partido para quitarlos de en medio. En cualquier caso, hasta que no sepamos quién será el nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética lo mejor es que nos estemos quietos y esperemos a ver qué ocurre.

—¿Y los nazis? —pregunta de sopetón el embajador francés.

Tur lo mira con inquietud.

—¿Qué pasa con los nazis? —pregunta a su vez Griffis, sin dejar de dar pequeñas aspiraciones de aire a su cachimba.

—Bueno —carraspea Hardion—, he invitado a esta reunión a mi amigo y colaborador, el cónsul de Zaragoza, monsieur Tur, el cual conoce a muchos de ellos.

Griffis lo observa con altivez, pero sin desprecio en sus ojos. Como si quisiera mostrar una superioridad modesta que no ofenda a sus interlocutores.

—El que los conozca no quiere decir que colabore con ellos —añade.

—No lo hemos dudado nunca —dice sin forzar su gratitud—. Desde luego, la relación con esos alemanes fue determinante para dibujar una radiografía completa de su paso por España y Zaragoza —asegura sin mencionar en ningún momento que el cónsul francés hubiera enviado informes de esas reuniones a la embajada—. Los nazis ya no son el problema. ¿Conoce usted a comunistas en Zaragoza?

—No —encoge los hombros Roger Tur—. No muchos.

—Está bien. Respecto a los nazis, ya hay otros que se encargan de limpiar a esos indeseables del mundo. Hay un tipo muy curioso, llamado Wiesenthal, que fue liberado por nuestro ejército —dice con arrogancia— del campo de concentración de Mauthausen. Durante este tiempo se ha dedicado a buscar y recoger documentación de todos los nazis que hay esparcidos por el mundo, en especial en países de América Latina, que son quienes les dan cobijo. Se pasea por las embajadas soviéticas y americanas ofreciendo su información con el objetivo de entregar a esos criminales a la justicia, pero creo que no hay excesivo interés en ese asunto. —Luego, bajando la voz como si alguien pudiera escucharles, confiesa una información que posiblemente sea de alto

secreto—. Tenemos datos suficientes como para creer que el Mossad, un servicio de inteligencia israelí recién creado, tiene intención de capturarlos allá donde estén. Por lo que parece, hay cierta reserva de países como Argentina en entregar a la justicia a esos criminales. Pienso que prima más la riqueza que aportan a esos países que los principios jurídicos, legales o éticos. —Y, mirando directamente al cónsul de Zaragoza, le dice—: Algo parecido a lo que ocurre con España, que no quiere entregar a los nazis refugiados en su suelo.

Roger Tur ya se ha olvidado de los alemanes y de los comunistas, con los que en cierta manera tiene afinidad. Su instinto republicano le puede, ansiando que en su país llegue más pronto que tarde la V República Francesa y, si es posible, que su primer presidente sea Charles de Gaulle, al que tiene cierta simpatía. Sin embargo, mantiene contacto con Gustav Seegers, con el que se ve en contadas ocasiones. Seegers sigue residiendo en Zaragoza gracias a que el régimen de Franco desoye constantemente las reiteradas peticiones de extradición por parte de los aliados para ser juzgado como criminal de guerra, por su apoyo a los nazis que se refugiaron en Aragón.

El jueves 5 de octubre de 1951, los Tur dan la última fiesta de sociedad con la cual se ha cerrado la temporada de Sitges, en particular, y la del verano, en general. Los invitados llegan a la preciosa finca Villa Baldarlos, de Terramar, para celebrar la puesta de largo de la hija del matrimonio, Maryse Tur, y de su sobrina, Catherine Cordier. Al haber concluido la temporada estival, los invitados acceden circulando por las carreteras expeditas de la provincia de Barcelona, lo que consigue que no haya ninguna ausencia. Todos han coincidido en lo caluroso de ese día, algo inusual para el mes de octubre, lo que fuerza a los asistentes a disputarse el lugar más umbroso de la finca.

Una acertada iluminación de los jardines confiere a estos una ilusión de ensueño. Y el montaje de unos toldos, a modo de reales tiendas de campaña, con damascos, presta gran ambiente señorial a la fiesta. Esta transcurre principalmente en el jardín posterior, en cuya parte central, rodeado de tupido césped, se destaca un bellissimo estanque. Detrás, bajo uno de los toldos, se han dispuesto las mesas para la cena. Y a un lado, detrás de la gran piscina, se ha instalado el bar y el bufé.

Los señores de la casa, en unión de su hija, del hermano del cónsul, Maurice Tur, y de su sobrina Catherine, aguardan en el hall la llegada de los invitados y luego los acompañan al jardín, donde desde el primer momento de la recepción, a las 11 de la noche, se va sirviendo el cóctel.

A medianoche inauguran el baile Roger Tur y su hija Maryse, seguido de Maurice Tur, con su sobrina Catherine. Luego se generaliza el baile, que se interrumpe al llegar la madrugada, para servirse la cena: a las personas mayores, en las mesas; a la gente joven, en el bufé. El baile prosigue hasta avanzada hora del alba, en el siempre abierto bufé a los invitados. Entre ellos se encuentran el gobernador civil de Barcelona y la señora de Baeza, la marquesa de Nájera, las señoras González de la Villa, Fernández Valdés, viuda de Inglada, y madame Loic Rofast.

De regreso a Zaragoza, en los últimos días del año 1951, una tarde salen a pasear Roger y Madelaigne y toman una tapa en un bar de la calle Tenor Fleta, donde han ido caminando desde el consulado. Frente al bar se encuentra aparcado un Peugeot 403 de color gris oscuro que acapara la mirada de los curiosos; todos se acercan a observarlo de cerca. A Roger Tur le llama especialmente la atención, porque es un vehículo de fabricación francesa durante la guerra, con el esfuerzo de la carestía de materias primas que eso supuso. En ese instante siente un arrebató de orgullo de pertenecer a Francia, de haber nacido en Nimes y de representar a su país en España. Y se lo hace saber a su esposa.

—Mira, Madelaigne —le dice—, no hay nada como un automóvil francés.

Una mujer está en la acera con un carrito de bebé. Al pasar por al lado de ellos, Roger Tur distingue el olor a loción de Azufre Veri; él mismo la ha usado alguna vez y reconoce cómo huele. Una pareja, algo más mayor que la madre del bebé, de unos cuarenta años, se acerca a saludarla.

—Así que este es vuestro heredero —la felicita.

La madre aparta una fina manta que lo protege del frío invernal de Zaragoza y muestra al bebé.

—Aquí está el llorón —dice.

—¿Y cómo se llama esa preciosidad? —pregunta.

—Luis Javier —responde la madre.

—¿Y tu marido?

—Ha ido al bar para usar el servicio —responde—. Ahora saldrá.

Del interior del bar sale un hombre que se cubre la cabeza con un tupido gorro de lana. Al ver que el matrimonio va a entrar, se espera aguantando la puerta. Los Tur agradecen la cortesía y se adentran en el local. El camarero sostiene un paquete de tabaco en la mano y llama a ese hombre a gritos.

—Señor Sagarra —le dice—. Se deja usted el tabaco.

Pero con el ruido que hay en la calle, el hombre no le escucha.

El cónsul y su esposa, ajenos a la conversación de esas personas que hay en la acera, piden dos copas de vino blanco y una ración de rollitos de ternera.

El hombre que se ha dejado el paquete de tabaco se queda con el carro del niño, y su esposa accede al bar para usar el baño. El camarero, que por lo visto los conoce, se lo entrega.

—Tenga, señora de Sagarra, su marido se ha dejado esto.

—Dichosas prisas —exclama arrancándoselo de las manos—. Gracias.

—Sabes —le dice Roger a su esposa—, este fin de semana nos iremos al club de golf de Terramar.

El club de golf de Terramar está situado muy cerca de su finca en Sitges. A la señora Tur le encanta el golf, tanto que incluso tiene su propio equipo, con el que participa en torneos como el Vizconde de Güell, el Interclub y la copa Cerdaña. El equipo lo integran Madelaigne Tur, su hija Maryse, Ignacio Macaya, Alberto Marfull, Guillermo Llacuna, la señora de Garriga Nogués, la señora de Marfull y Juan Garriga Nogués. Tanto la señora Tur como su hija han ganado múltiples torneos, como el VIII Trofeo Margarit de Golf a 18 hoyos del año 1951.

Capítulo 28

El cónsul sigue con su actividad en la ahora apacible Zaragoza, donde es una persona muy querida. Ayuda a un matrimonio francés cuya hija pequeña ha fallecido en un accidente de tráfico en una carretera de Aragón. El desgraciado accidente conmueve tanto al cónsul que se implica de forma directa y representa a la familia para facilitarles todos los trámites legales y para que puedan cobrar la indemnización de la compañía aseguradora. Gracias a su mediación, el matrimonio recibe de la compañía *Prévision Sanitaria National* la suma de 300.000 pesetas en concepto de compensación pagada a los beneficiarios del fallecido. El matrimonio está eternamente agradecido, pese a la tristeza que les ha provocado la muerte de su hija, pero la intervención de Tur es proverbial para que puedan solucionar el papeleo en un país extranjero.

Pierde el contacto que tenía con los nazis refugiados en Zaragoza. Ni siquiera sabe, y no le interesa, si siguen reuniéndose, si están vivos o han huido a Argentina. Solo sabe que algunos domingos acuden varios alemanes al cementerio de Torrero, al rincón conocido como el Cementerio Alemán. Van preparados con cubos, productos de limpieza y flores para dejar immaculadas las tumbas de sus antepasados. Pero no adecentan todos los nichos, ya que de unos cuantos no quieren saber nada. Ni siquiera los miran y saben que no han de pronunciar los nombres de sus moradores; son apellidos que nadie quiere decir en voz alta. Allí conversan, recuerdan viejos tiempos y reviven con nostalgia una época que, asumen, nunca regresará.

Para ellos, lo más triste de todo es cuando desempolvan la capa de verdín que cubre las tumbas y afloran nombres y fechas, lugares e historias. Luego, después de fumar unos cuantos cigarrillos, y de que a algún abuelo se le consume su pipa mientras se balancea en sus labios, sienten el orgullo de haber perdido dos guerras y seguir resistiendo y encabezando el progreso allá donde vayan. Ser alemán es símbolo de modernidad, ímpetu, resistencia y coraje.

El 5 de marzo de 1954 contrae matrimonio la hija del cónsul, Maryse Tur, en la parisina iglesia de San Philippe de Roule, con el conde Jean de Fleurieu. A la ceremonia asisten distinguidas personalidades francesas y españolas, entre las que se encuentra el cónsul general de España, Germán Baraibar Usandizaga. Baraibar es un diplomático guipuzcoano nacido en Irún el 23 de octubre del año 1894. Allí, durante el banquete, tienen un momento de

intimidad que aprovechan para conversar, y el diplomático español le cuenta que en 1936 estuvo destinado en Zúrich, donde se vio obligado a dimitir por culpa de la guerra civil española y regresó a San Sebastián, donde sufrió la ocupación de las tropas de Franco. Luego, durante la contienda europea, fue destinado a Holanda desde 1940 a 1942. Un año después le hicieron regresar a Madrid para ocupar la vicepresidencia de la delegación española en una conferencia internacional sobre aviación civil en Chicago. Y ya, en el año 1945, fue observador en la asamblea constitutiva de las Naciones Unidas en Londres.

—Cuando estuve en Holanda —le confiesa a Tur—, facilité el pasaporte a varios refugiados judíos para que pudieran huir a España.

Roger lo escucha con admiración, pero no le dice que él durante la guerra participó en reuniones de nazis y falangistas y que el resultado de esas reuniones lo transcribió en informes que entregó a la embajada norteamericana. Tampoco le menciona que unos años antes, en 1936, auxilió a un anarquista a cruzar la frontera: le proporcionó un salvoconducto para que, en el supuesto de que lo identificaran en un control fronterizo, no tuviera ningún contratiempo. Entonces ya quedó patente que la ayuda de Tur era desinteresada y no atendía ni a bandos ni a cuestiones políticas.

—Es muy loable lo que usted hizo —comenta con admiración—. Ayudar a los más desfavorecidos debería ser de obligado cumplimiento para cualquier ser humano que se tenga como tal.

—Es terrible lo que el pueblo judío ha sufrido con la guerra —continúa hablando Baraibar, pese a que Tur parece ausente de esa conversación—. Yo hice todo lo posible por ayudar a que huyeran de la atrocidad de los nazis y vinieran a España, donde existe otro tipo de injusticias, pero por lo menos no son contra los judíos.

El 13 de junio de 1956, Tur viaja junto a su esposa a Amberes para asistir a la boda de José Ignacio Llopart y María Malvarosa Diels. La ceremonia se celebra en la iglesia de Willibrord donde asisten numerosos invitados. Para el cónsul y su esposa es gratificante poder viajar por Europa con libertad, cuando tan solo hacía unos años eso era imposible. La guerra mundial, los nazis y el fascismo pasan a ser un acontecimiento histórico que, aunque reciente, todo el mundo trata de olvidar. Durante ese año existe en Europa una necesaria paz que aleja casi por completo la lacra de la guerra; aunque persiste la Guerra Fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Precisamente estos últimos manifiestan su interés en el rápido y fulgurante

ingreso de España en la OTAN. La Organización del Tratado del Atlántico Norte surge el 4 de abril de 1949, cuatro años después de finalizar la guerra mundial, y se constituye en un sistema de defensa colectiva en la que los Estados miembros se comprometen a defender a cualquiera de sus integrantes si son atacados por una potencia externa. Esa paz que se respira no implica a España, que debido a los graves disturbios universitarios, promovidos por los socialistas y los comunistas, vive en un estado de excepción en su territorio. Pero lo que más preocupa en esos momentos es la muerte, presuntamente accidental, del infante Alfonso de Borbón, de catorce años, hijo de Juan de Borbón, conde de Barcelona.

—¿Cómo está el ambiente por España? —le pregunta al cónsul francés un diplomático americano con el que ha coincidido en el banquete de boda de los Llopart y Malvarosa. Tur cree que se refiere al estado de excepción que ha decretado la dictadura de Franco, y le responde en ese sentido.

—Está el ambiente caldeado y los estudiantes muy nerviosos. Pero no les culpo, ya que la represión de Franco ha arreciado y cada vez es más insoportable —comenta con la libertad que da el hablar en un país alejado de España.

—No, no —bascula la cabeza su interlocutor—. Me refiero a ese accidente en el que ha muerto el hijo del conde de Barcelona.

—Ah, entiendo —resopla—. Lo cierto es que no se habla mucho. Al parecer, y hay que dar por buena la versión oficial, ha sido un desafortunado accidente entre chiquillos.

—Eso he oído —ironiza—. Pero esa casualidad de que Juan Carlos haya cumplido la mayoría de edad y mate, por accidente, a su hermano menor... Bueno, mi interés era por si ese hecho había tenido repercusión en ese país al sur de Europa —dice como si no recordara el nombre—. Aunque por lo que me cuenta, creo que a los españoles les interesa poco o nada los asuntos de la monarquía.

—Bueno, tienen otras cosas en qué pensar —replica risueño el cónsul francés—. En mi país, Francia, tampoco hemos sido muy de la monarquía.

—Pues tengo entendido que a ese infante, Juan Carlos, lo tienen ustedes por Zaragoza, en la Academia General Militar.

—Lo vigilaremos —bromea Tur con su interlocutor.

Lo último que recuerda el cónsul francés es la mirada convexa del diplomático norteamericano y cómo se marcha, con un andar ladeado, hacia una de las mesas donde sirven ponche a los invitados.

Capítulo 29

A finales del mes de noviembre del año 1956, Gustav Seegers invita a tomar café en su casa al cónsul francés, con el que hace varios años que no coincide. La invitación llega a través de su secretaria, mediante una llamada telefónica en la que se identifica como «un viejo amigo». Para entonces, Seegers tiene 65 años y, según puede apreciar Tur, se muestra envejecido y cansado. Los dos amigos han quedado en el número 9 de la calle Joaquín Costa, antaño lugar de reuniones donde los entonces todopoderosos nazis allanaban el terreno para su huida a España y de ahí a Sudamérica. Tur ha cumplido los 52 años y la diferencia de edad con el que fue su homólogo alemán es más que evidente.

—Me espera el señor Seegers —le dice a la persona que le abre la puerta.

El cónsul se esfuerza por no mirarle las piernas, ya que es una chica joven, de apenas veinte o veintidós años, que va ataviada con un vestido de doncella que la embellece.

—Pase por aquí, señor —le indica.

Tur la sigue por un largo y estrecho pasillo que todavía mantiene la hosquedad de tiempos pasados. Recuerda las veces que transitó por ese pasillo desembocando en el salón donde esperaban sonrientes todos esos nazis venidos de Alemania, y que confraternizaban con falangistas llegados de Barcelona. Por un instante escucha las risas de hombres que entrechocan las copas de champán brindando por cualquier pequeño avance de la Wehrmacht o las cucharillas tintineando en las tazas de café, al calor de la nube de humo que asciende desde los cigarrillos y puros que endulzan la casa de Seegers.

Al final del pasillo, antes de desembocar en el salón, pasa al lado de un cuadro con la cruz gamada dibujada en trazos gruesos y negros. Tuerce la mirada y se fija en la imagen, que le parece espeluznante. En ese instante reflexiona en lo terrorífico que puede ser un símbolo cuando se asocia a una abominación. Hubo una época en que esa cruz en forma de gancho fue el icono más distintivo de la propaganda nazi.

Aparecía en la bandera en los pósteres, en las bandas para el brazo, medallones, uniformes y estandartes. La esvástica había llegado a ser un distintivo tan poderoso que enorgullecía a los alemanes y causaba terror a los judíos o a cualquier colectivo considerado enemigo del Tercer Reich. Ahora, en la soledad del pasillo de la casa de Seegers, esa cruz pintarrajeada en un cuadro de marco ancho y robusto no es más que un grafiti desprovisto de

cualquier encanto o poder. Ni siquiera conserva ese revestimiento romántico que caracteriza a los objetos antiguos. En ese momento, observa Tur, no es más que un emblema caduco y mortuorio.

—El señor Gustav le atenderá enseguida, señor Tur —dice la sirvienta con un tono grácil, acompasado con un movimiento casi cómico de sus manos.

Al alejarse, el francés se percata de que ha dejado tras de sí el rastro de un perfume que por su aroma debe ser caro. Le da por pensar que quizá esa chiquilla es la amante de Seegers, pero desecha esa idea en cuanto su antiguo amigo traspasa la puerta de una de las habitaciones y se persona en el salón donde él le espera.

—Roger —le dice—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

El cónsul francés se fija en su rostro. En ese instante es de color ceniza, quizá a causa del cansancio. Se le marcan exageradamente las ojeras y en ambos lados de la boca tiene profundos pliegues arrugados que le hacen parecer el muñeco de un ventrílocuo. Le sorprende que Seegers haya abandonado su cara con una barba de varias semanas, lo que le asemeja a un mendigo.

—Gustav —lanza su mano hasta estrecharla con la suya—. Me alegro de verte después de tanto tiempo.

La doncella accede al salón, arrastrando detrás el aroma de su perfume, y le pregunta si desean tomar algo.

—Vino —solicita Seegers—. ¿Te va bien? —le pregunta a continuación a Tur.

—Por supuesto —agradece.

—Una botella del mejor vino blanco que tengamos en la nevera —solicita a la chica, que cabecea con gracejo.

—¿No es mejor vino negro? —cuestiona Tur, cuando la chica abandona el salón y se dirige a la cocina.

—Veo que no aprendiste nada de nuestras reuniones —sonríe, con cordialidad, el alemán—. Siempre se ha de solicitar vino blanco, porque este se sirve en unos cubos con hielo para mantenerlo frío, algo que no ocurre con el tinto, que se sirve a temperatura ambiente. El color del vino blanco y el del hielo que se deshace en el cubo convirtiéndose en agua son tan parecidos que permite que alguien que no quiera ser emborrachado pueda vaciar su copa de vino ahí tantas veces quiera, sin que se note, cuando los otros comensales miran hacia otro lado.

Tur comprende por qué en las reuniones en casa de Seegers, cuando era

cónsul alemán en Zaragoza, se solía servir champán con cualquier excusa para brindar. El champán es tan disimulable como el vino blanco si se quiere arrojar a un cubo con hielo. Por eso los nazis soltaban la lengua tanto en esas reuniones, cuando habían bebido lo suficiente, y Seegers y Schmitz, según recuerda, siempre estaban tan sobrios como un abstemio recalcitrante.

—¿Qué tal estás? —le pregunta el francés con sinceridad. El aspecto del alemán es preocupante.

—Estoy, que no es poco. Durante todos estos años, desde que Alemania fuese derrotada, mi mayor preocupación ha sido que no me entregaran a los americanos o a los británicos para ser juzgado injustamente. Pero también están los rusos, que buscan venganza, o los israelíes, que desde hace unos años se han subido al carro del despique y aúpan a todos esos cazanazis que recorren el mundo de arriba abajo y de derecha a izquierda, buscando a ancianos que sobrevivieron a una época en que lo justo era lo que hacían ellos y lo injusto lo que hacían los otros. —Tur percibe en las palabras de Seegers un cierto arrepentimiento—. Pero ya ves, amigo Roger, entre una cosa y otra he llegado a los sesenta y cinco años. He sobrevivido a la mayoría de hombres de mi generación, que se pudren en fosas comunes, sepultados en los vastos territorios soviéticos, en la cárcel o bajo el mar. Por lo que, en ese sentido, no me puedo, no debo, quejarme. —Las palabras del excónsul alemán le suenan a despedida—. Aquí he permanecido cobijado bajo el paraguas de protección que me ha dado el régimen de Franco, desatendiendo las insistentes peticiones de los aliados para que, junto a otros muchos, nos entregase. Si he de ser sincero —le dice mirándolo como un cordero camino del matadero—, ha llegado una etapa en que me hubiera dado igual lo que hicieran conmigo. En su momento yo hice lo que creía que tenía que hacer. Aquí pasará lo mismo. Llegará un día que se cuestionará si Franco fue un asesino, si la guerra fue culpa suya, si todos los que murieron los asesinó él. Pero la ventaja es que el tiempo pasa para todos y cuanto más se tarde en hacer esa revisión, menos gente quedará para ser revisada.

La doncella accede al salón portando una bandeja que parece de plata con una botella de cava Raventós Codorníu y dos copas de cristal. La bandeja la lleva en la mano izquierda y hace auténticos malabarismos para que la botella no resbale por la superficie y caiga al suelo. Tur se ofrece a ayudarla y agarra la botella por el cuello y la posa sobre la mesa del salón.

—Deja —le dice el francés—, ya nos servimos nosotros.

El cónsul piensa que al ser una chica enclenque no será capaz de abrir una

botella de cava. Pero, para su sorpresa, coge la botella con la mano izquierda y, torciendo la mandíbula por el esfuerzo, logra estrujar el corcho hasta que explota saltando por los aires y parte del cava se vierte sobre la moqueta.

—Oh, les ruego que me disculpen —se excusa—. Enseguida lo recojo.

—No, Jasmina —la nombra Seegers—. Déjelo por ahora. Cuando se vaya mi invitado entonces lo podrá recoger. —La chica se marcha hacia la cocina, momento en que el alemán aprovecha para conversar con su antiguo homólogo—. ¿Cómo sigue el mundo por ahí afuera?

Tur comprende que debe salir poco a la calle. Y, por su pregunta, que tampoco debe leer la prensa.

—Sigue igual, más o menos. El mundo gira y gira, pero siempre regresa a su punto de partida. Hay malos, como ha ocurrido y ocurrirá siempre, pero también hay buenos que superan, espero que así sea, a los malos. También hay guerras, cómo no. Pero ahora están lejos de aquí, en países distantes de Oriente y de África, donde se libra una lucha entre los más desfavorecidos y los opresores que acotan sus libertades.

—La expresión de Seegers se ha enfurruñado—. Pero bajo mi punto de vista todo marcha a buen ritmo. Los antiguos enemigos ahora son amigos, o disimuladamente amigos. Y los amigos siguen siendo amigos, o hacen ver que lo son.

—Siempre me he preguntado de qué parte estás —le pregunta el alemán mientras sirve las dos copas de cava. Tur se fija que su mano tiembla en exceso.

—Soy francés —muestra una de sus mejores sonrisas—. Estamos de parte de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

—Lo sé, amigo. Por eso cuando aquellos falangistas quisieron asesinarte en aquel aparcamiento de Siguëenza, Bernhardt utilizó sus contactos con el régimen para ajustarles las cuentas. —Tur arruga la frente—. Al final no se supo si iban a por el empresario o a por ti. Ni siquiera supimos por qué lo intentaron, pero, como dijo nuestro amigo en su día, “Roger es un amigo y a los amigos hay que defenderlos”.

Durante casi dos horas, los dos conversaron alrededor de una botella de cava que se enfriaba en un cubo de hielo. Ambos sabían que esa sería su última reunión. Un año después, Seegers fallecía en su domicilio, a la edad de 66 años.

Capítulo 30

Días después de la muerte de Gustav Seegers, el cónsul francés está apesadumbrado por no haber asistido al entierro del otrora amigo suyo. No lo hizo no porque ambos ya no fueran amigos, sino porque no era políticamente correcto que todo un cónsul que representaba a una de las repúblicas más democráticas de una Europa que se esforzaba por olvidarse de la posguerra hiciera gestos de concordia con el que fuera representante de uno de los regímenes más hostiles y beligerantes de toda la historia de la humanidad. A las puertas de los años sesenta, en una España cuya economía crecía de forma fulgurante en lo que llegaría a denominarse “el milagro económico español”, Tur optó por no asistir al entierro de Seegers, pese a haber tenido conocimiento de su muerte.

—*¿Tout va bien, Roger?*

—*Tout va bien, Madelaine* —le asegura a su esposa cuando los dos coinciden en la cocina del consulado— Nunca pensé que iba a decir esto, pero estoy deseando cumplir los setenta años para retirarme definitivamente de la carrera diplomática y dedicarme a descansar y a disfrutar de nuestra finca en Sitges.

—Haces cara de cansado.

—Debe ser la edad —sonríe como un niño travieso.

—Tú no eres viejo —le dice—. Deberías retirarte antes y no esperar a cumplir los setenta. Sinceramente, pienso que ya has hecho mucho. Quizá —musita con melancolía— ya has hecho demasiado.

Roger tiene la sensación de que su esposa sabe lo que él hizo a finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando informó a la embajada norteamericana de los movimientos de los nazis que se reunían en Zaragoza.

Él nunca se lo dijo, desde luego. Pero piensa que ella, por algún motivo oculto, conocía su actividad. Tampoco se lo confesó nunca a su fiel secretario, Antonio García; aunque parezca que en alguna ocasión lo había sospechado. Pero Teófilo Bruguera, el agente que contactó con él en Barcelona, le recomendó que jamás le dijera a nadie la fabulosa labor que realizó en aquellos años tan oscuros. Y justo está pensando en eso, cuando María, la secretaria, asoma por la puerta de la cocina y le dice que tiene una llamada.

—¿Ha dicho quién es?

—Sí. Me ha dicho que es Albert Schmitz.

—Schmitz —bisbisea en voz baja—. Creí que ya había muerto.

Albert Schmitz, el que fuera director del Colegio Alemán de Zaragoza, y uno de los nazis más contumaces, no solo estaba vivo, sino que seguía residiendo en Zaragoza después de que el gobierno franquista rechazara las reiteradas peticiones de extradición hechas por el Consejo de Control Aliado tras la guerra. La lista de prófugos de la justicia fue confeccionada por los servicios de espionaje de Francia, Reino Unido y Estados Unidos, principalmente; aunque también colaboraron otros países. Una lista de once folios fue remitida al gobierno franquista en el año 1947, en la que exigían la expulsión de España de todos los nombres de esa lista y la entrega inmediata a Alemania. Pero Franco no quiso entregar a ninguno de esos nazis que se habían refugiado en suelo español, posiblemente porque ese acto supondría de cara al resto del mundo una debilidad por parte de su gobierno, ya que nadie era ajeno a los estrechos lazos que hubo entre la Alemania nazi, la Italia fascista y la España franquista.

—Si quieres —le sugiere Tur—, podemos quedar en algún bar del paseo Independencia. Allí estaremos seguros y nada has de temer —le ofrece, por si Schmitz tiene miedo a ser arrestado. Los dos saben que estar en el consulado de Francia es a todos los efectos como permanecer en suelo francés.

—No, prefiero quedar contigo en un restaurante. Lo mejor es compartir conversación mientras comemos.

—¿En algún restaurante del paseo Independencia? —insiste el francés.

—No, mejor podemos quedar en Las Palomas, que está en la calle Don Jaime, esquina plaza del Pilar. Tengo entendido que no se come mal.

Como Tur es el primero en llegar, elige una mesa que está tocando a una de las ventanas que dan a la calle don Jaime. Es pronto y en el interior del restaurante hay pocos clientes.

—¿El señor comerá solo? —le inquiere un camarero, que se ha acercado hasta su mesa.

—No, estoy esperando a un amigo.

Desde la ventana ve cómo se detiene en la calle un Mercedes-Benz Ponton de color crema. Uno de los dos ocupantes sale del interior del coche pesadamente. Tur observa que tiene los miembros entumecidos y la nuca completamente rígida. Le cuesta distinguir el rostro de Schmitz entre ese amasijo de arrugas dolorosas. Al reconocerlo se pone en pie como si estuviera activado por un resistente resorte que lo catapultara. Tur se sorprende de que, pese a los años, calcula que tendrá unos sesenta, se le ve muy deteriorado.

—Estoy tomando una cerveza —le dice—. ¿Quieres que te pida una?

—Sí, claro. Una cerveza está bien —acepta el alemán nada más acceder al restaurante.

—Es una Heidelberg —sonríe con malicia el francés.

—Ya ves, quién nos iba a decir a nosotros que en poco más de una década desde que acabara la guerra, Alemania iba a estar exportando cerveza al resto de países de Europa y del mundo. Cerveza y alemanes, porque mi país no es un territorio delimitado por unas estrechas fronteras, sino que existe allí donde haya un grupo de alemanes.

Mientras Tur lo escucha, observa de soslayo cómo el Mercedes-Benz Ponton se aleja por la calle Don Jaime y pasa al lado de la plaza del Pilar, cruzándose con un Simca Aronde de un llamativo color rojo. Supone que al otrora director del colegio alemán de Zaragoza le deben ir las cosas bien, puesto que tiene chófer.

—Entonces Zaragoza también fue Alemania —atesta el cónsul francés.

—Así es, mi buen amigo.

Tur aprecia que su acento alemán cae pesadamente sobre las consonantes mientras las pronuncia, pesadez que se prolonga excesivamente rotunda ante las vocales flojas. Presiente que durante su encierro no ha hecho otra cosa que hablar su idioma natal, porque incluso le cuesta pronunciar en castellano.

—Todo cambia —ofrece Tur—. Y sobreviven los que se adaptan a los cambios.

—Para ti es sencillo —comenta—. Porque tu vida no ha cambiado. Francia sigue siendo Francia y las relaciones de tu país con España se mantienen en ese punto estanco que ni tira para adelante ni para atrás.

—No creas —contraviene—. La posición de Francia respecto a la dictadura franquista es hartamente complicada. No nos podemos llevar mal, pero tampoco bien. Es una vecindad engorrosa.

—Por lo menos no te has de esconder —le dice—. Yo me siento como mi madre cuando cerraba cortinas y persianas, apagaba las luces y nos decía que era para ahorrar, pero todos sabíamos que en realidad lo hacía para inspeccionar la calle sin que se la viera desde fuera. Desde el fin de la guerra siempre estoy esperando que llegue un grupo de judíos —dice con desprecio—, me capturen como a un perro y me asesinen. Aunque España es un país seguro, no creo que se atrevan a venir aquí.

—No es una trampa —lo tranquiliza Tur—. Si a eso te refieres. Yo soy un diplomático francés y por lo tanto no tomo parte ni de un bando ni de otro. Ya lo sabes.

—Lo sé, amigo. Sé que puedo confiar en ti, de la misma manera que confié en aquellos años en que Alemania se hundía en el fango y Seegers te invitaba a nuestras reuniones, sabedor de que podía estar bien tranquilo de que tú nunca dirías nada. Por cierto, ¿sabes que ha muerto?

—Lo sé —cabecea el francés—. Aunque no fui a su entierro porque ese día...

—No te excuses conmigo. Sé lo que pasa y comprendo que nadie quiera juntarse con nazis que no han renunciado a sus ideas.

Un camarero de aspecto aniñado se acerca hasta la mesa de los dos hombres y toma nota de lo que van a comer. Los dos han elegido el menú, sin ni siquiera dudar en los platos; es patente que de esa reunión lo menos importante es la comida. Después, como si supiera que su conversación es privada, les deja solos.

—¿Y tú cómo estás? —se interesa Tur.

—El mundo se halla en constante ebullición y siempre necesita de buenos y malos —omite responder—. Entonces los malos eran Alemania, Italia y Japón. Luego los malos fueron, y son, la Unión Soviética. Pero llegará un día que los malos serán los judíos, los americanos, los árabes o los africanos. ¿Sabes qué nación ha sido la única en utilizar armas atómicas contra población civil? —el cónsul francés balancea la cabeza asintiendo—. Exacto, los norteamericanos.

—En este mundo de locos todo es posible —masculla el francés.

—Lo que antes estaba mal, ahora está bien. Y viceversa —dice sin que Tur sepa a dónde quiere ir a parar—. Todo es lo mismo y todo se repite, por muchos años que pasen. ¿Recuerdas a Bernhardt?

—Johannes Bernhardt —repite el francés—. Claro, cómo no olvidarlo. ¿Sabes por dónde para?

—La última vez que tuve noticias de él estaba en Múnich. Aunque antes pasó por Argentina y residió un largo periodo de tiempo en Valencia, cobijado bajo el paraguas de Franco, que tampoco quiso entregarlo a los aliados. Bernhardt creó riqueza con Sofindus. Poder, empresas y movimientos políticos van siempre de la mano. Ahora tengo un amigo en la embajada norteamericana que me ha dicho que el problema actualmente ya no es el comunismo, ni las empresas, ni Franco, ni los nazis, ni siquiera los judíos. ¿Sabes cuál es el problema ahora? ¿Sabes a qué tienen miedo?

Antes de dar una respuesta, el cónsul francés se incomoda porque Schmitz le ha dicho que tiene un contacto en la embajada americana. Solo espera que ese contacto no le haya revelado qué estuvo haciendo él durante los últimos

días de la guerra. Solo desea que en la embajada norteamericana no haya ningún agente doble que lo delate.

Capítulo 31

A Roger Tur le había comenzado a preocupar cualquier rastro que quedara de su colaboración con los norteamericanos a través de la OSS, antecesora de la CIA, durante los últimos días de la guerra. No sabía cuántos documentos suyos podía haber por ahí, pero sí sabía que en ellos solo podía figurar su nombre en clave: Ric. En ese sentido, estaba tranquilo, ya que si cayera alguno de esos informes en manos poco recomendadas, como mucho sabrían que un tal Ric había pasado informes escuetos, pero precisos, sobre las conversaciones de una serie de afines a los nazis. Luego, en su introspección, rememora que esas reuniones no eran excesivamente numerosas y que jamás, ahí reconoce su error, él se incluyó en los informes. No había que ser ningún sabueso a lo Sam Spade para llegar a la conclusión de que un relato de unas personas que se reúnen, donde no figura el redactor, da pistas de que el autor de ese informe puede ser alguien que participa en la reunión como observador. Pero Tur reconoce que los años no pasaban en balde y en la Zaragoza de finales de los cincuenta ya poca gente recordaría que existieron esas reuniones y que él participó como invitado personal del cónsul alemán. En ese momento, un terrible nombre salta a su memoria, como un mal recuerdo que intuye que será persistente y no le abandonará hasta que los motivos que fundamentan ese recuerdo se desvanezcan. El nombre es el de Marcel Paul Maurice Vaquier. Pero enseguida lo desecha de su memoria, como si nunca hubiera existido.

Hacía años que todo acabó, pero todavía quedaban muchos nazis, con excesivo poder, repartidos por Sudamérica. Simon Wiesenthal se había convertido en un verdadero azote para los huidos y protegidos por Odessa. Esa organización es tan poderosa que Tur teme por su vida si averiguan que remitía informes a los aliados sobre los movimientos nazis en Zaragoza. Teme por su vida y por la de su familia. Tenía entendido que la motivación de Odessa se basaba en cinco objetivos bien definidos: la reinserción de los antiguos nazis, en especial de los integrantes de la SS, en la nueva República Federal Alemana creada a partir del año 1949 por los aliados; infiltración en determinados partidos políticos; garantía de la mejor defensa jurídica para todo el que tuviera que comparecer ante un tribunal; introducción de antiguos afiliados de la SS en el comercio y la industria, y realización de una intensa propaganda encaminada a convencer al pueblo alemán de que los asesinos en realidad fueron soldados patriotas que sirvieron, y siguen sirviendo, a su patria y que de ninguna manera se merecen la persecución a la que están

sometidos. Recordaba que en las reuniones en casa del entonces cónsul alemán de Zaragoza habían participado altos mandos nazis, en alguna ocasión algún SS, que lo podía reconocer en el supuesto de que siguiera vivo.

Pero el mundo giraba y giraba, tal y como ha hecho desde siempre, con sus engranajes aceitados y sus bujes limados por el paso del tiempo. Ajustándose a las rozaduras de sus aristas cortantes e hirientes, protegiendo a los moradores de esa bola rellena de un oxígeno que en ocasiones nos ahoga, y en otras nos libera de la pesadumbre de la propia existencia. Seegers había muerto olvidado en algún rincón de esa Zaragoza que pugna por renegar de aquellos alemanes que primero fueron buenos, y luego malos, y ahora ya no eran ni una cosa ni otra, sino recuerdos de un pasado antiguo, de una época desechada en cualquier remembranza que los relacione con el término holocausto, un neologismo que se ha puesto de moda para describir la muerte sistemática de millones de judíos. Y desapareció, o se esfumó, Johannes Bernhardt, el empresario que montó un verdadero imperio comercial para alimentar la maquinaria nazi. Schmitz le había dicho en su última conversación que los servicios de Inteligencia tenían miedo de que Odessa se perpetuara en el tiempo y, tal como los nazis refugiados habían planificado, siguieran formando a nuevas hordas que se prepararían para el momento de esparcir de nuevo el nazismo.

Los años sesenta se habían llenado con música pop inglesa, en especial la de una banda formada en Liverpool con el nombre de The Beatles. Encarnan los ideales progresistas que azotan Europa y su influencia abarca las revoluciones culturales y sociales de toda esa década. El joven presidente norteamericano, John F. Kennedy, recibe varios impactos de bala en una calle de Dallas, Texas, mientras circula a bordo del coche oficial ante una multitud enfervorecida por su juventud. Son años de rotura de clichés arraigados en un concepto conservador de la sociedad, de la política y de los gobiernos que ahogan el temor que inflige al mundo la Guerra Fría que mantienen los dos antagonistas grandes bloques, formados por Estados Unidos y la Unión Soviética. En 1962 se produce la denominada Crisis de los Misiles, al descubrir la Administración Kennedy que en suelo cubano habían instalado los soviéticos bases de misiles nucleares de alcance medio. Es tal la tensión que por primera vez, desde que finalizara la Segunda Guerra Mundial, se habla de que el mundo está al borde del inicio de una Tercera Guerra, que en este caso sería nuclear.

Pero los años sesenta son, ante todo, un período de protestas de una

ciudadanía cada vez más enfrentada a sus gobernantes. Se producen movimientos de protesta contra la guerra de Vietnam, donde los Estados Unidos quieren impedir la reunificación de ese país bajo un gobierno comunista. Hay importantes activistas norteamericanos que mueren asesinados, como Malcolm Little, más conocido como Malcolm X, y Martin Luther King; destacados defensores de los derechos civiles de los afroamericanos. Son los años del gran salto de la carrera espacial, en la que la Unión Soviética le lleva la delantera a los Estados Unidos, con importantes éxitos; el más destacado sucede cuando el astronauta Yuri Gagarin se convierte en el primer ser humano en viajar al espacio exterior. Los norteamericanos se desquitan en el año 1969, al lograr que Neil Armstrong sea el primer hombre en pisar la Luna.

Entretanto, en la vieja Europa se consolida la reconciliación entre Francia y Alemania, lo que da paso a los cimientos de la construcción de la futura Unión Europea. Y en Oriente Medio se produce una perturbación con la instauración del Estado de Israel en el año 1948, el cual ha quedado inmerso en medio de una región inestable, como el único Estado judío del mundo. El hallazgo de petróleo en los países del Golfo confiere a esa región un peso sin precedentes en la economía mundial. En Estados Unidos gana adeptos el movimiento hippie, culminando en el Festival de Woodstock, que aglutina a medio millón de personas en diversos conciertos que duran tres días y donde actúa la flor y nata de los músicos y bandas de la década.

Entre el 13 y el 14 de agosto de 1961, el mundo ve con asombro cómo en Berlín se ha construido un muro de ladrillo de tres metros y medio de alto y 155 kilómetros de perímetro, que divide la ciudad en dos. Con el tiempo se lo conocerá como el muro de la vergüenza. El 5 de agosto de 1962, se produce una conmoción mundial por el fallecimiento de la actriz norteamericana Marilyn Monroe, un símbolo sexual para toda una generación. Al año siguiente, la Unión Soviética envía al espacio a la primera mujer, la cosmonauta Valentina Tereshkova. En los Estados Unidos, el Departamento de Defensa encarga la construcción de una red de computadoras conectadas entre sí con el nombre de Arpanet, sus siglas se corresponden con *Advanced Research Projects Agency Network*, en español, Red de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada. Casi tres décadas después derivaría en Internet.

Capítulo 32

El sábado 10 de octubre del año 1970 se celebra en Zaragoza, en la Feria Oficial y Nacional de Muestras, una jornada hispano-francesa, coincidiendo con la visita de los príncipes Juan Carlos de Borbón y Sofía de Grecia, que asisten a los actos más tradicionales de las fiestas del Pilar. Un año antes, el príncipe había hecho unas insólitas declaraciones en una entrevista que le realizó una cadena suiza, y que posteriormente cedió el programa a una televisión francesa. En ella testificaba que el general Franco era una figura decisiva desde la perspectiva histórica y política. Llegó a proclamar que fue uno de los que sacó a los españoles y resolvió, lo que denominó la Crisis de 1936. En su testimonio no duda en asegurar que Franco actuó políticamente para sacarnos de la Segunda Guerra Mundial. Y por esto, concluye, él ha sentado las bases del desarrollo floreciente en que se halla actualmente España. La entrevista completa no se había visto en España, pero sí que se emitió en Francia, por lo que tanto el embajador como el cónsul están al tanto de las declaraciones del ahora príncipe y futuro rey.

—Es mejor que no comentemos nada —le advirtió el embajador al cónsul—. Seguramente esas declaraciones fueron promovidas más por el temor al dictador que por una verdadera opinión del príncipe Juan Carlos.

—Espero que así sea, no sería conveniente para España que el heredero de la jefatura del Estado fuera un continuador de sus ideas.

La Feria Nacional e Internacional de Muestras de Zaragoza ya había celebrado con anterioridad una Exposición Hispano-Francesa, en 1908, entre los meses de mayo a diciembre, dentro del programa para conmemorar el primer Centenario de Los Sitios. Este nombre recibieron los dos asedios sufridos por Zaragoza durante la Guerra de la Independencia, en la que participaron los ejércitos de ocupación del Primer Imperio francés de Napoleón Bonaparte y las fuerzas españolas leales a la dinastía Borbón. Con motivo de estas jornadas, se desplaza hasta Zaragoza una representación de políticos, industriales, comerciantes y hombres de finanzas franceses, presidida por el embajador de Francia en España, Robert Gillet. Unos meses antes, el lunes 8 de junio de ese mismo año, Franco había recibido en El Pardo al ya expresidente francés, general De Gaulle, en una recepción cordial donde también estuvieron las esposas de ambos militares. En ese encuentro coincide el embajador francés junto al ministro de Asuntos Exteriores español, Gregorio López-Bravo. De la conversación entre ambos surge la

determinación de que el príncipe Juan Carlos sea el heredero de Francisco Franco, ya que el Caudillo tiene 77 años y en círculos reducidos se habla de que su salud es muy delicada. En la corriente diplomática internacional se ve con buenos ojos la decisión de traspasar la Jefatura del Estado al que ha sido príncipe de Asturias desde el año 1941.

—Sangre joven para una Europa vieja —dice Gillet.

También De Gaulle ha envejecido, ya que fue en esa última reunión donde se le vio con vida; el general había cumplido los 79 años. En la expresión de su rostro se había grabado el recrudecimiento del conflicto social de Francia en los dos años anteriores, conocido como el Mayo Francés, y la pérdida del referéndum que obligó a De Gaulle a dimitir del poder en 1969, derrotado y con la convicción de dedicarse a escribir, su gran pasión. Al año siguiente, el 9 de noviembre de 1970, meses después de reunirse con Franco, en España, y después de su habitual caminata por los jardines de su casa, De Gaulle fallece a causa de un ataque cardíaco cuando se halla en el salón viendo la televisión. Dicen que esos días estaba trabajando intensivamente, en su estudio, escribiendo sus memorias.

Son ya las once de la mañana en la jornada hispano-francesa, cuando son izados los mástiles, situados en la entrada del recinto ferial, de los pabellones de ambos países, mientras se interpreta por una banda de música militar los himnos. Los visitantes, con los directivos de la feria, recorren los diversos stands y se detienen especialmente en el pabellón del Sudoeste de Francia. Al almuerzo, con que ha sido obsequiada la representación francesa, asisten las primeras autoridades y en el curso de este acto, el gobernador civil impone la Encomienda de número de la Orden del Mérito Civil al cónsul de Francia en Zaragoza, a quien le es otorgada esta distinción en reconocimiento a la gran labor desarrollada a lo largo de cuarenta años en pro de las buenas relaciones entre Francia y España.

Es un día inusualmente frío y el rostro de Roger Tur es áspero y grueso. Los asistentes observan que le tiembla el labio inferior y la barbilla como si fuera un niño atacado por una gripe cruel. Pero también todos perciben que está emocionado por recoger tan meritoria distinción que le entregan a toda una vida dedicada a fomentar las buenas relaciones entre Francia y España, dos naciones condenadas a ser vecinas. Tur ha cumplido recientemente los sesenta y seis años y en su ánimo está el seguir trabajando en su labor como diplomático en Zaragoza. Y, pese a su edad, sigue manteniendo un espíritu joven y tiene un aspecto físico envidiable.

—¿Se encuentra usted bien, monsieur Tur? —se interesa el embajador francés.

El embajador Robert Gillet había nacido en Lyon en el año 1912, por lo que era más joven que Tur. Es un experimentado diplomático con una dilatada carrera que le había llevado por Turquía, Marruecos, El Cairo, y, en 1970, a una España tranquila y próspera que pugna por hacerse un anacrónico hueco entre las florecientes democracias europeas, pero enmascarada en una falsa libertad que todos saben no es efectiva.

—Sí, sí, monsieur Gillet —responde balbuceando—. Creo que me he enfriado.

—Pues tenga usted cuidado con la gripe, porque si es española es más peligrosa.

Gillet trata de bromear con la conocida como “gripe española”, una pandemia que azotó a la Europa de la Primera Guerra Mundial, causando la muerte de cuarenta millones de personas. Tur acepta la broma y esboza una sonrisa en sus labios.

—Ahora en serio —agudiza su frente—. Cuídese esa gripe o lo que sea, que muestra usted un excesivo aspecto de agotado.

—No se preocupe —agradece el cónsul—, solo necesito descansar de tanto trajín.

—Mi esposo está emocionado, eso es todo —dice madame Madelaigne, incorporándose a la conversación de los dos diplomáticos—. Solo está turbado por la entrega del reconocimiento a su labor en España.

—Lo entiendo perfectamente —manifiesta Gillet.

Al lugar han llegado los príncipes, tal y como se les esperaba. Juan Carlos de Borbón tiene 32 años. Es un joven apuesto, más alto que la media de los jóvenes españoles. Los presentes alaban su campechanía, ya que saluda a todo el mundo y responde con una media sonrisa que emite con amabilidad. A su lado lo acompaña su esposa, la princesa Sofía de Grecia. Los príncipes saludan a las autoridades y don Juan Carlos conversa brevemente con el embajador y con el cónsul francés. Intenta hacerlo en francés, pero ellos le responden en español para que el príncipe se sienta más cómodo. Cuando Juan Carlos y Sofía se marchan, con destino a las Fiestas del Pilar, agenda concertada en la siguiente visita que han de realizar en Zaragoza, los presentes intercambian unas palabras acerca de que serán unos formidables reyes de España cuando Franco no esté. Nadie osa pronunciar la palabra fallecer, y mucho menos cuando se habla del Caudillo.

—¿Y este será el próximo rey de España? —pregunta alguien en un reducido corrillo de invitados y con cierto desprecio.

—Sí —recrimina un oyente—. Lo será por ley.

—¿Qué ley?

—La Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado.

Al decir estas palabras, Tur observa de espaldas a un hombre que abandona el lugar de la Feria de Muestras donde están conversando. Por su silueta cree reconocer al agente de la OSS, Teófilo Bruguera. Por otro lado, no le sorprende que haya acudido a la reunión, porque en esos días se había hablado de que se preparaba un gran atentado en España contra intereses del gobierno de Franco.

—Dicen que el almirante Carrero Blanco es el preferido del dictador para ser su sucesor.

—¿Carrero Blanco, ha dicho? —pregunta el cónsul francés a su interlocutor.

—Sí, el ahora vicepresidente del Gobierno. Pero se comenta que en no demasiado tiempo será nombrado presidente. Y posible sucesor de Franco.

—Espero que no —señala alguien que ninguno de los asistentes reconoce.

—¿Por qué?

—Los sucesores, cuando son malos, no viven demasiado —sentencia.

No tienen tiempo de pedirle que se explique, pues abandona la Feria con precipitación.

Capítulo 33

Cuando la secretaria de Tur abre la puerta, se fija en que la persona que espera detrás tiene un buen aspecto físico. Es el mes de noviembre del año 1970 y ese hombre ha llamado al timbre solo una vez, como si supiera que lo están esperando.

—¿Qué desea? —pregunta abriendo la puerta de par en par.

—Soy un conocido del señor Tur —le dice sin dar más detalles.

—El señor Tur está convaleciente —advierte.

—Vaya, ¿qué ha ocurrido? —se interesa.

—Nada importante. Arrastra una virulenta gripe, pero el médico ha dicho que ya no hay peligro de contagio. No obstante, estos días ha reducido su actividad diplomática hasta que se recupere satisfactoriamente.

La secretaria, María Luz Marqueta, lo observa de arriba abajo, como si buscara algún motivo para desconfiar. Hace días que merodea por el consulado el súbdito francés Marcel Paul Maurice Vaquier. Ha pedido hablar insistentemente con el cónsul para solicitarle algún tipo de ayuda, pero Roger Tur le ha dicho a la secretaria que no quiere hablar con ese hombre, a no ser que sea estrictamente necesario. De lo que conoce de él, sabe que tiene problemas con la justicia, ya que le gusta vivir por encima de sus posibilidades; y se comenta que tiene una factura pendiente con el Gran Hotel de Zaragoza y que le han denunciado a la policía por ese motivo.

—¿Me dice su nombre para anunciarlo? —insiste la secretaria.

—Dígale que soy el señor Maurice Vaquier.

Marcel Paul Maurice Vaquier es natural de Muret, una población de veinte mil habitantes, muy cerca de Toulouse. Lleva viniendo desde el año 1951 a España, donde había montado varios negocios con desigual suerte. Primero se había afincado en Pineda de Mar, en la provincia de Barcelona, donde estuvo viviendo varios años. Pero desde hacía unas semanas rondaba al cónsul de Zaragoza, y él lo evitaba con el mismo tesón que Vaquier dedicaba a incordiar al diplomático.

—Un momento —le dice sin dejar que la puerta se abra del todo.

La secretaria camina por el pasillo hasta la oficina del cónsul. Entra en su despacho y sale de nuevo casi al instante. Tur está dentro y cuando ella le ha dicho que es Vaquier quien pregunta por él, entonces le pide que le diga que no está.

—Monsieur Tur no le puede atender en este instante —le explica—. Me ha

pedido que me deje un número de teléfono de contacto y él le llamará en cuanto le sea posible.

Seguidamente lo observa risueña. Sus rasgos aniñados y su baja estatura lo hacen parecer un adolescente, cuando tiene casi la misma edad que el cónsul.

—De eso nada —replica molesto—. No me iré de aquí hasta que pueda hablar con él. Es un asunto de vida o muerte —añade.

Entonces la secretaria abre la puerta de par en par. Es una mujer delgada y elegante. Viste pantalón y chaqueta de color crema con botones dorados y calza unos zapatos de tacón alto. Vaquier observa que tiene las uñas pulcramente pintadas.

—Pase —le dice.

Vaquier recorre el pasillo hasta la pequeña sala de espera que hay al lado del despacho del cónsul. Sabe que una vez se siente ahí, tarde o temprano, Tur lo atenderá.

—¿Por qué lo has dejado pasar? —le pregunta el cónsul a la secretaria, con la que tiene una gran amistad.

—Sabía que no se iba a marchar hasta que no lo atendiera —le dice en voz baja para que Vaquier no los pueda escuchar desde el despacho de al lado.

—Está bien, está bien.

El cónsul termina de repasar unos documentos que hay sobre su mesa y, finalmente, recibe a Maurice Vaquier, que aguardaba paciente en la sala de espera.

—Marcel Paul —lo saluda al abrir la puerta—. Pase a mi despacho y allí hablamos más tranquilos. —Los dos hombres se sientan alrededor de la mesa—. ¿Qué se le ofrece?

—Necesito ayuda —le dice Vaquier sin miramientos—. Quiero establecer una empresa en Zaragoza y el gobierno español me lo está poniendo difícil con los permisos necesarios.

—Creo recordar que ya hablamos de ese mismo asunto la última vez que estuvimos reunidos —rememora el cónsul—. Y creo recordar también que ya convenimos en lo poco que puedo hacer por usted.

—Los dos somos franceses —le recuerda.

—Que los dos seamos franceses no es óbice para que no debamos cumplir la ley —rechaza—. Ahora las cosas son así.

—Ya, claro. Ahora todo es distinto a cuando los nazis mandaban en Europa —sonríe Vaquier.

El cónsul se incomoda.

—Hace treinta años que ya no hay nazis. Y los que quedan están prisioneros o muertos o fugados o a punto de morir por viejos.

—No todos están muertos, prisioneros o fugados —le corrige Vaquier—. Los hay que están vivitos y coleando y pasean por la calle como si nunca hubieran roto un plato. Ahora son respetables ciudadanos zaragozanos a los que ya nadie recuerda como nazis. Y usted, creo que no es necesario que se lo recuerde, ha contribuido en parte a ello.

Tur demuda su rostro, que se ha quedado blanco como la tiza, gesto que no pasa desapercibido para Vaquier.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Ya sabe a qué me refiero.

—Pues no, no lo sé —insiste el cónsul.

—Veamos. ¿Le dicen algo los nombres de Gustav Seegers, Albert Schmitz o Johannes Bernhardt? —pregunta con una mueca sarcástica.

—Sí, claro. Seegers fue cónsul alemán. Schmitz fue el director del colegio alemán de Zaragoza y Bernhardt es un empresario muy conocido que ha fundado infinidad de empresas en España —responde sin tapujos—. Y algunos de esos nombres ya han muerto.

—¿Y ya está? ¿Solo me va a decir eso de esos hombres?

—No sé a dónde quiere ir a parar, señor Maurice Vaquier —replica el cónsul francés, esgrimiendo una mirada cargada de inquina—, pero le aseguro que ha ido a dar con el hombre equivocado en el lugar desacertado. Yo no soy quien usted insinúa que soy ni tengo nada que ver con esos hombres que ha mencionado, más allá de una relación obligada por mi cargo como diplomático.

—Tiene razón, monsieur Tur —parece que se disculpa—. Aún no sé lo suficiente como para acusarle de algo. Pero tenga por seguro que lo sabré algún día. Desconozco cuánto tiempo tardaré en disponer de esa información, pero estoy en condiciones de pensar que usted no solo conoce a esos hombres por razón de su cargo, sino que ha tenido algo que ver con sus actividades.

—¿Me está usted acusando de colaboracionista? —interrumpe el cónsul, ostensiblemente ofendido—. Es algo que no le voy a consentir.

—¿Colaboracionista con los nazis? No. Al menos en el más estricto sentido de la expresión, pero sí que creo que los ha ayudado de alguna forma.

—¿Y por qué cree eso? —se interesa.

—Gustav Seegers sigue en Zaragoza —asegura.

—No. Seegers está muerto.

—¿Muerto? ¿Desde cuándo?

—Hace trece años que murió —se molesta el cónsul, pero al mismo tiempo reconoce que ese hombre se está marcando un farol con su amenaza, pues no demuestra tener conocimiento de lo que está hablando.

—Bien, vale. ¿No le parece a usted extraño que un criminal nazi hubiera campado a sus anchas por Zaragoza sin que las autoridades españolas lo hubieran entregado a los norteamericanos para que lo juzguen?

—No me parecía extraño porque no dependía de mí —se excusa—. Es el gobierno de Franco el que no quiere entregar a los refugiados nazis pese a ser reclamados por la justicia internacional.

—¿Y por qué cree que hace eso?

Roger Tur descuelga el teléfono de su mesa y se lo ofrece a Vaquier esbozando una aparatosa mueca de ironía.

—Tengo el teléfono del ministro de Gobernación —le ruge—. Si quiere le llamo y se lo pregunta usted mismo. Estoy convencido de que al señor Tomás Garicano le encantará que le haga esa pregunta. Y si cree que hice algo malo por reunirme con unos respetables ciudadanos alemanes cuando Hitler estaba en el poder, entonces denúncieme a las autoridades —lo reta—, a ver si ellos piensan lo mismo que usted.

—Nos volveremos a ver —se despide Vaquier.

—Estoy seguro de ello —acepta el cónsul.

—Sí —se pone en pie el empresario francés—. Hace unos años no le hizo ascos a la cruz gamada y ahora no se los hace a la hoz y al martillo. ¿De qué parte está?

—De la misma que he estado siempre —responde cuando Vaquier ya se ha marchado y no puede oírle.

Capítulo 34

—¿De qué parte estás? —le pregunta Ramón Asensio a Javier Sagarra, cuando están compartiendo un refresco en la cafetería Acuarium, del Paseo Pamplona de Zaragoza.

Es enero de 1971 y los dos se han citado para conversar. Tienen veinte años y están estudiando en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza. El camarero les ha servido dos tónicas Schweppes.

—¿Por qué me preguntas eso? —le recrimina Javier.

—Por tu padre y por tu abuelo —reprocha Ramón, mientras extrae un cigarrillo Bisonte del paquete que ha dejado sobre la mesa.

—El hecho de que provenga de familia de militares, y que sean conservadores, no supone ningún inconveniente para lo que queremos hacer. Es cierto que mi padre es teniente coronel del ejército y que combatió con los nacionales en el frente de Aragón, pero mi padre es mi padre y yo soy yo —se defiende—. Además, gracias a ellos os puedo conseguir armas para cualquier acción violenta. Mi padre tiene una pistola de la marca Astra, del calibre nueve largo, y a mi abuelo le he visto un revólver pequeño y sé dónde lo oculta. Mentiría si te dijera que el ejército no me atrae, ya que de hecho siempre he querido ser militar como mi padre. Pero ahora he cambiado, como habrás podido comprobar, ya que desde que estoy en la Facultad de Derecho me he involucrado con la lucha revolucionaria contra esta dictadura que nos amordaza y nos aprisiona las ideas.

Javier habla en voz baja para que ningún cliente de los que hay en ese instante en el bar Acuarium pueda escucharlos.

—No te ofendas —se disculpa Ramón Asensio—, pero quería estar seguro de que tu familia no te influye a la hora de tomar decisiones. Para nosotros sería terrible que tu padre se enterara de lo que estamos haciendo y diera la voz de alarma a los militares.

—No te fallé cuando me pediste que escondiera todo ese material revolucionario en mi casa, ¿verdad?

—Sí, y es algo que todos te agradecemos. Desde entonces sé que eres de fiar. Para que nuestro colectivo, la Hoz y el Martillo, siga funcionando y progrese, no podemos dejar nada al azar. Tenemos claro que somos trotskistas y maoístas por encima de todo. Aún somos pocos, pero estamos bien organizados y nuestras tareas están también bien distribuidas. Tenemos tres aparatos: laboral, propaganda y militar. Y dado que tú provienes de familia de

militares, habíamos pensado que encajarías en este último aparato. ¿Qué te parece?

—No me desagrada la idea, desde luego. Siempre me ha gustado la acción directa. ¿Quiénes más estamos en esto?

—Nadie —sonríe Ramón—. Para que esto funcione como tiene que funcionar es importante que los miembros no se conozcan entre sí. Tú no sabes quiénes son los otros y los otros no saben quién eres tú.

—Entiendo.

—Si cae uno, los demás están a salvo. Y lo más importante de todo, y que os tiene que quedar claro, es que jamás hay que cantar. Si cantas y delatas a los demás o al colectivo, entonces todo se desmorona y ellos ganan. ¿Cómo quieres que te llamemos?

—Fidel Guevara —dice sin dudar un instante—. Es como me conocen mis amigos.

—Es el mejor alias que he escuchado nunca —se congratula Ramón—. Antes me has dicho que tu familia tiene una finca en Garrapinillos.

—Sí, allí nos reunimos algunos fines de semana. Está a media hora en coche desde aquí.

—¿Sabías que en las afueras de Garrapinillos fue donde se construyó el aeródromo Sanjurjo?

—No. No lo sabía.

—¿Y que desde ese aeródromo se lanzaron los ataques hacia el norte de la Legión Cóndor alemana que utilizó la guerra civil española como campo de pruebas de sus aviones? —Javier Sagarra niega con la cabeza—. Pues así fue, ya que mi padre era un crío entonces y me ha contado que los trenes con suministros desde Alemania llegaban a la estación del Santo Sepulcro y cuando los chiquillos querían curiosear los desalojaban unos soldados que hablaban en alemán. Mi padre me ha contado que toda esa zona, apeadero de La Almozara inclusive, lo habían tomado los nazis.

—No conocía esa historia —se excusa Sagarra—. Ya ves que la Historia no es lo mío.

—¿Hay alguien entre semana? En la finca de Garrapinillos, quiero decir.

—No, entre semana la finca está vacía. ¿En qué estás pensando? —pregunta Sagarra, bastante inquieto, mientras coge un cigarro del bolsillo de su camisa y se lo enciende con un ligero temblor en las manos.

—Aún no he visto la finca de tus padres, pero si está aislada puede ser de gran utilidad para imprimir panfletos de propaganda y para entrenarnos.

—Sí, está aislada, ya que no hay vecinos cerca. ¿Has dicho entrenarnos?

—Claro, tenemos que probar las armas que nos vas a proporcionar para saber usarlas en el caso de ser necesario.

Javier duda un instante mientras da una profunda bocanada al cigarro que sostiene en sus dedos.

—Yo pongo las armas y por lo tanto solo yo las utilizaré.

—En el Colectivo —le aclara Ramón—, todo es de todos.

—Sí, pero las armas son de mi familia. Y si ocurre algo con ellas, serán ellos los responsables, por lo tanto las armas solo las uso yo —insiste.

—Está bien. Está bien. No insistiré más sobre ese tema —acata Ramón—. ¿Sabe Cristina tu compromiso con el Colectivo?

—Cristina no sabe nada de nuestra lucha revolucionaria. Ella está al margen y al margen se ha de quedar. Además —esboza una mueca de disgusto—, estamos haciendo planes de boda. La he conocido en la Facultad de Derecho, pero, aunque simpatiza con la izquierda, no quiere, ni yo quiero, que se meta en problemas. Cristina está al margen —repite como si fuese un dogma—. Además, si me pillan con las armas encima estaré bien jodido. Y tengo claro que, antes de que me cojan, me pegaré un tiro con una. Y no quiero que Cristina se sienta culpable si eso ocurre. De lo que no me cabe ninguna duda es que no voy a morir como Enrique Ruano.

—Malditos hijos de puta —brama Ramón—. Lo conocí personalmente en Madrid, unos meses antes de que muriera. Pertenecía al Frente de Liberación Popular y lo arrojó la policía desde una ventana del séptimo piso en un registro que le hicieron buscando propaganda del Felipe.

—Pues yo te puedo asegurar que si me pillan armado no me arrojo por la ventana, antes me pego un tiro y me vuelo la cabeza delante de sus morros. Y que mi sangre manche sus uniformes.

—Tenemos que preparar algo grande para que estos sepan que vamos en serio. Los camaradas de la VI Asamblea de ETA están cayendo como moscas y ni siquiera se pueden refugiar en Francia porque los franceses ya no les dan cobijo en Bayona, Biarritz o Hendaya. Me parece increíble que una república como la francesa haga caso omiso de las peticiones de ayuda que lanzamos desde aquí y entregue a la dictadura de Franco a los patriotas refugiados.

—Joder —exclama Javier—. ¿Y por qué no les damos una lección desde aquí?

—¿Aquí?

—Sí, en Zaragoza. Yo sé dónde está el consulado francés.

—Estará vigilado.

—¡Qué coño va a estar vigilado! He pasado varias veces por delante y esa calle es muy tranquila. Hay un colegio enfrente, el colegio de la Salle, y el consulado está ubicado en un bloque de pisos.

—¿Y qué propones?

—Lo que han hecho otros camaradas en la universidad —responde Javier—. Llegamos, le echamos un bote de pintura roja por encima al cónsul y le pegamos fuego al despacho para que el tío se vea obligado a salir a la calle y así todos lo verán de esa guisa, empapado de pintura.

—Genial. Y luego repartimos panfletos por la universidad explicando por qué lo hemos hecho. Francia comprenderá el mensaje cuando sepa lo que le ha ocurrido a su consulado de Zaragoza.

Capítulo 35

Al consulado francés de Zaragoza llega un hombre de baja estatura, ojos aguamarina, pelo rubio oscuro, casi castaño, cara ovalada y gafas gruesas. Llama a la puerta y la secretaria le abre casi de inmediato. Lo primero que piensa la señora María Luz Marqueta es que ese hombre es de los pocos rubios que conservan todo su pelo a pesar de la edad. María calcula que rondará los sesenta y cinco años.

—¿Qué desea? —le pregunta; aunque en su rostro reconoce que ese señor ya estuvo allí, en el consulado, hace muchos años. No logra ubicarlo en sus recuerdos, pero sabe que lo conoce.

—Buenos días, María —la saluda como si la conociera desde siempre—. Dígame al cónsul que el señor Bruguera está aquí.

—¿Bruguera? —El demacrado rostro de la secretaria se mueve a derecha e izquierda, como si esperara ver a alguien más junto a ese hombre.

—Así es, Teófilo Bruguera. Él ya sabe quién soy. Y usted también: aunque ahora no me recuerde. El tiempo pasa para todos y nos hacemos irremediamente viejos. Y hay épocas que queremos olvidar de forma insistente —dice con añoranza—. Y cuando alguien de una época que queremos olvidar se nos presenta en un momento reconfortante, entonces es como si una pesadilla nos persiguiera en el mundo real. Y lo real y los sueños nunca se deben mezclar, al igual que el pasado y el presente.

Es entonces cuando María recuerda que ese enigmático hombre visitó al cónsul hacía muchos años, cuando la guerra europea. De ahí sus palabras tan aprensivas que le traen recuerdos de otros tiempos. Por aquel entonces era mucho más joven, pero su mirada no había perdido el brillo que da la inteligencia. Y pese a su estatura menuda, sigue siendo un hombre apuesto.

—Un momento —le dice entornando la puerta—. Ahora ya le recuerdo. Y tiene usted razón, en este instante se han superpuesto dos épocas distintas. No quiero que regresen esos tiempos —se muestra vulnerable.

—Y no lo harán, María. Esos tiempos jamás regresarán. No lo permitiré —dice con arrogancia.

Roger Tur está en su despacho repasando unos documentos. La secretaria accede por la puerta abierta y le alerta de que un hombre que estuvo en el consulado hacía casi treinta años ha regresado preguntando por él.

—Me ha dicho que es el señor Teófilo Bruguera —le dice al cónsul; aunque suena a advertencia.

—El agente Te —murmura Roger como si ese nombre le trajera evocaciones lejanas.

—¿Agente Te, ha dicho? —pregunta María.

—No, María. Me ha traicionado el subconsciente —se disculpa—. ¿Dónde está ese hombre?

—En la puerta.

—Hazle entrar.

—¿Aquí?

—Sí. Pásalo directamente a mi despacho.

María se acerca hasta la puerta del consulado y le dice al señor Bruguera que la acompañe hasta el despacho del señor Tur.

—Ha llovido mucho —le dice cuando Bruguera traspasa la puerta y se queda de pie frente a la mesa del cónsul.

—Ha llovido, nevado, ha hecho frío, calor y el mundo ha seguido rotando sobre sus bisagras —espeto melancólico—. Encantado de saludarle de nuevo, señor Tur —lanza la mano para estrecharla con la del cónsul—. Espero que no interrumpa nada importante.

—Ya nada es importante para los que hemos vivido tiempos oscuros —sonríe el francés con satisfacción—. ¿En qué le puedo ayudar? O mejor dicho: ¿qué le trae por aquí de nuevo?

—Venía a despedirme —dice nostálgico.

—¿Se va?

—No. Ya me he ido. Me jubilé a finales del año pasado. Y para este 1971 quiero volver a ser lo que era antes de meterme en este negocio: un don nadie. He pasado dos guerras y para cuando llegue la tercera espero que me pille en una casa en la playa.

—¿Dos guerras? —pregunta el cónsul—. Es usted demasiado joven como para haber estado en la Primera Guerra Mundial.

—Guerras hay, y habrá, muchas. Pero las que me han pillado de lleno a mí han sido la Europea que provocaron los nazis y la Guerra Fría que nos han traído los soviéticos. No olvide que esta tensión, a la que estamos sometidos constantemente, no deja de ser una guerra.

—Bueno, estoy de acuerdo con usted en casi todo, menos en que la Guerra Fría la han traído los soviéticos. Los estadounidenses, no lo olvide, también han tenido algo que ver.

Bruguera lo mira con regocijo.

—Usted siempre tan acertado en sus previsiones.

—No lo digo para ofenderle —habla el cónsul francés—. Pero los estadounidenses tienen la insana costumbre de echarle la culpa de todos los males a los demás, como si ellos fuesen unos inocentes niños que no han roto jamás un plato. Y, señor Bruguera, me ha de reconocer que ustedes han roto muchos, muchísimos platos.

—No le negaré que somos culpables de muchos de los males que asolan el planeta, pero también le diré en nuestra defensa que lo hacemos con la intención de evitar males mayores. Ha de saber que si no existiéramos nosotros, el mundo ya se habría ido por el sumidero de la Historia y ahora quizá seríamos unos trogloditas aporreándonos las cabezas con troncos de árboles en el interior de una cueva. Somos más imprescindibles de lo que la gente pueda pensar. Un día, un grupo de exaltados falangistas comandados por un comisario que sospecha más de lo que debería sospechar, decide quitar de en medio a un cónsul que solo hace lo que cree justo. Uno de los falangistas muere tiroteado por el guardaespaldas de un empresario muy, digamos, necesario para el régimen. Y días después los otros dos sufren un fatal accidente. Fin del problema. ¿Acaso cree que las cosas ocurren por casualidad?

—Supongo que no —frunce el ceño el cónsul—. Supuse que en la muerte del comisario Fernando Pascual y sus secuaces, había una mano negra.

—O blanca, monsieur Tur. Esa mano fue la que le permitió a usted seguir con vida.

—Porque les interesaba.

—El interés es algo circunstancial. Lo que interesa en un tiempo deja de interesar en otro.

—No quiero discutir con usted, señor Bruguera. Ahora no son tiempos de discutir, porque las discusiones de otras épocas fueron las que provocaron que Europa ardiera en llamas.

—Tiene usted razón. Además no he venido aquí a polemizar, sino a reconciliarme.

—¿Entiendo que se ha jubilado?

—Sí. Hasta los espías se merecen una jubilación. ¿Y usted, no? Por edad ya le corresponde.

—Los diplomáticos son como los médicos: nunca se jubilan. Supongo que en breve seré sustituido y me iré a vivir con mi familia a una finca que tengo en Sitges.

—Al fin a todos nos llega el momento de descansar —suspira Bruguera—.

Para serle franco, desde que le conocí tuve la sensación de que fue el principio de una gran amistad.

—Casablanca.

—Sí, por supuesto. ¿Nunca se ha preguntado por qué le bauticé con el alias de Ric?

—No sabía que fue usted quién me bautizó con ese seudónimo. Pensé que era por *Casablanca*, pero allí es *Rick*.

Bruguera explota en una aparatosa risotada.

—Es cierto. Me confundí la primera vez que inscribí su nombre en los informes de la OSS, pensando que era así cómo se escribía. Luego, cuando supe que era un error, ya era demasiado tarde para retocarlo. Ric está bien. Espero que no le importe.

—En absoluto. Siempre me he sentido a gusto con ese alias. Figúrese, en alguna ocasión he tenido que rectificar un documento del consulado cuando lo firmaba como Ric. Incluso mi secretaria se extrañaba de que lo utilizara, pero le explicaba que era un error de transcripción debido al cansancio, y no me hacía más preguntas sobre ese asunto. A veces, solo algunas veces, echo de menos esos tiempos. Y no me mire así, como si estuviera loco, pero la guerra nos mantenía alerta y vivos y teníamos la certeza de que estábamos haciendo algo bien.

—Siempre hay tiempo para hacer el bien, Tur. Lo que ocurre es que durante la guerra se nota más que nunca esa posición. Las guerras no sirven para nada, pero si tenemos que sacarles algo bueno se podría decir que los límites y los márgenes se vislumbran mejor. El bien y el mal están claramente definidos.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro, Tur. Puede hacerme todas las preguntas que usted quiera.

—¿Por qué me bautizó con el seudónimo de Ric?

En ese momento, como si se tratara de una película de cine negro norteamericano, en la calle ladra un perro y a lo lejos rechinan los neumáticos de un coche.

Capítulo 36

—Lo sugerí porque en cierta manera usted es un romántico, señor Tur. Y las personas que le han rodeado y le rodean tienen mucha relación con los personajes de la película *Casablanca*. Usted escenifica a la perfección el papel del bueno.

Mientras Bruguera habla, Tur se acerca a un mueble bar con ruedas que hay en el rincón más alejado de su despacho y descorre la portezuela para extraer una botella de coñac francés; la muestra con expresión interrogante. Su interlocutor asiente con la barbilla.

—¿El bueno? ¿Se refiere a Bogart? —cuestiona el cónsul francés mientras encoge los ojos.

—Claro, ¿quién si no? Es un tipo elegante, seguro de sí mismo, educado, elocuente y con unos principios inquebrantables.

—Le agradezco sus palabras, pero creo que me sobrevalora. Quizá no soy la persona que usted piensa.

—Oh, sepa que sé de lo que hablo. En mi oficio es muy importante la observación, y yo sé observar. Prueba de ello es que he llegado a una edad muy cercana a la vejez, algo que no pueden decir muchos de los que se han dedicado a lo mismo que yo.

—Siga entonces —alienta el francés—. No quiero que por mi culpa se deje alguna adulación en el tintero —bromea.

—Como le decía —sigue hablando Bruguera—. Usted encaja perfectamente en la película *Casablanca* en el papel de Rick, pero al mismo tiempo es todo un capitán Renault que repudia a la Francia colaboracionista de Vichy.

—Es usted muy amable, señor Bruguera, pero creo que faltan papeles por cubrir en esta *Casablanca* que ha querido usted comparar con Zaragoza.

—No. No. No infravalore su cometido aquí, en este rincón del mundo. Tiene que observar a su alrededor y anticiparse a los acontecimientos. Tiene que analizar los hechos, escrutar a la gente y reubicarse constantemente. Los nazis, como supongo que sabe desde hace tiempo, ya no son el enemigo, porque ya no existen. Ahora los enemigos son otros, pero igual de incisivos y mordientes. Son realidades históricas que tenemos que comprender. Desapareció Roma, Egipto, Constantinopla, Grecia, el Imperio español y también desapareció el Tercer Reich, incluso antes de cumplir los mil primeros años. Enemigos los hay y siempre los habrá.

—¿El comunismo?

—Depende de cómo lo miré, sí. Pero tampoco tiene que ser un enemigo a batir. En esta historia nos ha faltado una Ingrid Bergman, ¿verdad?

—¿La protagonista de *Casablanca*?

—Por supuesto. Puedo preguntarle si usted tiene o ha tenido una amante.

Roger Tur se incomoda y no hace nada para evitar que se le note.

—No le voy a responder a eso, señor Te. Pero le diré que las amantes no influyen en las guerras ni en los espías ni en el destino de los países. Con Roosevelt no pudieron las amantes ni influyeron en la guerra, como la Historia ha demostrado.

—Veo que me ha llamado señor Te —anota—. No sé si ha sido deliberado o le ha traicionado el subconsciente. Pero en cualquier caso no me importa que usted crea que yo soy ese agente, siempre y cuando no lo mencione en público. Lo que caracteriza a un agente es que nadie sabe que lo es. Así que seguiré pensando que usted no cree que yo soy Te.

—Disculpe mi indiscreción, señor Bruguera. Y sí, tiene usted razón en que me ha traicionado el subconsciente.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Tur, en lo referente a que las amantes no deben influir ni en la política ni en las guerras. Quizá en las reuniones de los nazis en Zaragoza tuvimos un mayor Strasser, encarnado en alguno de esos alemanes que frecuentaban la casa del cónsul de ese país.

—Todos esos hombres ya no existen.

—Tengo entendido que alguno vive. Y aquí, en Zaragoza.

—No sé si vivirán —se disculpa el cónsul—, pero para mí es como si no existieran.

—Bueno, Roger —se pone en pie Teófilo Bruguera—. Ha sido un placer conocerle y ha sido un placer volverle a ver de nuevo antes de mi partida. Regreso a los Estados Unidos y me quedaré allí hasta mi muerte.

—¿Es usted americano?

—No. Soy español de origen, pero he trabajado toda mi vida para el servicio de inteligencia británico. Por eso nunca nadie sabrá mi verdadera identidad.

—¿Por qué?

—Porque a diferencia de los norteamericanos, los británicos jamás revelan la identidad de sus espías. Aunque pasen mil años. Yo y mi identidad murieron hace tiempo, cuando comencé a trabajar para ellos. Ahora y siempre solo seré un amigo suyo.

—Suerte.

—Igualmente, Roger. Solo ha de vigilar dos cosas para que su jubilación le llegue sin problemas.

El cónsul enarca las cejas con cierta preocupación.

—¿De qué se tratan?

—La primera es el comunismo en su rama más dura. El avance del comunismo en Europa es una preocupación constante de la Agencia de Inteligencia —dice refiriéndose a la CIA—. Tanto que... —se silencia unos segundos—. Bueno, tanto que se está preparando un gran atentado para asegurar que los franquistas no sigan en el poder después de la muerte del dictador. Pero al mismo tiempo se trata de procurar que se instaure de nuevo la monarquía.

—¿Un gran atentado? Ese rumor lo vengo escuchando mucho últimamente. ¿Y contra quién será ese atentado? —interroga Tur.

—La verdad es que no me acuerdo —sonríe Bruguera con sorna—. De hecho, ahora ya ni siquiera consigo recordar para que he venido a verle.

—Quizá para decirme a quién planea asesinar la CIA en suelo español.

—Buen intento, Roger. Lo primero que le quiero decir es que se quede solo con que se está cocinando un gran atentado que cerrará la línea franquista en la sucesión de la jefatura del Estado. Franco no tardará en morir, ya tiene casi ochenta años. Y hay que cortar de raíz las probables líneas sucesoras que impliquen más de lo mismo. Nosotros decimos que hay que cortar la cabeza a la serpiente, pero también evitar que otras serpientes más pequeñas sigan a la madre; que, aunque tenga la cabeza cortada, sigue viva.

—¿Y la segunda?

—¿Qué segunda?

—Ha comenzado diciendo que lo primero que quería decirme era..., y luego me ha dicho eso de que hay que cortar la cabeza de la serpiente. Por lo que, si ha mencionado que hay una primera cosa, es que hay una segunda, y puede que una tercera.

—La segunda, y última es que vigile a los personajes aledaños de *Casablanca*.

—No le entiendo.

—Nos hemos olvidado de uno de los peores: el señor Ugarte.

—¿El señor Ugarte? No recuerdo quién es —se excusa el francés.

—Es el que roba los salvoconductos y quiere venderlos en el café bar. Es un hombre menudo y escurridizo que quiere hacer negocio a costa del señor Rick. ¿Entiende lo que le digo?

—¿Un hombre menudo, escurridizo, comerciante y que quiere hacer negocios conmigo? ¿De quién se trata?

—Bueno, Roger. Espero que termine su servicio aquí de la mejor manera posible —dice sin responder a su pregunta.

Bruguera apura su copa de coñac y recorre el pasillo del consulado en dirección a la puerta de salida. En ese instante, Roger Tur le observa de espaldas mientras anadea despacio, como si le costara despedirse de la que ha sido su vida durante los últimos treinta años. Al salir por la puerta deja una estela de soledad y silencio.

Capítulo 37

—Se está preparando en suelo español un gran atentado —le confía el cónsul francés a su secretario y amigo, Antonio García.

Los dos han quedado a merendar en El Cachirulo. Hay un técnico que está instalando un aire acondicionado de la marca Crolls, por lo que tienen que salir fuera. El ruido que hace el instalador es insufrible.

—Lo siento, señores —se disculpa el camarero mientras pasa una bayeta húmeda por su mesa—, pero si no instalamos el aire acondicionado ahora, este verano no se podrá estar aquí dentro del calor que hará. Han dicho que será el verano más caluroso de los últimos veinte años.

Cuando el camarero se retira, los dos hombres retoman la conversación.

—¿Y no sabes de quién se trata? —le pregunta Antonio al ver la preocupación dibujada en los ojos del cónsul.

—No. Pero ya lo he escuchado por varios sitios, el último muy fiable, por lo que tiene visos de ser verdad. El atentado lo está preparando algún grupo activista español, pero cuenta con el respaldo de los servicios de inteligencia norteamericanos. Es un hecho que a Franco le queda poco de vida. Y también hay constancia de que no ha nombrado ningún sucesor fiable. Por lo que parece, quieren eliminar cualquier posibilidad de que se perpetúe la dictadura.

—¿Y a los norteamericanos les preocupa quién gobierne en España?

—Ya no es ningún secreto para nadie que en la conferencia de Yalta se había decidido una guerra contra la España de Franco en la que intervendrían Portugal, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética —explica el cónsul—. El suelo de Portugal se pensaba utilizar para cobijar a las tropas que invadirían España desde allí, mientras otras entrarían por la frontera francesa. Era una causa lógica que, una vez aniquilado el fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler, el siguiente sería el franquismo de Franco. Son hechos históricos que no admiten controversia —anota con suficiencia—. Soportar o tolerar a Franco ha sido un ejercicio de estrategia por parte de la administración norteamericana, ya que Franco se ha declarado un acérrimo anticomunista. Y prefieren a un anticomunista vivo que a un fascista muerto. La visita de Eisenhower fue la mejor muestra de que los norteamericanos apoyaban a Franco, pese a las reticencias internacionales. Pero ahora manda Richard Nixon y está más preocupado por la guerra del Vietnam y la Guerra Fría que por lo que pase en el sur de Europa. Si quieres que te sea sincero,

creo que cuando piensan en Franco lo hacen en pasado.

—Dicen que cuando muera el dictador, el príncipe de Asturias, Juan Carlos, será el sucesor. Espero que no sea el objetivo de ese atentado del que hablas.

—Antonio coge un cigarrillo Ideales del paquete que hay sobre la mesa.

—No creo que sea ese el objetivo del atentado, pero sí que será el príncipe Juan Carlos el sucesor de la jefatura del Estado, sobre todo por una ley promulgada por el propio Franco, la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, donde se dispone que será el propio Franco quien nombre al monarca del reino cuando lo considere conveniente. Y aunque el legítimo rey de España es Juan de Borbón, todo apunta a que renunciará en favor de su hijo.

—Pues para ser sincero, Roger, yo no creo que los españoles quieran tener de nuevo a la monarquía.

—Eso es algo que todo el mundo sabe —avala el cónsul—, pero la monarquía es un mal menor comparada con el franquismo. Por eso aceptarán la monarquía, solo para quitarse de en medio a la dictadura. En España, como en Francia, somos muy conformistas. Un ejemplo lo tienes en el cine, ya que mientras en Francia están contentos con la última película de Louis de Funes, Seis gendarmes en fuga, que por cierto ya lleva tres semanas en el cine Rex, en Estados Unidos la predilecta es Patton, de la que lleva varios premios ganados y no creo que tarde mucho en venir a España. Estas películas que ensalzan el belicismo se saltan la censura con una velocidad espantosa.

—Es una lástima que esos hombres no se reúnan en Zaragoza —Antonio lanza dos flechas de humo por su nariz.

—¿A qué hombres te refieres?

—A los que están tramando ese gran atentado que todo el mundo espera.

—En algún sitio se reunirán, está claro. Pero intuyo que en esa labor andarán inmiscuidos la mayoría de los servicios de inteligencia.

—¿Pero no me has dicho que están colaborando en el atentado? — protesta, risueño, Antonio.

—Sí, eso he dicho.

—Pues entonces qué más da que participen de las reuniones, si no van a hacer nada para evitarlo. Es como cuando antes de acabar la Segunda Guerra Mundial, tú y yo asistíamos a esas reuniones que daba Seegers en su casa. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no me voy a acordar? —Tur se incomoda con ese recuerdo.

—Figúrate que alguien, los alemanes, los españoles o los americanos, supiera lo que se hablaba en esas reuniones.

—Así es, amigo. Esa información hubiera sido muy valiosa, sin duda, aunque no habría cambiado el curso de la guerra. Algo que es muy distinto con lo que se está tramando ahora.

—No hubiera cambiado el curso de la guerra, pero sí que permitió que Zaragoza se convirtiera en un coladero de nazis —asevera Antonio—. Durante esos años me pregunté si no teníamos que haberle dicho a alguien que esos hombres se reunían y de lo que hablaban.

—Supongo que sí —dice nostálgico el cónsul—. Pero ahora ya es tarde para arrepentirse. Para ser franco, te diré que por lo menos el servicio de inteligencia británico conocía el alcance de la maquinaria nazi instalada en España, pero no llegó a comprender su dimensión hasta que ya estuvo desmontada.

—Eso del espionaje es fascinante —musita Antonio, encendiendo otro cigarro para acompañar la cerveza—. Siempre me ha causado curiosidad cómo esos servicios secretos son capaces de transmitir documentos reservados de un lado hacia otro sin que nadie ajeno lo sepa y solo caiga en las manos correctas.

—Bueno, Antonio, no creas que yo sepa mucho más que tú. Pero un diplomático que conocí en Madrid me explicó que la forma más ingeniosa de enviar documentos era fotocopiarlos e intercalar esas fotocopias en las páginas de un libro que sabían nadie iba a leer.

—¿Un libro que no se lee? No te entiendo, Roger.

El cónsul francés sonríe sarcástico.

—Una Biblia —menciona.

—¿Nadie lee la Biblia?

—Nadie a no ser que seas un cura. El diplomático me relató cómo las fotocopias de los documentos secretos se intercalaban en determinadas páginas de una Biblia. Luego se enviaban a los consulados, embajadas o direcciones privadas, donde la tenía que recoger alguien que conocía lo que había en su interior. Cuando el libro caía en manos del agente que conocía el truco, solo tenía que hojearlo para desvelar el mensaje que contenía.

—¿Has dicho consulados?

—Sí, eso he dicho.

—Entonces entiendo que en el consulado francés habrás recibido más de una Biblia.

El cónsul emite una carcajada como respuesta.

—Sabes que no te voy a responder a esto —le dice—, pero buen intento.

Los dos hombres se ponen en pie y abandonan El Cachirulo.

—Me voy, que he quedado con mi señora para ir a comprar a Galerías Preciados.

—Mi esposa es más de Almacenes Gay —responde el cónsul.

Capítulo 38

Son altas horas de la madrugada cuando el cónsul francés recibe una llamada en la habitación de matrimonio.

—Sí. ¿Quién es? —inquire aún soñoliento.

—¿Monsieur Tur? —pregunta una voz grave.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es? —insiste.

—Le llamo de la embajada francesa —su interlocutor habla en francés y Tur le responde también en ese idioma.

—¿Qué ocurre? —consulta mirando el reloj de la mesita de noche.

Es muy tarde y sospecha que, sea lo que sea lo que haya ocurrido, ha de ser muy grave para que le molesten a esas horas. Y mucho más desde la propia embajada.

—¿Pasa algo? —pregunta su esposa cuando se despierta.

—Nada, Madelaine —responde tapando el auricular del teléfono—. Me llaman de la embajada, no te preocupes.

—Un momento —le dice a su interlocutor.

El cónsul se levanta y se viste con una bata de andar por casa, cubriendo un pijama de color gris a rayas que le hace parecer un presidiario. Seguidamente se dirige a su despacho, que está en la planta de abajo, donde espera conversar con ese hombre con más tranquilidad.

—Ya estoy con usted —dice sentándose en la silla y descolgando el auricular. Escucha como al otro lado su esposa ha colgado el teléfono de la habitación de matrimonio.

—Se están poniendo las cosas muy feas en España —comienza a hablar el hombre de la embajada—. El Proceso de Burgos, por el que han sido condenados de forma sumarísima dieciséis miembros de la organización ETA, y las movilizaciones posteriores a causa de ese juicio han hecho que crezca la preocupación por la seguridad de nuestras sedes diplomáticas.

—¿Quién es usted? —se interesa el cónsul al reconocer que su interlocutor no se ha identificado.

—Eso no importa ahora, monsieur Tur. Lo importante es el mensaje que le transmito y que no debe caer en saco roto.

—Adelante, le escucho.

—Sospechamos que Francia es un objetivo de estos grupos radicales, por la poca cobertura que les estamos dando en el País Vasco francés, ya que no pueden utilizar Francia constantemente como refugio. Por fortuna, ya fue

liberado el cónsul honorario de la República Federal de Alemania, que había sido secuestrado en San Sebastián por los etarras, con el fin de presionar en apoyo de sus compañeros juzgados en el consejo de guerra de Burgos.

—Pensaba que el secuestro del cónsul era un hecho aislado —menciona Tur—. No creí que fuese una táctica de los miembros de ETA.

—No tenemos constancia de que haya directrices de secuestrar a diplomáticos extranjeros. Tampoco lo creen ni los estadounidenses ni los británicos. Nuestro servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje no abriga que sea una nueva forma de estrategia para presionar al gobierno español con el fin de que negocie con esos terroristas, pero no hay que bajar la guardia en ningún momento. Pero, por si acaso, nuestro ministro de Relaciones Exteriores ha dado instrucciones para que todas las sedes diplomáticas de Francia estén en alerta por posibles asaltos o secuestros. Además, se ha dado aviso a los respectivos cuerpos de seguridad para que incrementen las patrullas y la vigilancia de sedes diplomáticas.

—Gracias, monsieur...

—De momento solo quédese con lo que digo, no con quién soy. Y no insista más, se lo ruego. Son más importantes las palabras que quien las dice.

—Entiendo.

—Los terroristas no querían asesinar al cónsul alemán, porque entendemos que, si lo matan, entonces su reivindicación pierde fuerza.

Y estamos seguros de que sus movimientos están encaminados a presionar a los gobiernos extranjeros para que estos a su vez presionen al gobierno español. Por lo que parece, su forma de actuar es siempre la misma —le explica—. Robaron un automóvil sencillo para que pasara desapercibido. Con el cónsul alemán eligieron un Austin Mini de color rojo, con el techo blanco, que habían robado tres semanas antes en Pamplona. Unos días después del secuestro le hicieron enviar una carta desde su cautiverio a su hermano Karl Beihl, otra carta al embajador alemán en Madrid y una tercera al diario *La Voz de España*, de San Sebastián. Está claro que buscaban darle publicidad al secuestro, para que las autoridades españolas actuaran. Y lo hicieron, pero no en el sentido que todo el mundo esperaba. Así que Franco decretó el estado de excepción en toda la provincia de Guipúzcoa durante tres meses, argumentándolo por el secuestro del cónsul alemán. Los secuestradores envían entonces una fotografía del cónsul jugando a las cartas con uno de sus captores, que está de espaldas para que no se le pueda reconocer, al diario francés *Sud-Ouest*. Quieren transmitir la certeza de que está bien y que, ahora

todo el mundo lo sabe, no le van a hacer daño. La táctica de ETA es acorde a los principios más elementales del buen terrorista —trata de hacer una broma con el juego de palabras—, ya que por un lado mandan un mensaje de que están capacitados para secuestrar a un diplomático extranjero, pero al mismo tiempo afirman con sus actos de que no le van a lastimar.

—Avisaré al personal para que extremen las precauciones —reacciona el cónsul—. No creo que nuestro consulado esté en peligro, pero no está de más reforzar la seguridad.

—No, monsieur Tur. Usted actúe con normalidad y le ruego que no alerte al personal de su consulado. Eso no haría otra cosa que ponerlos nerviosos. La banda terrorista ETA, una de las mejor organizadas del panorama español, no hará nada que ponga al gobierno de Francia contra ellos. De eso podemos estar seguros, pero sí que podrá utilizarnos como medida de presión.

—Tendré en cuenta sus recomendaciones —agradece el cónsul.

—Sobre todo tenga en cuenta una mayor precaución cuando salga y entre en su domicilio. Observe si le sigue alguien o si hay algún coche extraño por las inmediaciones. No creemos que en Zaragoza la banda terrorista tenga una estructura tan sólida como para planear un secuestro, pero está cerca Barcelona, y de ahí a cruzar a Francia es un recorrido muy pequeño.

Los dos hombres cortan la comunicación. Roger Tur se adentra en la cocina y bebe un vaso de leche, pues se le ha secado la garganta de estar tanto rato hablando en susurros. Luego se mete de nuevo en la cama tras quitarse la bata.

—*¿Tout va bien, Roger?*

—*Oui, tout va bien, Madelaigne. ¿Sabes?* —le dice a su esposa.

—*¿Qué?*

—Creo que este sábado podíamos ir a comer al restaurante ese nuevo que han abierto en la calle Alfonso, esquina con el Coso. Creo que se llama Savoy y tiene pinta de que se come bien.

Cuando se gira para comprobar si su esposa lo ha escuchado, observa que ella duerme plácidamente. Entonces, Roger mira el reloj de la mesita de noche, antes de apagar la lámpara, y comprueba que la alarma está puesta a las siete. En ese momento son las cinco de la madrugada.

Capítulo 39

Al día siguiente, Tur llega unos minutos antes de lo habitual a su oficina en el consulado. Tiene que preparar la reunión con Marcel Paul Maurice Vaquier, el empresario de origen francés que en su primer encuentro le amenazó con un chantaje por sus vínculos con los representantes nazis en Zaragoza. El cónsul quiere zanjar este asunto de una vez por todas.

—María —le dice a su secretaria, que está en la puerta conversando con Lamberto, el portero de la finca—, cuando llegue el señor Vaquier, lo hace pasar a mi despacho.

Faltan pocos minutos para las once de la mañana de ese jueves 2 de noviembre cuando el cónsul, que en esos momentos está reunido con Vaquier, escucha ruido de voces provenientes de la puerta del consulado.

—¿Dónde está el cónsul? —pregantan de forma insistente.

—El señor Tur no atiende sin cita previa —escucha la voz de su secretaria.

Alguien empuja la puerta de su despacho. Son unos chicos jóvenes y uno de ellos pregunta:

—¿Quién es el cónsul?

* * *

Epílogo del autor

De la investigación previa a escribir esta novela, he podido averiguar que en realidad «Ric» es un acrónimo del nombre de Tur, su cargo en España y su actividad de colaboración con los aliados: *Roger Infiltrate Cónsul* (RIC). Algo ya desvelado en la novela, pero que por algún extraño sentimiento romántico, el misterioso agente Te, que aquí he rebautizado como Teófilo Bruguera, no le quiso revelar al cónsul francés, dejando que este creyera que era por la película Casablanca.

El funeral por la muerte de Roger Tur se celebra en la parroquia de Santa Engracia. Y al Instituto Francés, donde se instala la capilla ardiente, llega numerosa concurrencia sin que sea suficiente la amplia capacidad del templo para albergar a los asistentes. Finalizado el funeral, y en un avión facilitado por el Gobierno español, los restos del cónsul francés se trasladaron a Nimes, su ciudad natal, para su inhumación en el panteón familiar.

No será hasta el año 2006, en el seno de una investigación histórica sobre el espionaje en España durante la Segunda Guerra Mundial, que se desvelará la verdadera figura del cónsul francés, monsieur Roger Tur Pallier. A raíz del conocimiento de lo que Tur hizo en los últimos y agonizantes días del nazismo, se produce la paradoja de que un reconocido antifascista, que jugó con fuego en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, muriera intentando salvar de las llamas ciertos documentos que protegía en el interior de su despacho. El reconocimiento de la ciudad de Zaragoza es patente por una calle en el barrio de Las Fuentes que lleva su nombre.

Sirva esta novela, a su vez, como reconocimiento a la labor silenciosa de un hombre que hizo mucho más de lo que su cargo le obligaba.

Anexo 1

ATENTADO CONTRA EL CONSULADO FRANCÉS DE ZARAGOZA

Le Monde, 4.11.1972 (París)

Madrid (Corresponsal). El consulado francés de Zaragoza ha sido objeto de un atentado que se atribuye a tres jóvenes militantes de ETA, movimiento separatista vasco. El Sr. Roger Tur, agente consular de Francia, que sufrió quemaduras al explotar un artefacto colocado en el interior del edificio, se encuentra en grave estado. El jueves 2 de noviembre, a las 10:30, tres jóvenes se presentaron en el consulado de Francia en Zaragoza. Según declaraciones de la secretaria, los individuos dijeron ser militantes de ETA, la abofetearon y la ataron. Entrando después en el despacho del Sr. Tur, hicieron lo mismo con el agente consular y con un conserje que se encontraba a su lado. Los asaltantes colocaron acto seguido un cierto número de explosivos y arrojaron sobre el suelo el contenido de varios botes de pintura roja. Cuando alcanzaban la calle, los artefactos explotaron prendiendo fuego al edificio. Rápidamente los vecinos acudieron en socorro de las personas que se encontraban en el interior y que habían sufrido quemaduras y las ayudaron a salir. El Sr. Tur tuvo que ser trasladado urgentemente al hospital. Poco después, en la Facultad de Medicina de Zaragoza se distribuyeron octavillas precisando que el atentado era una respuesta a la actitud adoptada por el Gobierno francés respecto a los exiliados vascos. Estas octavillas estaban firmadas por un “Colectivo de la Hoz y el Martillo”, organización desconocida hasta ahora. El Sr. Tur, de 68 años de edad, es un industrial francés que reside en Zaragoza desde 1934. En 1968 fue nombrado agente consular. Si se confirma que este atentado es debido a militantes de ETA, sería la primera vez que la organización separatista realiza una operación fuera del país vasco. Es cierto que la Universidad de Zaragoza cuenta con varios centenares de estudiantes vascos. Sin embargo, durante los incidentes estudiantiles del año pasado ETA cuidó de precisar en una octavilla que los alumnos de origen vasco se abstendrían de participar en ellos, porque “la Universidad de Zaragoza es una universidad de un país extranjero”. Cuando el 8 de octubre el Gobierno del Sr. Messmer declaró a ETA fuera de ley en territorio francés, un portavoz de la organización vasca declaró: “Cuando se hacen negocios, siempre es necesario pagar una comisión. España ha comprado material de guerra francés por varios miles de millones de pesetas. Nosotros, los vascos, pagamos los costes de esta operación”. Se recuerda que ya a principios de 1970 unos jóvenes que

gritaban “Somos de ETA” habían intentado raptar al cónsul francés de San Sebastián. El cónsul los puso en fuga y ya nunca más se habló de ese “incidente”.

José Antonio Novais

Anexo 2

Frankfurter Allgemeine Zeitung, 6.11.1972 (Frankfurt/M)

Wha. Madrid, 5 nov. - Los presuntos autores del asalto al cónsul honorario francés de Zaragoza se encuentran ahora en la cárcel. Según ha comunicado la policía, ya han confesado el hecho. Se trata de tres estudiantes de Zaragoza de 20 y 21 años de edad. El último de ellos, Sagarra de Moor, fue cogido al intentar pasar la frontera francesa. Los tres pertenecen a un grupito completamente desconocido hasta ahora, al parecer maoísta, llamado “Hoz y Martillo”, y, según se dice, han confesado también entre otros hechos un atraco a una Caja de Ahorros. La persona que fue muerta a tiros por la Guardia Civil en las cercanías de Zaragoza no tenía nada que ver con el atentado. Dicha persona iba en un coche que no paró al dar el alto la policía y se trataba, al parecer, de un ladrón de coches. - El cónsul honorario francés se encuentra aún en peligro de muerte. Es muy querido en Zaragoza y está considerado más bien como liberal que como partidario del “Movimiento Nacional”, según informaba un periódico oficioso de Madrid. Como era de esperar se ha revelado como falta de todo fundamento la noticia publicada al principio como hecho seguro por casi todos los periódicos españoles de que los autores del atentado pertenecían a la organización autonomista vasca ETA.

Algunos periódicos intentan ahora establecer ahora con bastante fantasía una conexión entre los estudiantes de “Hoz y Martillo” y una misteriosa organización llamada “Vietnam Underground”. El reportero de sucesos policiacos del periódico madrileño ABC afirma haber descubierto esta presunta organización en un viaje que realizó por el centro y el oeste de Europa, añadiendo que dicha organización de la que hasta ahora solo él ha tenido noticia es extraordinariamente poderosa y prepara una conjura antiespañola a escala mundial. - El comentarista de política interior del periódico derechista católico YA, periódico tristemente célebre por su oportunismo, intenta contra todos los indicios seguir estableciendo una conexión entre ETA y los autores del atentado.

Grupitos de extrema izquierda como el de “Hoz y Martillo”, que a veces solo se componen de cinco a diez miembros, los hay en varias ciudades universitarias españolas. Algunos de ellos, como por ejemplo en Madrid, se encuentran antes bien minados o dirigidos por extremistas de derechas y atacan predominantemente a profesores liberales y socialistas.

Anexo 3

REAL DECRETO 2901/1977, de 23 de julio, por el que se indulta a Álvaro Noguera Calvet, a José Antonio Mellado Romero, a Luis Javier Sagarra de Moor, a Fernando Burillo García y a Claudio Solsona Aznar.

Visto el expediente de indulto de Álvaro Noguera Calvet, José Antonio Mellado Romero, Luis Javier Sagarra de Moor, Fernando Burillo García y Claudio Solsona Aznar, condenados en Consejo de Guerra ordinario celebrado en Zaragoza el uno de febrero de mil novecientos setenta y tres, a penas que, por aplicación del artículo segundo del Real Decreto trescientos ochenta y ocho de mil novecientos setenta y siete, de catorce de marzo, han quedado reducidos a la pena única resultante de dieciocho años:

Vistos la Ley de dieciocho de junio de mil ochocientos setenta, reguladora de la gracia de indulto, el Decreto de veintidós de abril de mil novecientos treinta y ocho, el artículo cuarto del Real Decreto Ley de catorce de marzo último y el artículo segundo del Real Decreto trescientos ochenta y ocho mil novecientos setenta y siete, de catorce de marzo, a propuesta de los Ministros de Justicia y Defensa, y previa deliberación del Consejo de Ministros en su reunión del día veintitrés de julio de mil novecientos setenta y siete,

Vengo a indultar a Álvaro Noguera Calvet, José Antonio Mellado Romero, Luis Javier Sagarra de Moor, Fernando Burillo García y Claudio Solsona Aznar, del resto de las penas privativas de libertad pendientes de cumplimiento, y que les fueron impuestas en la citada sentencia.

Dado en Madrid, veintitrés de julio de mil novecientos setenta y siete.

JUAN CARLOS

El Ministro de la Presidencia.
JOSÉ MANUEL OTERO NOVAS

Agradecimientos

Los primeros a los que quiero agradecer la finalización de esta novela son mi esposa Ester y mi hijo Raúl, que han soportado mis ausencias y mi mal genio mientras me zambullía en estas páginas que me han consumido durante la práctica totalidad del año 2018. A Javier Lafuente, de la editorial Doce Robles, por darme la oportunidad de recrear la fabulosa vida del cónsul francés Roger Tur Pallier y todo lo que hizo para que tuviéramos una radiografía completa del sentir de la Alemania nazi en los últimos y agonizantes años del Tercer Reich. A Javier Sagarra, por saber transmitir a este *juntaletras* aquellos convulsos años del tardofranquismo y el sentimiento de injusticia que llenaba las calles de Zaragoza. A Carlos Migliaccio, por abrirme las puertas del Archivo Histórico Provincial de Huesca, donde me dejé los ojos leyendo en esas arcaicas microfilmadoras. A Eduardo Martín de Pozuelo y su novela *Los secretos del franquismo*, por la incalculable información que he podido extraer de ella. A Eduardo Martín de Pozuelo (doblete) e Iñaki Ellakuría por *La guerra ignorada*, impagable complemento para **El cónsul infiltrado**, donde bosquejan la historia de la red clandestina de espías y agentes españoles que ayudaron a los aliados en la Segunda Guerra Mundial. A las apasionantes lecturas de *Un espía en la trinchera*, de Enrique Bocanegra, y *Odessa*, de Frederick Forsyth. Las hemerotecas de *La Vanguardia*, *ABC* y *Diario del Alto Aragón*. Google y Wikipedia. A Antón Castro, por algún escrito disperso sobre el tema central de esta novela y que me ha sido de gran ayuda. A Sergio del Molino, por *Soldados en el jardín de la paz*, descubriéndome los orígenes de la colonia alemana de Zaragoza. A la Biblioteca Pública de Huesca, donde tarde tras tarde me he encerrado buscando un silencio y sosiego que siempre hallé. Al Café del Arte de Huesca, donde me zambullí en las calurosas tardes del mes de julio y agosto, mientras la biblioteca estaba cerrada, terminando de concluir esta novela. A *Who's who in nazi germany* (Quién es quién en la Alemania nazi) de los archivos desclasificados de la *Central Intelligence Agency*. A la *Freedom of Information Act Electronic Reading Room* de la CIA.

Y a ti, lector, pues este libro lo he escrito para tu disfrute y mi mayor deseo es que no te defraude.

Nota final

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en [amazon.es](https://www.amazon.es) o [amazon.com](https://www.amazon.com), para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:

www.estebanvarro.es

esteban.orravan@gmail.com